
3 1761 09545303 1



LA VEJEZ
DE HELIOGÁBALO

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT



LA VEJEZ DE HELIOGÁBALO



NOVELA

> En la antigüedad el vicio era sagrado porque eran fuertes. Hoy día es vergonzoso porque nace de nuestra debilidad.
>
> RACHILDE



MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
1912



Imprenta Artística Española, San Roque, núm. 7. Madrid

DEDICATORIA

A las adúlteras, á los descalificados, á los cobardes, á los desertores, á los vencidos, á los fracasados, á todos los que vieron hundirse para siempre sus sueños de gloria en el abismo de las pasiones, dedico estas páginas de tristeza, de crueldad y de sarcasmo.

Algunas veces, cuando buceo en las páginas de la Historia, al evocar las fantásticas figuras aureoladas de vicio, de santidad ó de locura, me pregunto: ¿Qué hubiese sido de ellas de vivir en el día? ¿Qué si en vez de morir en una de aquellas hecatombes de la antigüedad, hubiesen vegetado en una sociedad sensata como la nuestra? ¿Qué hubiese sido de Semíramis, de Cleopatra, de Mesalina, de María de Magdala, de Nerón, de Heliogábalo, del Cid, de Pizarro, de Cosme de Médicis?

Y pienso que tal vez Cleopatra, desposeída de sus Estados por Inglaterra, hubiese paseado por las calles de París su elegancia, un poco llamativa; Mesalina sería una soberana que, diagnosticada ninfomana por el claustro de doctores, renunciaría la corona, marchando á reposar á un apacible Sitio Real; María de Magdala, hecha nihilista, predicaría por el mundo en compañía de un apóstol del anarquismo; Nerón y Heliogábalo, acusados de ataques á la moral, comparecerían ante el Tribunal del Sena; el Cid y Pizarro serían capitanes de bandoleros, y Cosme el Magnífico, arruinado, traficaría en antigüedades.

INTROITO

Dante Alighieri

Divina Comedia.
Infierno.—Canto V.

Ora incomincian la dolenti note
a farmisi sentire: or son venuto
là done molto pianto mi percote.
I'venni in loco d'ogni luce muto,
che mugghia come fa mar per tempesta,
se da contrari venti é combattuto.
La bufera infernal, che mai non resta
mena gli spirti con la sua sapina,
voltando é percotendo li molesta.
Guando gumgon devanti alla ruina
guivi le strida, il compianto é il lamento,
bestemmian quini la virtú divina.
Intesi che a cosi fatto tormento
eran dannati i peccator carnali,
che la region sommettono al talento.
E come gli stornei ne portan l'ali,
nel freddo tempo, a schiera larga é piena;
cosi quel fiato gli spiriti mali;
Di qua, di lá, di giú, di su glimena;
nulla speranza gli conforta mai,
non che di posa, ma di minor pena.
E comei gui van cantando los lai,
facendo in aer di se lunga riga;
casi vid'io venir traendo guai,
Ombra portate della detta briga
perch'io dissi; Maestro, chi son quelle
genti, che l'aer nero si castiga?

INTRODUCCIÓN

LA CORTE DE NICOMEDIA

I

LA ENTRADA TRIUNFAL

Il y avait dans la cité au bord de la mer...
JEAN MOREAS

Cuando Pilar Rosellón-Rodríguez, embutida ya en el traje de piqué crema, en la cabeza enorme promontorio de rosas, pisó la terraza del *Palais*, creyó desvanecerse. ¡Aquellos preparativos! Indudablemente habíasele escapado, ó por torpeza de ella ó por mala intención de uno de los muchos envidiosos de su pseudo elegancia, alguna combinación, algún plan fantástico del *elenco*.

Febrilmente pasó revista en su imaginación á lo que pudiese significar aquello. ¿Sería que Pópo Romero, el divertidísimo Pópo Romero, gran amigo de las testas coronadas (esto de las testas coronadas no había que tomarlo en el mal sentido), traería á almorzar á algún príncipe ó gran duque

de los que van á Biarritz á descansar de sus altas tareas, ora tirando de la oreja á Jorge, ora en brazos de una de esas damas que hacen profesión del amor? ¿Sería que Lina Monreal y la Baibanzón habrían embarcado á los de su pandilla á venir á los Toros? ¿Sería...?

Lo indudable era que había una reunión de gentes *chic* (los preparativos lo pregonaban) y que no contaban con ella, mártir del buen tono, que vivía perpetuamente crucificada, en la tarea de perseguir á las elegantes con una constancia (pesadez, decían ellas), digna de mejor causa. ¿Cómo averiguar la verdad? Lo más corto era preguntarlo en el *bureau;* pero eso le humillaba á los ojos de la gentuza de escaleras abajo, equivaliendo como equivalía, á confesarse ante ellos ignorante de los planes de aquellas excelsitudes.

Vió en esto, como llovida del cielo, á María Montaraz que paseaba por la terraza con su inseparable Julito, y trató de hacerse la encontradiza con ellos.

Esperaban la dama y el bohemio el regreso de las que habían marchado á misa y al *boulevard*, pues no se atrevió ella á ir á la iglesia (tampoco tenía gran empeño) con aquella *toilette* de Toros (t.aje cereza, moldeador de la impúber escultura de su cuerpo, y pequeño gorro negro con una cotorra que tendía tras sí dos finas é inacabables plumas, especie de tocado de estudiante, acrisolador de la gracia pícara y desvergonzada de su carita de golfo vicioso), y entretenía sus ocios comen-

tando con Julito (extraordinario en su indumentaria de franela blanca y su fieltro morado) los lances del juego de la pasada noche.

Con familiaridad á que no le autorizaba lo reciente de su presentación en el *gran mundo*, y que lejos de tamizar subrayaba su natural cursilería, saludó:

—Adiós, María. ¿No ha ido usted al *boulevard?* Y luego, incapaz de dominar su curiosidad:—Ha visto usted qué preparativos, ¿quién vendrá?

Iba Julito, llevado de su pasión por el chisme, á entrar en luminosas explicaciones; pero la otra, que muy interesada por el comentario de no sé qué martingala que hiciera perder diez y seis mil pesetas á Jaime Sigüenza la noche antes, no tenía ganas de aguantar aquella pelma, interrumpió:

—Es Heliogábalo, el señor Heliogábalo, que nos da un almuerzo—. Y arrastrando á su amigo reanudó el paseo.

La Rosellón Rodríguez se quedó perpleja. Heliogábalo, Heliogábalo... Algo había oído ella... «Comer como un Heliogábalo»... Sí, sí, indudablemente había leído algo (creía que en la Biblia, aunque no podía jurarlo). El tal Heliogábalo debía ser un personaje indio, egipcio, turco ó asirio, en fin, de uno de esos países raros como los de «La Corte de Faraón»... Pero quizá también fuese el nombre de alguna gran familia á quien ella conocería sólo por el título y los demás llamarían familiarmente así. No queriendo dar su brazo á torcer, confesándose ayuna de los misterios de la *alta so-*

ciedad, hubo de resignarse á esperar. Instalóse para ello en una de las butaquitas de paja del peristilo, con una novela (la imprescindible novela de Bourget) entre las manos, y aparentó leer. ¡Qué suplicio! ¡A ella aquellos librotes franceses le cargaban! Encantábanle, en cambio, eso sí, los novelones de folletín, que devoraba en las horas en que los ineludibles deberes de la elegancia le recluían en su casa. ¡Pero aquellas novelas!... ¡Vamos que ni por pienso! ¡Y pensar que algunas, como aquella estrafalaria de la Almenar, leían á Platón y á Descartes!... Luego si á lo menos se pudiesen leer en castellano... ¡Pero, sí, sí!... ¡En castellano! ¡Francés á todo pasto!

El dichoso francés era su suplicio. Lo hablaba mal, lo entendía peor y lo leía de los perros. Sus conversaciones con las embajadoras (á quienes no dejaba ni á sol ni á sombra) eran divertidísimas, pues reducíanse á una serie de cabezadas aprobadoras, entreveradas de respuestas absurdas, sin conexión ninguna con las preguntas. Algo así como un método de Olendorff para recreos de salón. «¿Estuvo usted en el baile de anoche? Mi perro tiene moquillo.»

Mientras hojeaba el libro aparentando buscar un pasaje interesante, curioseaba con el rabillo del ojo lo que pasaba en la parte de la terraza, que habían aislado con rojos cordones de seda. ¡Qué lujo! Decididamente, aquel señor de Heliogábalo debía de ser un personaje realmente *smart*.

En la luminosa belleza de la mañana de Agosto,

la insólita elegancia de la instalación reverberaba, dando una sensación de riqueza, de esplendor y de refinamiento. En el recinto separado del resto de la terraza alzábanse los bojes encerrados en grandes macetones, y sus copas recortadas, iguales, simétricas, formando grandes bolas de un verde obscuro, tenían el encanto convencional de esos jardines neo-clásicos reproducidos en los grabados ingleses. Posados en el barandal grandes cestos campesinos, contenían brazadas de rosas de suave coloración carnosa. Criados atléticos, con librea verde y calzón corto, permanecían rígidos, impecables, preparados á servir á los desconocidos comensales, mientras que, destacándose, rodeada de aquel paraíso de juguete, como lecho de un festín de dioses, alzábase la mesa cubierta por enorme avalancha de lilas blancas.

¡ Lilas en Agosto! Lilas, sí, por todas partes; no sólo sobre la adamascada superficie del mantel, haciendo resaltar los altos cálices de Bohemia y los cubiertos de cincelado *vermeille,* sino bordeando las balaustradas, escalando las férreas columnas que sustentaban la techumbre y cayendo en nevados racimos desde altos canastillos de mimbres; lilas, lilas blancas, que aromaban el aire y acariciaban los ojos con sensación deliciosa de frescura.

Pilar Rosellón estaba pasmada; ¡ Señor, qué riqueza! ¡ Un caudal en flores! ¡ Y ella sin poder enterarse!... Nada, tendría que esperar que llegase aquella inevitable condesa de la Campanada y so-

bornarla con algún convite para que le sacase de dudas.

Debía de ser muy cerca de la una y comenzaban á volver las gentes que fueron al Buen Pastor ó al *boulevar*. Automóviles procedentes de Biarritz, San Juan de Luz y Zarauz llegaban á cada momento y, girando rápidos en el zaguán del hotel, entre nubes de humo, olor á gasolina y gran estrépito de resoplido, iban depositando conspicuas elegantes, deslumbradoras *cocottes* y excéntricas inglesas; envueltas unas en gasas, sedas y encajes; empenachadas de plumas y coronadas de flores; enfundadas las otras en raros guardapolvos y tocadas las cabezas de horrendos gorros.

Iban todas entrando en el hotel con esa afectación estrepitosa de las gentes que se sienten blanco de las miradas, con ese no sé qué teatral propio de aquellos para quienes la vida es perpetua comedia y el mundo un escenario donde ellos tienen un papel que representar; un papel, siempre el mismo, estén *por dentro* tristes ó alegres, sean felices ó desdichados; caravanas de mujeres que lloran secándose *el interior* de los párpados para no descomponer el *maquillage* sabio, y de hombres que al perder su fortuna sonríen fanfarrones, sintiéndose agonizar.

Llegaban las paraguayas, dos hermanas americanas, muy guapas, que vivían en perpetua exhibición de sus ochenta sombreros (en San Sebastián tiene que haber todos los años una americana que tenga ochenta sombreros), y saltando del *landolet*

eléctrico con gran algazara, mostrando pies calzados de ante y hebillados de diamantes, ascendieron la escalinata con andares casi toreros y gran braceo y se arrojaron en brazos de las de Domínguez, unas peruanas de Biarritz que venían á almorzar con ellas. Pasadas las primeras expansiones, comenzaron á hablar de trapos, mientras madame Domínguez salía al encuentro de la peruana madre, que, gorda, fofa, desbaratada, infamemente vestida de verde limón y ostentando soberbias preseas de zafiros y brillantes, era sacada á puñados del auto por los dos *grooms* y el lacayo, y, tras penosa ascensión, caía derrengada en una butaca.

—¡Ay, mi amiga, qué cansera de chicas! ¡Y la plata que cuestan!

Ahora las que arribaban al hotel eran la duquesa de Giraldilla y madame de Pontferriere.

Venían en un automóvil herméticamente cerrado (precaución prudentísima, pues es sabido lo mucho que el aire estropea las pinturas) y así todo cruzaron como exhalaciones camino de los cuartos en que arreglarían los desperfectos habidos en sus indumentarias, sin que los velos en que se envolvían dejasen ver de ellas sino un trocito de mejilla (un trozo *muy Tiziano,* según afirmó irónico Julito).

A ellas siguió Floria Sastiari, princesa de la Tarnoya, desenvuelta, airosísima, desafiadora, rodeada de *flirts*, en el ciento veinte caballos de Carlos Estrada Palma, jactándose de haber hecho el recorrido en treinta y dos minutos sin otro percan-

ce que el vuelco de un carricoche en que iba una vendedora de hortalizas.

A éstas siguió Manolo Cardoso (éste venía del *boulevard*, en su chocolatera de doce caballos. Hacía tres días que era el héroe de la temporada, gracias á sus pérdidas de juego. (En San Sebastián, además de las americanas de los sombreros, tiene que haber todos los años un señor que pierda su fortuna al juego, una viuda que dé un escándalo y una francesa que se enamore del *Bomba.)*

Ahora llegaba *Bombita,* que venía á vestirse para la corrida, y (¡cosa rara!) no le seguía la francesa y sí tan sólo dos ó tres aficionados.

Una mujer muy guapa, alta, delgadísima, enfundada en una túnica de crespón rosa pálido recamado de áureas flores, el rostro muy fino, de una gracia ingenua de virgen florentina, encuadrado en una toca Imperio de viejos encajes de oro, empenachado de plumas, salió á su encuentro sonriente y le tendió la mano. Era una polaca casada con un príncipe italiano, y suponíasele hermana de la heroína de no sé qué sombrío drama napolitano en que el veneno, como en los buenos días de los Borgias, había jugado papel principal.

Pilar Rosellón estaba que ardía. Nada. Ni alma humana que le explicase el misterio. Y, por lo visto, las del almuerzo tampoco llegaban. Era casi la una y media y no se aclaraba la cosa, y, en cambio, de un momento á otro se plantaría allí su marido, que se empeñaría (¡ya lo estaba!) en comer, y lo que es ella, con aquella curiosidad, no podría

pasar bocado. En esto vió aparecer á las de Pastor Cordero, dos solteronas trasnochadas, Semíramis y Cleopatra, que habían guardado de su juventud el alma romántica, el decir prosopopéyico y el amor á los colorines. En aquel momento (y pese á la costumbre de verles con indumentarias absurdas) dejaron asombrada á la dama. Realmente, no era para menos. El vestido de *glacé* mirto estampado de rosas, con que Cleopatra hacía resaltar su gordura, su pelo teñido de negro, sus ojos bizcos y su bigote, sólo hallaban punto de comparación en la *toilette* de liberty rosa con encajes blancos y lazos de terciopelo negro, que Semíramis creía armonizar á maravilla con cabellera oxigenada y su cutis pecoso.

A la Rosellón, aquellas hermanas no le encantaban. Pese á su parentesco con todo el mundo, les encontraba un poco ridículas, y como, además, había notado que se reían de ellas, las huía; pero tenían fama de chismosas, y en aquel momento el mismísimo diablo le hubiese parecido bien. Corrió á su encuentro armada de una mentira halagadora.

—¡Qué elegantes! ¡Qué bonitas *toilettes!* ¿Son de Biarritz?

Las solteronas se esponjaron satisfechas. Luego, robándole á su portera la gloria modisteril que legítimamente le correspondía, mintieron con descaro inaudito:

—No; de *Paquin.*

—Pues son preciosas—afirmó, rivalizando con ellas en frescura la Rodríguez. Y después, yéndo-

se al paño:—¡ Han visto ustedes qué lujo de servicio! ¿Quién vendrá?

Triunfales, afirmaron ambas á una:

—El primo, el primo Claudio Medina la Vieja— y como la otra no parecía caer (¡ aquellas *parvenus* no sabían nada de nada!), aclararon satisfechas:—Claudio Hernández de las Torres, el conde de Medina la Vieja.

—Ya...

Algo había oído ella de aquel misterioso personaje que, para almorzar en San Sebastián, en un día de toros, se hacía preparar un servicio regio, pero no tenía sino una idea muy confusa, algo en que se mezclaban viejos escándalos, historias dolorosas, leyendas de fasto oriental y de dolencias ultramodernas, cosas grotescas y espeluznantes, de magnificencia y de locura, dramas, tragedias... qué sé yo. Pero ¿y aquel nombre que le adjudicara María Montaraz, aquel señor Heliogábalo? ¿Habría querido reirse de ella? La duda fué tan cruel, que le hizo cometer una pifia.

—Pues María me dijo que venía el señor de Heliogábalo.

Como si les hubiese picado una víbora, saltaron á una:

—¡ Qué infamia!—y bajando el diapasón y mirando con saña (saña en que no había sólo indignación, sino también rencor por pasadas burlas, y sobre todo por aquel mote, *las ruinas del mundo antiguo*, con que les había bautizado) á la dama parada á pocos pasos, repitieron:—¡ Es una infamia!

¡Cosas de la envidia!... Y en María no tiene perdón de Dios; es, además de todo, una ingratitud. El, siempre que se la encuentra por ahí, la obsequia y la trae y lleva. Creo que hoy almuerza con nosotros... Pero—siguió Cleopatra con la autoridad que le daban los tres años de ventaja sobre su hermana—ya sabe usted lo que es el dichoso Madrid, á unos le pasan todo y á otros nada.

—Sí, sí; hay bulas...—ratificó la Rosellón, deseosa de mostrarse complaciente para tirarlas de la lengua.

—¡No había de haber!—afirmó la mayor de las Pastor-Cordero—. Parece mentira que una sociedad que recibe á Lina Monreal después de aquellas historias con Willy Martínez, y á la Barbanzón y á todas esas, y las aplaude y las festeja y hasta las imita, se atreva á juzgar con severidad á nadie!

—Además, sin motivo ninguno—aportó la otra.

—Sin ninguno. Claudio era un caballero, más, un *señor,* un verdadero señor. ¡E inteligente! ¡Y generoso! ¡Y bueno!

—Y guapo—musitó entre dos suspiros Semíramis, que en otros tiempos soñara en sus interminables noches de virgen insomne con apresar en las redes de sus encantos al primo fastuoso y magnífico como un Médicis ó un Sforza.

Una mirada severa de su hermana le hizo callar.

—Pero, en fin, la gente se ha portado muy mal con el pobre Claudio. Lo que le digo á usted, envidias y nada más que envidias. ¡Como él vivía con aquel lujo!... Porque no sabe usted cómo vivía.

Desde que se fué de Madrid no ha vuelto á verse nada igual... Y recibía todo lo mejor. ¡ Hasta desafíos hubo por ir á su casa. Era el espaldarazo de la elegancia. ¡ Lo que es el mundo ! Todos le traían en palmas, se lo disputaban, y de pronto, por aquella loca de Cecilia Simarro...

—Y sin culpa ninguna de él—gimió Semíramis, para quien aquella pasión del primo fué la roca Tarpeya, desde donde se lanzaron sus ilusiones en un abismo de amargura.

—Ninguna—afirmó Cleopatra—. Ella, con su aire de mosquita muerta, de santita que no ha roto un plato, era una perdida, y si no se escapa con Claudio, se escapa con otro. Cuando se fueron juntos á París, estalló el escándalo. Y luego, ya ve usted, cuestión de mala suerte : Ramón Simarro, el marido, que en vez de echar tierra al asunto, como era natural, se va detrás de ellos y se empeña en batirse...

—¡ Qué disparate !—suspiró la menor de las Pastor-Cordero—. Claudito hizo muy bien en no querer. ¡ Era un pecado, un grandísimo pecado !

Pilar asentía á todo, interesadísima por aquella historia, de que iba conociendo detalles incompletos, con ese apasionamiento con que leemos fragmentos de una novela de folletín hallada casualmente. Quiso ayudar á las confidencias é interrogó :

—¿Y era rico?

—¡ Riquísimo ! Su fortuna...

Como movidas por un resorte, las dos hermanas alzáronse de sus asientos, y con un lacónico «¡ Ya

están ahí!» á modo de excusa, corrieron al encuentro de los recién llegados.

Dos automóviles espléndidos habíanse detenido ante la escalinata del Palais, y del interior fueron surgiendo los invitados del señor Heliogábalo. Nubes de gasas, tules y encajes moldeando cuerpos de formas inverosímiles—demacrados unos como figuras bizantinas; gordos, fofos, atacados de elefantiasis otros—, guirnaldas de rosas, de lirios y de orquídeas; enormes pamelas empenachadas de nevadas plumas que caían lloronas, desmayadas sobre cabelleras teñidas de matices inquietantes, irisados de rojas llamaradas, de pálidos reflejos de ro, de azuladas negruras de noche; medias de seda de suave coloración que moldeaban piernas de una delgadez funambulesca; zapatos de ante con hebillas de plata y de brillantes aprisionando pies de niña; enaguas de *valanciennes* que se entreveían por entre las estrechas faldas de Irlanda; perlas que ceñían cuellos largos, pálidos y tronchados, con dogales de quinientos mil francos y turquesas enormes, que caían sobre pechos blandos, adiposos, formaban, envueltos en aura de violentísimos perfumes, un conjunto abigarrado de elegancia insólita un tanto estrepitosa, que subrayaba el encanto decadente de aquellos rostros. Ojos enormes cernidos de livores en caras de palidez artificial de nardo; bocas que sangraban bajo la pintura; mejillas en que el colorete trazaba dos rosetones como los que pusieron los primitivos en los rostros de sus vírgenes, formaban aquellas bellezas de una artifi-

ciosidad encantadora. Eran bellezas de muñeca, de maniquí, de estampa decadente, bellezas ambiguas de cosmopolitismo ferial. Y en torno de ellas bullían los hombres, envueltos en un *chic* absurdo, de britanismo exasperado unos, de café concierto otros—trajes de franela, camisas de seda, calcetines calados, anillos extraordinarios—, cetrinos, demacrados, de hundidos ojos y labios voraces, marcados todos por ese sello que dejan las noches de crápulas, el juego y los vicios. Y había gestos rápidos, nerviosos, repelidos como *tics*, y actitudes interesantes llenas de laxitud.

Pilar Rosellón Ramírez, que á pesar de sus ínfulas de *chic* no había frecuentado jamás los centros de elegancia mundial, miraba, asombrada, la nube de exóticos pajarracos que desde Biarritz se abatían sobre el Hotel. ¿Cuál sería el fantástico personaje á que los unos encomiaban y otros llamaban despectivamente *el señor Heliogábalo?* No debía de ser ninguno de ellos, por cuanto el grupo, charlando y riendo con bullicioso estrépito, parecía esperar.

Pilar comenzó á examinarlos. ¡Qué barbaridad! Aquella señora delgada que se quitaba con gesto teatral—Sara Bernhard en escena—el guardapolvo, parecía desnuda bajo su ceñidísimo traje de encajes que hacía destacarse un collar de perlas rosas, maravilloso. La morenita...

¡Ahora sí que llegaba! Un *auto* de cien caballos, herméticamente cerrado, penetró en el patio. Del pescante saltó un negrito y corrió á abrir la porte-

zuela. Primero descendió el Gran Duque Nicolawich—conocíale de haberle visto una noche en el *Boulant* perder una aldea, con cólera y todo—, bajo, gordo, rechoncho, rojo, innoble, con su nariz amoratada en el rostro congestionado, y, cuadrándose, saludó militarmente. Luego descendió un hombre alto, pálido, delgado, con rota apostura y rostro de extrañas oquedades de calavera. Claudio Hernández de las Torres, conde de Medina la Vieja. El señor Heliogábalo.

II

EL CIRCO

Depuis elle á dansé sous le poudre des bouges,
tout nue, et tendue sa bouche aux levres rouges
des portefaix de Rome et les athlêtes roux,
les baisers des Césars ont mordue sa poitrine
et dans ses yeux meurtris, lassés, blenis des coups
la clarté rit toujours, inmortele et divine.

JEAN LORRAIN

—¿Es su amante?

Pilar Valdivia miró con cómica consternación á la Almenar, y con la voz hombruna y la desgarrada procacidad de solterona impenitente con vistas á la cáscara amarga, que le hiciera famosa, formuló:

—¡Mujer, qué cosas tienes! A Rosario no le han gustado nunca los tipos *chic. Ce n'est pas son genre*... ¿No lo sabías? Ahora le tiran los de circo. Le llaman la red... porque todos los acróbatas van á caer sobre ella.

La embajadora de Novenlandia, que, invitada

por la Valdivia para que les diese cierto aire de respetabilidad (¡que buena falta les hacía!), sentábase entre las dos amigas, encogióse aún más en su silla, aumentando su aire pacato de provinciana en visita, que la *toilette* modesta, con tres modas de atraso, subrayaba hasta lo épico, é inició un gesto de pudor sublevado. ¡Qué señoras!, ¡qué conversaciones las que sus escasos rudimentos de castellano le dejaban adivinar! ¡El amante!, ¡los del circo! Y, nostálgica, recordaba su bendita tierra, donde mirábase como un crimen que las mujeres, á los cuarenta años, usasen flequillo. ¡Sí, sí! Podían irles á éstas con músicas. Empezando porque en el dichoso Madrid era punto menos que imposible saber la edad de nadie. Desde los veinticinco á los ochenta todas se vestían igual, hacían la misma vida, se pintaban lo mismo, tenían los mismos devaneos...

Clotilde Almenar, mientras tanto, fijaba con insistencia, al través de los antiguos impertinentes de oro, sus insolentes pupilas de miope en el palco de la Puente, asombrada de que una mujer pudiese estar junto á un hombre que no fuese su amante. Para ella, todos los hombres eran, ante todo, eso, hombres. Sus ojos, fruncidos en una extraña condensación luminosa de las pupilas verdes, les desnudaban con un impudor inconsciente de bacante. Sin ser mala, mejor, siendo buena en el fondo, era una amoral. Para ella, las leyes morales representaban algo absurdo, inconcebible, y cuando estaba sola con un galanteador, se entregaba á él

con la misma naturalidad con que se comería un dulce.

Era guapa, con belleza estrepitosa, llamativa, realzada voluntariamente con atavíos abracadabrantes, hiperbólicos, absurdos (de gaucho de pantomima del Picadilly Circus, aquella noche, según aseguraba muy serio Julito, que, atalayado en el palco de las de la Campanada, entregábase á la noble tarea de poner á todo el mundo como un renegrido trapo), indumentarias á que hórrida mezcolanza de colorines daba una originalidad agresiva. En Constantinopla, donde estaba su marido de ministro y donde ella pasó una temporada, tuvo un éxito loco que puso en peligro la fortuna de las favoritas del harén imperial. Rubia, cubría sus cabellos casi rojos, que llevaba cortados en pequeños rizos, con un extraordinario fieltro blanco adornado de enhiesta pluma color naranja, que hacía resaltar más la blancura del rostro, atrozmente pintado, el rojo rabioso de los labios, y, sobre todo, el verde ajenjo de las pupilas destacándose en los obscuros marcos de las pestañas, teñidas de negro, y los falsos livores de las ojeras. Ceñía, como una funda, sus piernas apretada saya de *glacés* azul turquí, y oprimía su opulento busto una chaquetilla semitorera, también azul, recamada de pasamanerías color café.

Volvióse hacia su amiga para pedirle datos de aquel raro personaje que evocaba en su memoria la imagen de alguien conocido antaño y el recuerdo de no sé qué extraordinarias historias, y que, ins-

talado ahora en el palco de la loca de Rosario Puente, permanecía inmóvil, mudo é impasible como un sacerdote oriental, cuando, nutrida salva de aplausos atrajo su atención hacia la pista.

En el centro del ruedo, la *mujer-cañón* alzaba las enormes pesas de cien kilos, sosteniendo á dos criados del circo colgados de ellas. Era un espectáculo doloroso y grotesco que enardecía al populacho, prensado en las gradas del barracón ferial y le arrancaba relinchos de gozo, dicharachos groseros y burlones aplausos.

Vieja ya, gorda, fofa, con enormes biceps de hércules é hinchados senos que temblequeaban con el esfuerzo, levantaba la barra, rematada por bolas de hierro, de la que pendían dos zánganos. Su figura, exenta de toda nobleza, de toda majestad estatuaria, sin dominio de las posturas sabias ni elasticidad de movimiento, resultaba lamentable bajo las mallas rojizas, desteñidas, bordadas de doradas lentejuelas que relucían heridas por los rayos de las luces de acetileno pendientes del techo. En su rostro, redondo, carnoso, malsano, perlado de sudor, teñido ahora, al igual que los brazos y el escote, de rojo, por el esfuerzo, lucían los ojos humildes de bestia sumisa, mientras la boca sonreía con sonrisa temerosa, llena de tristeza imploradora.

Terminado su trabajo, soltó las pesas y, saludando al público con gesto que quiso hacer gracioso, echó á correr para refugiarse entre bastidores.

Un aplauso cerrado, estruendoso, entusiasta al

parecer, le obligó á salir nuevamente. Apareció de la mano del payaso, dando carreritas y saltitos de una ridiculez triste, echando besos á los espectadores con la mano libre. Las exclamaciones irónicas, burlonas, sangrientas, redoblaron; una voz cruel gritó: «¡Que baile!», y por todo el circo voces casi airadas clamaron: «¡Que baile!, ¡que baile!» Alguien tiró una cáscara de naranja, otro unas flores de papel. El escándalo arreció: «¡Que baile!, ¡que baile!» Al fin reapareció la víctima y, con su eterna sonrisa entereotipada, comenzó, entre el chirriar de los dos violines que componían la orquesta, una danza convencional llena de contorsiones y brincos.

Para contrarrestar el tedio de aquel interminable mes de Septiembre en San Sebastián, donde, refugiados los poderosos y las elegantes en Biarritz, Venecia ó París, y prisionera ella por pasajera contrariedad monetaria en que tenía no floja parte de la culpa el tapete verde, aburríase aperecer y para dar una nota de variación en la sosería de las inacabables noches de Casino, María Montaraz había puesto de moda las ferias, y, sobre todo, aquel circo en que se respiraba una atmósfera opresora de canallería, de lubricidad y de tristeza. Formaba el teatro enorme tienda de campaña, enriquecida al exterior por un tablado en que la mujer-cañón y Don Nicanor el *tonto,* vestidos de abigarrados andrajos, peroraban todo el día encomiando con ronco acento las maravillas del espectáculo anunciado en los carteles.

Constituían tales carteles obra maestra de pintura. Reproducían, con hórridos colorines, las principales atracciones de la compañía—la lucha de las fieras (un bosque virgen poblado de alimañas, entre las que surgía, sin saberse cómo, un domador de rizada melena, vistiendo fantástico atavío de cosaco y empuñando un látigo), el toro de las dos cabezas, el hombre pez, y, sobre todo, la bella miss Ofelia, malabarista, bailarina sagrada y creadora de la tragedia japonesa.

Y como si tales bellezas fuesen aún escaso atractivo, un órgano, pero no un órgano así como se quiera, sino un órgano magnífico, lleno de trompetas, campanillas, cascabeles y cuantos instrumentos de tortura se inventaron para el oído humano, tocaba á todas horas los valses de *La viuda alegre* y de *El conde de Luxemburgo,* y las fáciles tocatas de *La corte de Faraón.*

Dentro del circo, claveteados tablones formaban las gradas de la entrada general, cuerdas forradas de lana roja trazaban los palcos, y dos filas de sillas desvencijadas, bautizadas con el pomposo nombre de butacas de preferencia, cercaban la pista. Al fondo, una misérrima cortina de percal negro, sobre la que se destacaban recortadas cigüeñas, cerraba el escenario destinado al exótico esp c-táculo.

Aquella noche, como de «gran moda» (que anunciaban los programas), estaba el misérrimo local más frecuentado que de costumbre. En las sillas de pista veíanse, mezclados con familias burguesas

que llevaban á sus chicos para que se recreasen con las payasadas de los excéntricos y se horrorizasen ante los perros melenudos con honores de león, y con gruesas mamás que dormían beatíficamente dejando á sus retoños, éticas niñas casaderas, timarse con sus galancetes, pululaban esos tipos híbridos que frecuentan las estaciones de baños, los sitios donde se juega y se ama, que vemos en San Sebastián, en Biarritz, en Montecarlo, en Ostende, luciendo su apostura fanfarrona y su elegancia llamativa de *maquereaus* en torno de las mesas de *bacarrat* y de las *cocottes* de moda, á quienes conocemos como á un conde portugués, príncipe italiano ó banquero brasileño, y luego, un día de lluvia, creemos ver pasar por la Puerta del Sol sin paraguas y con el cuello de la americana subido por única defensa contra el frío.

En contraste con ellos, golfos, criadas, mozas de partido de las que son prez y gala de encrucijadas y desmontes; soldados, chulos, marineros, menegildas, hampones y aventureros de baja estofa, hacinábanse en los asientos de la entrada general, prensándose, estrujándose, hallando cruel voluptuosidad en atropellarse, en brutalizarse con sadismo inconsciente. Borrachos de bestialidad, chillaban, aullaban, apostrofaban á los artistas, procurando enardecerles, excitarles, con deseo de sangre, de catástrofe, anhelando que se cayesen de los trapecios ó que las fieras les acometiesen, crueles, inconscientes, feroces. Malsana lascivia les exasperaba; ansia de cosas monstruosas y extrañas,

anhelo de algo absurdo calentaba su sangre poniendo fulgores de locura en los ojos y contrayendo las bocas en gesto ansioso de sed que demacraba las mejillas enrojecidas. Ante el espectáculo funambulesco, todas las malas pasiones dormidas en sus almas eran como canes rabiosos que aullasen al aquelarre reunido á la luz de la luna. Aquellos seres que vivían en una miseria física y moral sentían en sus venas, al contacto de las exhibiciones, el fuego de todos los deseos; los crímenes, los estupros, las vesanias mosochistas traducíanse en los rudos temperamentos con anhelos cristalizados en los ejercicios de la pista—en los acróbatas que podían caer desde las altas anillas donde se balanceaban sobre el espacio, en la inquietante figura de miss Ofelia, en las carnosas flacideces de la mujer-cañón y en el androginismo de Fritz el malabarista.

La claridad lívida de las luces de acetileno bañaba los rostros, unidos en racimos, con imprevistos claroscuros de aguafuerte. Caras de hombre, morenas, enjutas, de estrecha frente que perdía su nobleza bajo lacios mechones de pelo caídos hasta las cejas, cobijadoras de pupilas brillantes como carbunclos, y caras femeniles embadurnadas de polvos y pinturas baratas que no conseguían disimular el extraño abotagamiento; rostros estúpidos, sin expresión, y rostros curtidos por el trabajo, formaban extraño muestrario de la humanidad.

Un olor acre, á suciedad, á tabaco, á sudor y á

perfumes baratos, fundiéndose con el desagradabilísimo del acetileno, enrarecía la atmósfera, cargándola de emanaciones de lujuria.

Y abajo, en los palcos, respirando, dilatada la nariz y chisporroteantes los ojos, aquella sensación casi animal, conscientes, pero disimuladas, hipócritas, las mujeres, todas aquellas ambiguas mujeres, señoras y cortesanas, confundidas por un solo deseo supremo, el deseo de divertirse, encubridor quizá de otros deseos inconfesables, asistían escudadas en un capricho de la moda, al espectáculo, contentas de sentir rugir la bestia tan cerca, con una voluptuosidad de domadoras.

Comenzado ya el número de los acróbatas, Clotilde Almenar interrogó á su amiga:

—¿Cuál es el que dices que le gusta á Rosario?

—Mira, no estoy muy segura... Creo que el más alto.

Clotilde tornó á requerir los lentes y dedicóse á estudiar, con aire de conocedora profunda, la musculatura del funámbulo, moldeada bajo las mallas de color de carne. La embajadora se santiguó mentalmente. ¡Qué desvergüenza! ¡Ella que apenas si se atrevía á levantar los ojos, temerosa del semidesnudo masculino!

No debió la rubia quedar muy satisfecha de su examen, pues con una mueca deliciosa de desdén aseguró:

—Hija, no vale nada. ¡Tan flaco!

Y, sin hacer caso del respingo de la extranjera, interrogó, curiosa:

—Pero el otro, el tipo ese que está en el palco con ella... Me parece que le conozco y no me puedo acordar...

—¡ Claro que le conoces! ¡ Si es Claudio!

—¿Claudio?

—Sí, mujer, Claudio Medina la Vieja. El señor Heliogábalo, como le llamábamos. ¿No te acuerdas?

—Sí, sí, ahora caigo... ¿Aquel de las fiestas fantásticas?

—¡ Justo! El de los escándalos, el que no quiso batirse con Ramón Simarro después de birlarle la mujer.

—¡ Ya!...—Y con curiosidad púsose á contemplarle. Al cabo de unos minutos expuso el fruto de sus observaciones en voz alta:

—¡ Qué viejo está!... ¿Y á qué ha venido á San Sebastián?

—Dicen que va de paso para Madrid, á descansar, á vivir en paz, á envejecer...

La idea de la vejez pasó por la imaginación de la Almenar como algo horrible, como un monstruo que llevase aparejadas la soledad y la tristeza. ¡ Envejecer, no! Envejecer es bueno para los que, como la hormiga de la fábula, han economizado amor para el frío de los últimos años, para los que, sacrificando caprichos y pasiones, han fundado un hogar, han formado el nido que les resguarde de la glaciedad invernal; las criaturas de amor no tienen derecho á envejecer, es preciso que sean siempre alegres, fuertes, jóvenes.

Para rechazar aquellos pensamientos que la entristecían, interrogó:

—¿Y el otro, el muchachito ese que está con ellos?

—¡Qué sé yo! Puede que ni él mismo lo sepa. Uno de esos tipos que inventan. Ya sabes que cuando alguien les gusta le descubren genio. No hay cosa más cómoda. «¿Fulano?... ¡Oh! ¡Fulano es un talento no comprendido!... ¿Sus versos?... ¡Prodigiosos! ¡Qué frescura! (¡y tanta!), ¡qué facilidad de rima!» O, si no: «¡Qué cuadros!, ¡una cosa admirable! ¡¡Vinci!!» ¡Y luego todo acaba en un conato de *chantage!*... Es lo mismo que lo pintoresco; cuando alguien quiere hacer algo que cae fuera de la ley, se pertrecha en ello: «¡Es tan pintoresco!» En fin, no calumniemos; pongamos que el chico ese es... el hijo de un general muerto en campaña.

—¿Tiene algo que ver con él Rosario?—preguntó Clotilde, fiel á su teoría.

La Valdivia rió, cruel:

—Es poco para ella.

—Pues no está mal el muchacho—aseguró, con aire de convencimiento, su interlocutora.

La solterona rió, cínica:

—Anda con él. Dicen... dicen...—titubeó un poco, cohibida por la atrocidad que se le había ocurrido—, dicen... que está á disposición de las empresas.

La Almenar interrogó con los ojos, mientras sus dedos hacían un gesto ambiguo. A un «¡Vaya us-

ted á saber!» de su amiga, cogió los anteojos de teatro y, llena de curiosidad, miró con descaro. Después, notando que ante tan nefandos temas de conversación el horror de la embajadora llegaba al paroxismo, disimuló, repitiendo:

—¿Pero has visto, Pilar, qué viejo está Claudio? ¡Y qué raro!

—A mí—aseveró la Valdivia—me da miedo. No quisiera encontrármelo en un cuarto de noche.

La dama rubia pensó para su sayo que de noche todos los gatos son pardos, y que tal vez en las tinieblas su amiga no haría tales aspavientos.

—Está raro, pero *chic,* eso sí. Parece, parece...

—Un cadáver.

—¡Un cadáver vestido para una mascarada de lujurias!—murmuró, tras ellas, una voz inarmónica.

—¡Ay!—chilló la Almenar, y luego, viendo al recién venido—: ¡Jesús, hijo, qué susto me has dado!

Era Julito Calabres, que acudía á contar los últimos chismes («potins», decía él).

—Fijaos en él y veréis—siguió, con su afán de decir cosas extraordinarias—. Parece un cadáver que, galvanizado por la lujuria, ha salido en busca de aventuras. Porque Claudio está muerto, no os quepa duda. Hay muertos á quienes entierran vivos, y, en cambio, hay cadáveres que se pasean por ahí—. Y, á un gesto de espanto de sus interlocutoras—: No hagáis pamemas. Es la pura verdad; Medina está muerto, muerto; si se le pudiese

ver por dentro, veríamos los gusanos; muerto, física y moralmente. No tiene ilusiones, ni deseos, ni esperanzas; sólo la lujuria, una lujuria inmensa, infernal, podía galvanizarle. Y la lujuria le ha traído aquí; está enamorado de miss Ofelia. Miradle.

En el palco de la Puente, el personaje objeto de aquella atención, tendido hacia el espectáculo en un impulso apasionado, parecía abstraído, indiferente para lo que sucedía en derredor suyo. Caído sobre el barandal, con su persona, que envolvía una elegancia exageradísima, afectada, tocada de estetismo, no sé qué doliente laxitud, tenía algo de lúgubre y de grotesco, algo de roto, de fofo, de inarticulado, una inquietante semejanza con esas marionetas que, abandonadas por la mano de los parodiadores, yacen inertes en la embocadura de los *guignols*.

Frente á él, bañada en la luminosa reverberación que presta á las pasionales una crisis de amor, joven á pesar de las arrugas que maculaban su rostro, un poco amarillo sin el artificio de los afeites comunes á las demás mujeres, y de las canas que tejían con plata sus cabellos negros; joven, sí, gracias á la admirable pasión de sus enormes pupilas garzas y aterciopeladas y al rojo fuego de la boca, que al sonreir mostraba los dientes, de cegadora blancura, más que varonil sobria en su atavío de paño gris y sus ademanes rápidos y precisos, Rosario Puente hablaba con Gregorito Alsina, aquel niño de insolente nariz respingada y rubia onda,

que la Valdivia había dado como un profesional del amor.

Claudio, perdida la noción de todo, ponía fuegos de deseo en sus pupilas grises. El rostro, lívido, cadavérico, surcado de arrugas que semejaban cortes del señor Heliogábalo, empurpurábase en los pómulos; los ojos turbios, grises, borrosos, atrozmente pintados, ardían en fulgores de locura, mientras los dientes, un poco grandes, mordían los labios teñidos de rojo, hasta ensangrentarlos. Sentía un deseo loco de la criatura enigmática é inquietante, que se retorcía en escena con trágica mímica de lunática. Aquello, que creía dormido para siempre, la lujuria que antaño le poseyó como un espíritu maligno, la llama maldita que buscara inútilmente desde la quiebra de su primer amor, en tantas vergonzosas aventuras al través de los sitios peor afamados del mundo, el fuego capaz de fundir el tedio que pesaba sobre su vida habían encendido nuevamente á la vista de la trágica. No le cabía duda; el misterioso impulso que le hacía joven, fuerte, valiente; que le ayudaba á saltar días, meses, años, la vida entera, sin sentir; que le daba alas para volar hasta las cumbres y besaba su frente con el beso del genio ó que le hacía caer y arrastrarse por el fango, inconsciente, casi animal, llevábale nuevamente hacia no sé qué misteriosos abismos. Y sentía con horror que esta vez no volaría alto ni la gloria aureolaría su frente de luminoso nimbo. Había en él algo muerto que se pudría lentamente y que sería el lastre que le impediría

remontarse. Presentía el calvario final de su vida de miserias, y, sin embargo, deseaba ir á él con algo que era á modo de doliente voluptuosidad. ¡ Y qué tarde venía aquella nueva pasión! Llegaba cuando, empobrecido, casi conforme con su suerte, llamaba á las puertas de la vejez; cuando perdida toda fe en sí mismo, iba á claudicar, acogiéndose al refugio de todos los cobardes: la resignación. ¡ Bah! ¡ Qué le importaba! ¡ Una abyección más! ¡ Una vergüenza más! ¡ Gozar! He ahí la unión verdad. Y una loca rebeldía contra la vejez alzábase en su alma y le hacía soñar con luchar aún, con ser joven, con volver á vivir las horas pasionales.

Tres días de horror, tres días de columpiarse su razón sobre un abismo de locura, tres días de insomnio, de inquietud, de sobresalto.

Desde la noche en que, prisionero por una avería de automóvil en San Sebastián, tuvo la malhadada idea de acudir al barracón, la calma, la relativa calma de que disfrutaba, había huído.

¡ Aquello no podía ser! ¡ Cecilia! Ella, la amada, la adorada, la idolatrada... Y, sin embargo, era. Hacía tres días que, como en una pesadilla, repetía sin cesar: «¡ Cecilia!» Y su carne, su carne miserable (el corazón hacía mucho que había muerto), temblaba á su vista como en aquellas noches azules—noches de luna y de pasión—en que paseaban en caique por el Bósforo.

Miraba Claudio aquella noche como otras noches, con fijeza de hipnótico, viendo, espantado,

surgir de las sombras del tablado canalla el fantasma de otros tiempos.

Era algo lúgubre y grotesco, algo así como si un artista enamorado de lo monstruoso se hubiese complacido en moldear con cera, estopa y trapos una caricatura macabra de la amada. ¡Y, sin embargo, era ella! Una intuición extraña le decía que era ella; ella, viva ó muerta, fantasma ó ser real, cuerpo tangible ó aparición, pero *ella,* la poseedora, la *única.* ¿Qué importaba que fuese Cecilia Simarro ó miss Ofelia, que la dama hubiese rodado por los escalones sociales, hasta llegar á aquel barracón, ó que el alma de aquélla se asomase á los ojos de ésta? Era *ella,* Judith ó Salomé, Dahagut ó Helena, *ella.*

La orquesta preludiaba una extraña melodía. Los violines, apoyándose en dos únicas notas, daban una sensación monorrítmica, que acrecentaba la tristeza gravitante en el ambiente. Con un chirrido seco descorriéronse las cortinas y apareció el escenario, convertido en un jardín convencional, demasiado recortado en su chinesca minuciosidad de perfiles. Así, á la cruda luz de las bombillas eléctricas, carecía de todo ilusorio prestigio y tenía la vulgaridad de cualquier presuntuoso escenario de feria. Pero poco á poco las luces se fueron apagando, sin quedar encendidos sino los cuatro mecheros de acetileno, que cortaban las tinieblas con la brutal blancura de su luz sin iris; encendiéronse unas candilejas verdosas, bañando el escenario con medrosa claridad; los violines

temblaron en una última nota, susurrante, gemidora, inacabable, y como en las experiencias de espiritismo, las tinieblas del fondo del escenario se fueron condensando, solidificando, tomando forma, y, por fin, entre los árboles enanos, recortados en caprichosas formas, y los lotos gigantescos, surgió una figura de mujer: miss Ofelia.

Surgía lenta, erguida, alta, esquelética, moldeándose su osamenta, aprisionada en los pliegues del kimono negro, historiado de rampante alimaña de oro. Deslizándose sin que se le viese andar, como esas musmís de juguete que caminan sobre ruedas, llegó al centro del escenario y s· detuvo un momento.

Parecía más alta así, silenciosa, altiva é inmóv·l como una estatua. La escena se obscurecía, brindándole su fondo de negruras; el sombrío kimono borraba casi su cuerpo, fundiéndole en las sombras, que hacía resaltar más la blancura del rostro de histrionisa, alargado, consumido en las mejillas como si le amagase la tisis. Pero sobre todo, lo que hacía trágica la blancura de harina bajo la cabellera rojiza, semejante á carnavalesca peluca, lo que escalofriaba en aquella impasible máscara de Pierrot, era la boca roja, semejante á una cuchillada, y sobre todo los ojos de abismo, negros, inmensos, de mirada ardiente unas veces, voluptuosa otras, ojos que eran ventanas abiertas sobre la tenebrosa inmensidad de una noche sin fin.

No podía precisarse su edad; viendo su cuerpo andrógino, viendo su fragilidad, una fragilidad de

cristal que parecía próxima á quebrarse, se le creería casi una niña. Pero estudiando aquella cara, el hondo rictus que daba á la boca extraordinaria amargura, las arrugas que, disimuladas por cárdenas sombras, cercaban los ojos, lo voluntario del mentón y la brutal sensualidad de los labios sangrientos, fijándose en la extraña dejadez de sus gestos, en la laxitud de sus movimientos, en la marchita flacidez de sus senos, apenas señalados, juzgaríase que bordeaba los cuarenta años de una vida tumultuosa, en que todas las pasiones y todos los vicios habían florecido.

Permaneció, pues, un instante quieta, y de pronto lanzó un grito agudo, estridente, inarticulado, y con un gesto bárbaro rompió la estatuaria inmovilidad. Después, como poseída de misterioso pánico, corrió huyendo de imaginario peligro, apareciendo y desapareciendo con incoherencia de loca. Huía, huía por entre los árboles en forma de pez ó de dragón; huía siempre, y algunas veces parábase, como si escuchase un lejano llamamiento. Después, doblada, rota, al parecer domeñada por oculta potencia, acudía hacia un punto dado, siempre el mismo, para con un alarido de horror tornar á huir.

Sus gestos unas veces tenían trágica grandeza, que hacía temblar; otras, una pueril afectación que hacía reir. El público, el buen público, demasiado equilibrado para entrar de lleno en aquel malsano espectáculo, bostezaba, se indignaba ó se reía. Las voces subían de punto, algún dicharacho soez salu-

daba un gesto más vehemente de la artista y comenzaban á escucharse silbidos.

Miss Ofelia no parecía darse cuenta del fracaso, y como una sonámbula seguía retorciéndose, presa de no sé qué maléfico genio. Ahora se había prosternado ante un cerezo en flor y buscaba algo. Un grito de triunfo hizo enmudecer al público y vieron á la trágica alzarse, sosteniendo en las manos una calavera, que reía el sarcasmo de su boca sin labios.

Ella depositó su fúnebre trofeo sobre una piedra y, caída en el suelo, comenzó á tejer una corona, con que ciñó el descarnado cráneo. Después volvió á alzarse del suelo y comenzó rara zarabanda en torno del fúnebre despojo, y al fin, en una agonía de los violines, se inclinó, estampando un beso en los dientes del muerto.

Cayó el telón. Una explosión de gritos, de aullidos, de blasfemias y silbidos, resonó en el circo. Los intempestivos aplausos de la *claque* hicieron redoblar la protesta. Los hombres, de pie, pateaban é injuriaban, escupiendo obscenidades; las mujeres protestaban débilmente y las damas comenzaban á desfilar. Sólo el señor Heliogábalo, reclinado en el barandal, aplaudía.

El telón se alzó, por fin, entre horrísono clamoreo, y en la crudeza de la luz eléctrica, fría, hermética, desafiadora, reapareció miss Ofelia. Paseó sus pupilas desdeñosas por la sala y, saltando por encima de Claudio, dejó caer su mirada en los ojos azules de Gregorito Alsina.

III

LA HISTRIONISA

> —Donc, aller vagamonds saus trêves,
> errer, funestes et maudites,
> le long des gouffres et des gréves
> sous l'oeil fermé des paradis!
>
> PAUL VERLAINE

Al través de las lonas que cerraban el teatro llegó hasta el patio una voz irritada que profería incomprensibles maldiciones:

—¡*Ladrones!*... ¡*Cochons!*—y otras no menos amables frases flotaban, confundidas en una extraña jerigonza.

El *signore* Alfieri alzó un momento la cabeza con un gesto de vaga impaciencia, y luego, encogiéndose de espaldas, siguió repasando los programas, húmedos aún de tinta de imprenta, que acababan de traerle.

En la dulzura transparente de la mañana otoñal, bajo la dorada caricia del sol, ofrecía el corralón colocado á espaldas del circo pintoresco aspecto.

Entre los muros formados por los grandes camiones utilizados para transportar los enseres y las jaulas de los bichos exhibidos por los artistas, entregábanse éstos á diversos ejercicios ó charlaban, interrumpidos por las voces de los que ensayaban en la pista. Junto á la puerta de las cuadras, Nicolás Petrowicht, apuesto en su fanfarronesco ademán, su gran tupé y sus enhiestos mostachos negros, daba de comer á su jauría. Los grandes daneses, los galgos de fina lámina y nerviosas patas, que parecían escapados de un tapiz medioeval, y los enormes terranovas de larga pelambre se apiñaban en derredor de su amo, formando grupos de elegancia insuperable, ó alzándose de improviso, como rampantes alimañas, apoyaban las patas en sus hombros. En el centro del patio, tres ó cuatro chiquillos de la *trup* norteamericana jugaban dislocándose, en el suelo junto á Baucis, el burrito sabio, que comía su cebada apaciblemente; en un ángulo, la mujer-cañón daba de mamar á un niño clorótico, encanijado, mientras el payaso Tonny, triste como los bufones de Shakespeare, hablaba con Fritz el malabarista, de equívoca belleza y chillona elegancia, recargada de preseas de baratillo.

Acabado el examen de los programas, el *signor* Alfieri, empresario, director de escena, administrador y no sé cuántas cosas más, comenzó á gruñir, monologueando en voz alta con propósito de ser oído por los artistas.

Para él, todos los que á sus órdenes trabajaban eran un atajo de bandidos, que apuntaban con el

trabuco á su bolsa, y el negocio se le presentaba como un robo á mano armada. Así que usaba, con astucia de hombre de guerra, ardides de salvaje para hacer pasar algunos ochavos del bolsillo del público al suyo y, una vez allí, impedir una nueva mudanza al de sus subordinados, sin importarle apencar con lo ajeno aun contra la voluntad de su dueño, por mor de aquella prudente máxima que dice que quien roba á un ladrón tiene cien años de perdón.

En consonancia, pues, con tan noble teoría, empezó á llorar la indiferencia del público, lo reacio de su voluntad en acudir al espectáculo, los muchos gastos...

Llegaba aquí en sus querellas, cuando, alzándose un trozo de lona, surgió miss Ofelia, empurpurado el rostro por la indignación y crispados los puños. Como una tromba dirigióse al italiano, que le esperaba, en los labios aquella su pintada sonrisa de cromo, gala y ornato del rostro redondo y sonrosado de tenor.

—¡ Esto es intolerable!, ¡ intolerable! ¡ La tercera que desaparece en un mes!

El *signor* Alfieri hizo aún más amable su sonrisa, y frotándose las manos como tenía por costumbre, interrogó:

—Pero ¿qué pasa, miss Ofelia?

Ella no respondió directamente á la pregunta, sino que siguió rezongando:

—¡ La tercera en un mes! ¡ Y son los niños de la *trup* Warttons, no me cabe duda! La cogen para

jugar á los bolos. *Mechants bètes qu'il sont!* ¡ Lástima de Herodes!

—¿Qué sea, miss Ofelia?—tornó á interrogar él, sin parecer consternado por las invocaciones homicidas de la ofendida.

—¡Qué ha de ser! ¡La calavera!, ¡mi calavera, que me roban esos malditos chiquillos para jugar!

El *signor* Alfieri enarcó las cejas, estiró con un tironcito el chaleco de terciopelo rojo sobre el redondo abdomen, y tomando un continente severo que le sentaba muy mal, llamó, engolando la voz:

—¡Dick! ¡John!

Dos niños rubios, de dorados bucles, ojos azules, respingada nariz y ademán desvergonzado, plantáronse ante él alzando las cabecitas en muda interrogación.

El italiano los contempló severamente y luego pasó á interrogar con noble continente de juez:

—¿Quién ha cogido la calavera de miss Ofelia?

Un doble encogimiento de nombros fué la respuesta.

Como aquello no satisficiese, al parecer, al italiano, comenzó un largo apóstrofe, en aquel extraño lenguaje en que mezclaba con períodos castellanos frases italianas, giros franceses, sentencias alemanas y palabras inglesas, lenguaje que hacía á medida de su deseo más laberíntico é incomprensible para aturdir á sus interlocutores. El conocía el corazón humano y, sobre todo, el femenil, y sabía cuán grande era su vanidad, y como, por otra

parte, todo lo que no fuese mandobles contra su bolsa traíale sin cuidado, había descubierto aquel medio de apaciguar las riñas que surgían entre sus artistas. Con los interminables discursos cansábales, seguro de que al concluir él surgiría la reconciliación, como tregua necesaria.

Proseguía, pues, ahora su perorata en aquel á modo de esperanto; Dick, sin hacerle caso, atendía con atención profunda á las aventuras de un moscón á quien el rabo de Baucis perseguía implacable; John sacaba la lengua disimuladamente á miss Ofelia, y la trágica, exasperada, pateaba de impaciencia. Al fin, no pudiendo más, le interrumpió:

—Bueno. *Assez!, assez!* Yo, lo que quiero, es que me la devuelvan.

El *signor* Alfieri se encaró con los chicos:

—¡ A ver! ¡ A ver! *Per Baco! Fichez le champ!* Y pronto aquí, con la calavera.

Echaron los chiquillos á correr, y el empresario, para distraer las iras de la cómica, reanudó el rosario de sus lamentaciones. Aquello iba mal, muy mal. El negocio no marchaba. ¡ Qué diferencia de otros tiempos! Recordaba él cuando un año, en Burdeos...

Volvió John con la calavera y, depositándola en manos de su dueña, huyó haciendo volatines.

Miss Ofelia contempló un momento el fúnebre despojo con aire de profunda consternación, y al fin estalló en roncos barboteos de ira:

—¡ Ladrones!... ¡ Hijos de perra!... ¡ Lástima de

paliza! *Mais vous ne voyez-pas ça?*... ¡Cómo lo han puesto!... El cráneo cascado... le falta un diente...

El empresario no pareció compartir el espanto de la propietaria.

—¡Bah! *Ce n'est-pas* gran cosa. Desde la sala no se ve si está roto.

Ella no se dió á partido.

—Pero ¿y el diente?

El *signor* Alfieri dió una respuesta digna de un filósofo desdeñador de la existencia humana:

—Tan bueno es un muerto con un diente más que con uno menos.

Quedó ella desconcertada un momento; pero, decidida en su mal humor á poner inconvenientes á todo, repúsose pronto y objetó:

—Pero así, con un diente menos, tiene una risa alegre.

Decidido á llevar su complacencia hasta el último límite de las fuerzas humanas, con tal de salirse luego con la suya, meditó un momento y al fin ofreció:

—Se arreglará, miss Ofelia, se arreglará. Yo tener guardada una dentadura de la difunta *madame* Alfieri, ¡oh!, bella pieza, comprada en New-York, y arreglaremos desperfectos con ella. No gustarme utilizarla, pero para usted hacer un sacrificio, un *moltto* grande sacrificio. Para mí ser un recuerdo, una reliquia...

Creyó llegado el momento de enternecerse, y limpiándose una lágrima imaginaria, suspiró:

—¡Pobre *madame* Alfieri! ¡Una *madonna!* ¡Un ángel!

Después, y rendido ya el debido tributo al sentimentalismo, fué, como hombre práctico, á su negocio:

—Yo estar apresurado... Ensayar *frères* Warttons y haber de estar yo allí, si no... *sacrés artistes!* No todos ser como usted, una verdadera gran artista, una artista única—y con una pausa y como si realizase un esfuerzo supremo—. Por lo mismo yo tener que hablarle verdad, ser un deber de conciencia.

La voz era untuosa, acariciadora, frágil, con trémolos y gorjeos de tiple.

Miss Ofelia adivinó la puñalada. Su ira se fundió en descorazonamiento y por un instante aquella energía que le servía para sostenerse se desmoronó y estuvo á punto de llorar de cobardía. Sobrepúsose pronto y amablemente interrogó:

—¿Qué pasa, *signor* Alfieri? Ya sabe que á mí puede contármelo todo.

Hablaba el castellano correctamente, con un acento extraño, indefinible. Su voz era bella, armoniosa, una voz impersonal. Se adivinaba que debía tener otra voz, que surgiría en los momentos de ira ó de pasión.

—¡Oh!, miss Ofelia, precisa tener calma, mucha calma, escucharme sin entado, *sans s'emporter*. Yo tener *pour vous* admiración, ¡grande admiración!... *Mais* el público...

—¡El público es imbécil!

El *signor* Alfieri palmoteó con grandes muestras de aprobación, como si aquella frase fuese un hallazgo psicológico en la historia del alma de la multitud.

—¡Un imbécil! *Mais exacte!* ¡Admirable, miss Ofelia, admirable! ¡Un imbécil!—Pareció sumido un instante en el piélago de su admiración, y luego, poco á poco, meditar, y una sombra se extendió por su frente; con voz cavernosa comenzó:

—¡Un imbécil!... Y, sin embargo, pagar á nosotros, *los poverinos* artistas tener que servirle, ser sus bufones—. Aplaudió él mismo su frase y continuó:—Anoche no haber gustado su trabajo, miss Ofelia; anteanoche no haber gustado su trabajo; el domingo no haber gustado su trabajo.

La trágica sintió un nudo que le oprimía la garganta:

—Habrá que inventar algo nuevo; veremos—ofreció.

—Nuevo, nuevo...—y el empresario se frotaba las manos—, nuevo, nuevo... Pero, miss Ofelia, al público no gustarle sus trabajos.

Callaron ambos, en una amarga pausa. Al fin él reanudó su perorata:

—El público no viene.

Ella le interrumpió, airada, ante su mala fe:

—Pero si anoche estaba esto lleno.

—¡Lleno!...—Y el *signor* Alfieri puso los ojos en blanco—. ¡Lleno!... Si casi no he ganado para pagar á los artistas. No, miss Ofelia, no. Yo caminar

á la ruina, y si vos queréis seguir, ser preciso una reducción de sueldo.

Agresiva, con acritud irónica, rabiosamente, la histrionisa:

—¡Claro! Todo acabará en una reducción del sueldo, como sucede siempre con usted. Aquí no se aprecian los artistas, no se piensa más que en explotarles, en economizar unos miserables ochavos.

El italiano se hizo aún más dulzarrón:

—¡Oh, miss Ofelia, no ser justa! Yo apreciar como nadie el arte, el verdadero arte...

Grig, el equilibrista, interrumpió el diálogo:

—Miss Ofelia, *ese,* que pregunta por usted—. Y á un gesto común de protesta de ella y del empresario—: Ya le he dicho que aquí no quieren que entre, pero insiste, grita, parece borracho.

El *signor* Alfieri se hizo fuerte en aquel lance, y encarándose con la domadora, formuló severamente:

—Salga fuera y *renvoyezle.* Aquí no quiero *affiches.* ¡Esto ser un lugar de arte, un templo de arte—. Y, rápido, se dirigió al ensayo.

Lejos de obedecerle, miss Ofelia, con un gesto de contrariedad y reflejando en su rostro todo el aburrimiento que aquel lance le causaba, encaróse con Grig.

—Que entre aquí—ordenó.

No quería arrostrar la escena sola, en medio de la calle. Allí, con los demás artistas cerca, encontrábase más al abrigo de las brutalidades de su amante, más resguardada que en la vía pública,

segura de que al primer intento de atentado acudirían en su auxilio, de que no le dejarían ensañarse en ella. Le había tomado miedo desde la noche en que ebrio, libre en la propicia soledad del pisito, le había vapuleado hasta dejarla inerte, deshecha, lleno el cuerpo de negros cardenales. Cada vez que leía en un periódico un crimen pasional, la crueldad de un hombre que martirizara á su querida, sentía un escalofrío erizarla hasta la raíz del pelo. Y una ira sorda contra sí misma, contra su vicio, que le había arrojado en brazos de aquel hombre, se alzaba, invadiéndolo todo, con un odio silencioso y feroz. La certeza de que sus amores sólo podían acabar en tragedia, le horrorizaba, espoleando á la vez su ansia de terminar y no sé qué malsano deseo de maldades, de cosas bárbaras y trágicas. Claro que la marcha sería el fin, pero ¿cuándo?

Rápida, quitóse el sombrero y los guantes y esperó. Su amante avanzaba ya hacia ella. Alto, fornido, enorme, las facciones toscas, hechas á golpes, las manos grandes y duras como mazas, los labios gruesos y rojos, fuertes los blancos dientes y el cabello que el cordobés blanco dejaba escapar, negro, crespo y rizado al igual de las cejas, que, abundantísimas, cobijaban dos ojos morunos, negros y fieros, tenía una apostura bárbara, que meses antes cautivara la neurótica sensualidad de la histrionisa.

Altiva ahora, decidida á imponérsele, tranquila, sintiéndose guardada por sus compañeras, interrogó:

—¿Qué quieres? ¿A qué vienes? ¿Qué te ocurre?

El la miró burlón, con una socarronería grosera que excitó sus nervios.

—¿Qué quieres?—volvió á interrogar con impaciencia.

Tornó á mirarla, fuerte en su burlona calma, y con un gesto irónico de mofa, le pasó la mano por la cara.

Indignada, rechazó la caricia:

—¡Di de una vez lo que quieres y vete!—ordenó—. Ya sabes que no me gusta que vengas aquí para nada. ¿Has oído? ¡Para nada!

Volvió á reir él con una risita insultante y luego formuló:

—¡Calma, cordera, calma! Tenemos que hablar—. Y prosiguiendo con el tono zumbón:—Porque mira tú: hablando se entiende la gente, y entre amigos...

Mientras tal decía, su mano buscaba el saquito que su querida llevaba pendiente del talle.

Ella resguardó su tesoro, y rechazándole, interrogó apremiante:

—Mira, di de una vez lo que quieres. Al empresario no le parece bien que haya conversación aquí.

No le hizo caso y siguió guasón:

—Pues verás tú, pichona; porque un hombre tiene sus compromisos... ¿sí ó no? Y yo... Porque vamos á ver...

Con un gesto agilísimo, de que parecía incapaz tan formidable personaje, sus manos trincaron la bolsita en un instante en que ella, en su impacien-

cia, no se resguardaba, y trataron de arrebatársela. Miss Ofelia acudió á defenderla con las dos manos y se entabló una lucha épica, monstruosa, repulsiva, de una canallería inaudita. La víctima, con fuerza nerviosa que no podría sospechársele, defendía su tesoro, empleando como armas las manos, los dientes, los pies. Mordía, pateaba, arañaba entre gritos de angustia, sordas maldiciones y atroces blasfemias. El agresor, con agilidad asombrosa, saltaba, rehuía los ataques, ponía el rostro á salvo de las uñas y las manos de los dientes, sin por eso soltar su presa ni conseguir tampoco hacerse del todo con ella. Tranquilo, imperturbable, dejaba caer su puño sobre las espaldas de la hembra, produciendo un ruido lúgubre, cavernoso. Al fin, su mano potente como un muelle de hierro, truncó el puño de ella. Sonó un crujido, luego un grito agudo, desgarrado, y la mano se abrió rígida, amoratada, dejando caer el bolsillo.

Acudieron la mujer-cañón y Tonny en auxilio de su compañera, mientras que Fritz se ocultaba en un rincón, temeroso de que peligrase su belleza, y los niños miraban curiosos, con sus grandes ojos azules llenos de asombro. Era tarde; el hombre se inclinaba para coger el bolsillo caído en tierra, y luego, tranquilo siempre, sonriendo burlón, llevóse la mano al sombrero:

—Caballeros, divertirse—. Y encarándose con su víctima:—Prenda, ¡que te alivies!

Caída en tierra, miss Ofelia lloraba de rabia y profería feroces maldiciones:

—¡Canalla! ¡Canalla! ¡Miserable! ¡Veneno se te vuelva! ¡Así no tengas una hora buena! ¡Así te coja un toro y te eche las tripas fuera!

La mujer-cañón se inclinó hacia ella, y con voz de pajarillo constipado interrogó compasiva:

—¿Le ha hecho daño? ¿Le ha quitado todo?

—Todo.

—¿Quiere que llame? ¿Que le haga detener?

Con atroz desaliento protestó:

—No, no. ¿Para qué? Sería peor. Luego, en casa, me mata. Más vale así. ¡Con tal de que me deje en paz!

Y encarándose con el que ya franqueaba las puertas del corralón, gritó con voz llena de saña:

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Veneno se te vuelva!

Luego, como regresaba, atraído por el ruido de la disputa, el *signor* Alfieri, púsose en pie ayudada por su compasiva compañera.

En el rostro del italiano había la noble severidad de un patriarca que vela por el bienestar y la virtud de su tribu. Acercóse lentamente á la protagonista del drama y se encaró con ella. Miss Ofelia, irritada, exasperada por la pasada escena, esperó pronta á desahogar su ira.

—¡Oh! ¿Qué pasar aquí? ¿Qué ser esto? Yo haberle dicho no querer gritos. *¡Sacre nom de Dieu!* Esto no suceder más que aquí. ¡Ser *une escandale!* ¡Ser *schoking!* ¿Qué pasar, qué suceder?

Los artistas callaban. La domadora se encaró resuelta con él:

—No era nada. Una visita mía.

El italiano alzó las manos al cielo:

—¡Una visita! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Miss Ofelia repitió como un eco burlón:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Alfieri tomó resuello:

—¡Una visita! ¡Mas no ser correcto! ¡No ser *comme il faut!* Gritar, pegar, amenazar... pero querida madame, ¡no es *convenable!*

La otra se encogió de hombros y fríamente murmuró:

—Qué le hemos de hacer. ¡Paciencia!

El *signor* Alfieri la miró pasmado. Luego, severo, decidido á afrontar el asunto, habló:

—¿Cómo decirlo?... Yo ser un hombre delicado, un *gentlmen,* y no querer ofenderle, pero ser preciso. Yo no quiero escándalos, no quiero *affiches* en mi teatro.

—Haré lo que me dé la gana—murmuró ella, conteniendo aún su ira.

—No, no—afirmó enérgico el empresario—. Aquí no se *repetir,* ó pongo á todo el mundo en la calle.

Miss Ofelia echóse á reir en sus narices, con una risa sarcástica, preñada de amenazas.

—¡Ja, ja! ¿De veras?... *Je me enfiche!* Recibiré á quien quiera, como quiera... ¡Pues no faltaba más! Ni que estuviésemos en un convento...

—Un convento, no—rectificó el italiano—; pero un lugar de arte, un templo de arte...

Tornó á reir:

—¡Ja, ja! Un templo de arte... ¡Ja, ja!—Y es-

tallando al fin:—¿Quiere usted que le diga lo que es su cochino teatro? ¿Diga usted, quiere?

Hablaba erguida, en tensión de sus nervios, como víbora que se dispone á acometer. Su boca crispada escupía las injurias con secos chasquidos de latigazo, y su voz era fría, blanca, voz de ira.

—¡Su teatro!—rió—. ¡Su puerco teatro! ¡Su teatro es una casa de lenocinio! ¡Un asco! ¡Un vivero de tías y ladrones, donde no puede estar una artista verdadera!

Y como él arriesgase un gesto de protesta, arreció:

—¡Su teatro es una porquería y usted un tío ladrón, asqueroso, cretino, que anda persiguiendo á las artistas, un sátiro, un puerco lúbrico, un cerdo, un montón de vicios y porquerías.

El *signor* Alfieri perdió al fin la paciencia, é iracundo á su vez, alzó la mano para castigar la osadía de su artista favorita. Los demás se interpusieron, y la mujer-cañón murmuró conciliadora á su oído, con su voz de jilguero afónico:

—¡Oh, *signor* Alfieri! ¡Está excitada! Dejadla.

El empresario recobróse en seguida de su momentáneo impulso, y tapándose los oídos alejóse murmurando:

—*Sacre nom d'un chien!* ¡Está loca!, ¡loca! Gracias que yo ser un caballero, un *gentlmen!*

....

A buen paso alejóse miss Ofelia del barracón. Al salir á la calle miró temerosa á un lado y otro,

y después de cerciorarse de la desaparición de su amante, respiró más tranquila, satisfecha de verse sola, libre por algunas horas. Inmensa amargura se desbordaba de su alma; una tristeza hecha de rebeldía y de descorazonamiento le anonadaba, robándole la voluntad, convirtiéndola en uno de esos seres absurdos que tiemblan ante el dolor físico, ante el frío y el hambre.

¡Otra vez aislada en la vida, sin arrimo, sin dinero, sin trabajo! Presentía que iba á encontrarse nuevamente en el arroyo, que aquella fase de su existencia acababa, y pensaba, con terror, en lo que podía esperarla ahora. Cada vez deslizábase más aprisa por la pendiente de miseria y de baldón; primero descendía lentamente, luego resbalaba, ahora caía con rapidez vertiginosa, empujada por la vejez y la pobreza. ¿Dónde iría á parar? Y sentía pánico ante la perspectiva de recomenzar la odisea, que, de día en día, hacíase más penosa. Habría que bregar de nuevo con la lascivia y la cruel grosería de los empresarios; con la brutalidad y egoísmo de los compañeros; con la envidia y maldad de las compañeras, y luego, un día, la caída, la inevitable caída, con su necesario cortejo de porquerías y vergüenzas. Y, según iba haciéndose vieja, todo ello tornábase más difícil, más repugnante, más terrible. Conocer nuevas ciudades, respirar la malsana atmósfera de los circos; sentir los ojos, llenos de sádicos deseos, del público, fijarse en ella, desnudarla, brutalizarla, poseerla, ó sufrir algo aún más doloroso: su desvío, su

saña, su hostilidad traducida en silbidos, en apóstrofes, en patadas. Y luego, todavía no repuesta, tenerse que defender, en el fondo de algún obscuro pasillo, de la brutal acometida de un acróbata ó payaso que, sudoroso, la cara aún embadurnada de afeites, caía sobre ella, para saciar sus deseos, como un perro rabioso sobre su presa.

Había abandonado el paseo de Los Fueros é internádose en una de las calles laterales, en busca del discreto café en que tenían lugar las citas con su nuevo amante.

La luz diurna no le favorecía nada, y aún más pálida que de costumbre, pero no con la artificiosa palidez de Pierrot de las noches, sino con una palidez amarillenta, cadavérica, tenía un aspecto extraño, casi desagradable.

Sin querer, mientras caminaba evocaba su pasado, que aun para ella misma tenía confusiones de pesadilla. Recordaba, como cosa lejana é incomprensible, los años felices de paz y respeto; luego algo inexplicable, misterioso y terrible, que se apoderó de ella á modo de fiebre y dió por resultado la aventura primera, la que tuvo todos los honores de una tragedia sentimental, aquella en que aún se llamaba á la lujuria amor, al deseo cariño, al vicio rebeldía y al impudor fortaleza espiritual. Entonces creyó aquello eterno y un día se encontró con el hastío. Vino el nuevo lance pasional y ahora fueron los otros los que la abandonaron á ella. Después llegó otra pasión y después otra; pero los velos habían ido cayendo y veía las

cosas con descarnado realismo. El arte aparecióse le en aquel infierno como un faro de salvación, y á él se entregó en cuerpo y alma. Por un momento se creyó salvada. ¡Era una gran artista! Luchó y comenzó á triunfar. Y cuando, á mitad del camino, se creía libre para siempre de la fiebre, trabajando una noche en Londres, sus ojos tropezaron con los de un hombre, uno cualquiera, un maquinista atalayado entre bastidores, y sintió revivir la hoguera. Desde entonces, su vida convirtióse en una perpetua caída, serie inacabable de vergüenzas. Fué rodando desde los grandes teatros de tragedia á los escenarios de *music-hall,* de allí á los cines, y, por fin, á los barracones de feria. En la última etapa había conocido á Gabriel *el Pachón,* aquel picador de toros bestial y canalla, que la vapuleaba y robaba. Al principio lo deseó con ansia; vivió en un perpetuo anhelo de sus caricias y de sus golpes, pero, ahora, le odiaba. Y junto al odio nacía en ella un amor, un nuevo amor por el chiquillo rubio, conocido en los azares de la feria, un nuevo amor por Gregorito Alsina.

Al verle sentado ya á una mesa de la terraza, apresuró el paso y se estrecharon las manos:

—*Cheri!*

—¡Ofelia!

Hablaron. Gregorito Alsina no era afeminado, pero sí femenil. Demasiado blanco y demasiado rubio, tenía una sonrisa excesivamente luminosa; sus manos, cuidadas como las de una mujer, accionaban con un aleteo juguetón, y sus ojos languidecían en

voluptuosidades de cortesana. Espiritualmente era aún más femenino; frívolo, caprichoso, vanidoso, embustero, hipócrita, astuto, solapado, voluble y perezoso, había nacido para millonario y, por crueldades del azar, no tenía millones. Más que inteligente vivaz, había comprendido que, fuera del trabajo, el dinero sólo se encuentra en el vicio, y habíase dedicado á explotar el vicio de los demás. Dejándose amar de las unas, ayudando en sus amatorias empresas á los otros, no repugnándole ningún papel, ni hallándose mal en ninguna situación, por desairada que fuese, pasaba la vida en perpetua fiesta. Algunas veces sentía un loco deseo de ser rico, de triunfar él, de sentarse á la mesa y participar del banquete, en vez de conformarse con las migajas; pero, lleno de filosofía, encogíase de hombros, sin perjuicio de aprovechar la ocasión, si ésta se presentaba. Como el gitano del cuento, se contentaría con que le pusiesen donde lo hubiese, y á fe que no haría grandes aspavientos ni se andaría con monjiles escrúpulos. En su trato con aquellas gentes, al penetrar en el fondo doloroso de su intimidad, había adquirido un gran escepticismo, pero también el constante roce con aquel arte en que se refugiaban con una especie de pulcritud moral, le había hecho elegante, discreto, delicado.

Miss Ofelia le devoraba con los ojos:

—¡Oh! *Cheri, cheri!*

El rió, tarareando el *couplet* canalla:

No me mires tú, no me mires tú,

Ella contóle sus cuitas, parte de sus cuitas, y lloró su próxima partida.

—Te juro—musitó entre dos suspiros—que si no fuese por ti me pegaba un tiro.

El rió irónico, y con uno de aquellos cínicos y sangrientos sarcasmos con que crucificaba á todos y algunas veces hasta se crucificaba á sí mismo, y que hacían el efecto de escapes de bilis acumulada por humillaciones y desdenes, animó:

—Pues por mí no lo dejes.

—¡Ah! ¡Canallita, canallita! ¡Cómo abusas de mi cariño!—susurró ella con ese mimo que empleamos con aquellos á quienes queremos aun en los momentos en que son crueles con nosotros.

Gregorito hizo una mueca burlona:

—Pues estamos aviados con nuestro cariño.

Ella se exaltó:

—No quisiera separarme nunca de ti. ¡Vivir siempre juntos, viéndote, adorándote!...

—¡Pues íbamos á echar un pelo!... El hambre con las ganas de comer.

La histrionisa sintió honda pena:

—¡Qué frívolo y qué ligero eres! Yo daría cualquier cosa por quedarme contigo.

—Pues lo veo difícil.

—¿Por qué?—interrogó miss Ofelia con esa candorosa tontería característica de los que aman.

El la miró lleno de irónica conmiseración, y luego, con dejo chulesco que no armonizaba muy bien con su elegante indumentaria de gomoso, se burló de ella:

—Pero ¿tú estás mala? ¡Mira ésta! ¿Por qué?... ¡Pues por la luz divina! ¿Estás tú?

La cómica, con la perseverancia para buscar soluciones de los que aman, interrogó muy seria:

—¿Y ese amigo tuyo, ese tan raro que dices que está enamorado de mí?

El chiquillo tornó á reir, cínico:

—¿El *menage à trois?*

Y á un gesto de protesta de su adoradora:

—No, si me parece de *chipén*... pero están verdes. El señor Heliogábalo es muy raro, está muy *currelao,* y basta que se le busque para que haga ¡zape!

Como miss Ofelia se quedase pensativa, pasóla la mano por la cara, con gran escándalo de una honesta burguesa que tomaba su sorbete de mantecado en la mesa contigua, é infundióle ánimos:

—Nada, paciencia; lo mejor es que te largues ahora con tu señor Alfieri por esos mundos de Dios, y luego, en invierno, te vuelvas á Madrid y ya nos arreglaremos á ver si el señor Heliogábalo *se cuela.*

¡Pues lucidos estábamos!—pensaba Gregorito—. ¡Lo único que me faltaba era que me cayese este carcamal encima!

No la quería ni poco ni mucho. La tomó porque ella se puso en su camino, y además, porque seguro de que su apostura era su único tesoro, necesitaba cerciorarse á cada paso del poder de ella.

Miró el reloj.

—¡Atiza! ¡La una y media!

—¿Qué prisa tienes?—imploró ella.

—¡Claro!, ¡ninguna! Almuerzo en el *Palais* y necesito irme.

—¡Te irás con otra!—gimió ella. Y luego, despótica:—¡No vas!

—¡Vaya!, ¡vaya!—ironizó él—; tú has *arreparado* mal. Si quieres un loro, te lo compras.

—¡Es que te quiero!

—Pues subvencióname, que el cariño no se come.

Y gentil, airoso, sonriente, elegantísimo, se alejó, contento de vivir.

IV

DIANA

La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres
fuir! la-bas! Je sens que des oiseaux sont ivres
d'etre parmi l'écume inconun et les cieux!

STÉPHANE MALLARME

En la serena dulzura de la noche avanzaba Claudio lentamente en dirección al rompeolas. Había conseguido sacudirse del perpetuo cortejo de hampones, ofreciéndoles el automóvil para ir á cenar á Biarritz. Y allí fuéronse María Montaraz y Julito Calabres, más Gregorito Alsina y aquella baronesa francesa, ingenua y perversa como una heroína de Colette Willy, dejándole á solas con sus pensamientos.

Ahora reirían y beberían, mientras él, solitario... Por un momento sintió haberse quedado. ¡Bah! De sobra sabía él lo mezquino de tales diversiones, cuyo único encanto estribaba en hacer que hacían, para epatar á los honestos burgueses, estremecidos de horror ante aquella nefanda aventura.

Había cosas que era preciso verlas al través de un velo de lujuria para que no fuesen repugnantes ó tediosas. Era preciso una sensualidad inmensa que nos galvanizase, que encendiese en nuestros ojos la luz con que alumbrásemos las cosas, que pusiese una nota alegre en la yerta tristeza de los bailes de máscaras, color en la hórrida grosería de las cenas canallas, poética ilusión en la inmunda suciedad de las alcobas de lupanar, para hacérnoslas tolerables.

Y él sentía que la llama maldita se apagaba poco á poco, al nevar de los años, y veía la vida cruda, descarnada, como podría verla un místico asceta. Dábase vaga cuenta de toda la crueldad de la farsa en que él había sido á la vez director de escena, actor y espectador. Ofrecíasele ahora con claridad meridiana el grotesco triste de aquella sociedad falsificada, en que faltaba cuanto da firmeza á una sociedad—solidaridad, raíces, leyes morales, respetos humanos, noción de la dignidad y del deber—, mundo híbrido, de mascarada, en que había algunos grandes señores y algunas damas de abolengo y en que los demás eran las queridas y los amantes y las amigas de las queridas, y los hermanos de los amantes y mujeres fáciles y aventureros y zurcidoras de gustos disfrazadas de señoras y profesionales del *chantage* disfrazados de *virtuosos* y poetas, gentes ambiguas que acudían al estrépito de las grandes caídas como acuden los moscones al hedor de podredumbre de un cuerpo muerto.

Y todos aquellos pintorescos personajes entra-

ban y salían, se saludaban ceremoniosamente, se daban títulos nobiliarios, hablaban del honor con pomposa frase y se ocultaban dentro de aquella cáscara de señorío que saltaba roto al primer impulso natural, amor, odio, interés ó vino.

Veíase él, Claudio Hernández de las Torres, conde de Medina la Vieja, entre aquel baroncito de Roncesvalles (título que no figuraba en ninguna guía), demasiado joven, demasiado guapo, demasiado rico y demasiado presuntuoso, que no hablaba sino de los fosos de sus castillos—*Chateaux en Espagne*—y de las fabulosas riquezas, dignas de *Las mil y una noches,* de sus tíos, unos tíos convencionales, que cambiaban de residencia según cambiaba el lugar de donde era oriundo su interlocutor, y aquel Gregorito Alsina, cínico y burlón, que pasaba de canalla y que en el fondo tal vez lo era, conquistando á las Mesalinas de circo y á las Lucrecias de *bar* nocturno.

¿Cómo había llegado allí? Hubo un tiempo en que vivió en su alma un ensueño de gloria. Entonces tenía fe en sí mismo y estaba seguro de tener talento, pero... faltóle voluntad. La vida, cuando se es joven, guapo, fuerte, rico y por añadidura artista, es demasiado bella para robarla unas horas de goce. ¡Gozar! He ahí el verdadero arte, el que poseyeron los emperadores legendarios, el que cincelaron como joyas los príncipes del Renacimiento. ¿Crear?... ¡Bah! ¿No era mejor gozar de una vez de la obra de arte que irla viendo surgir trabajosamente? La vida era más bella para un Cosme de

Médicis que para un Boticelli, para un Sforza que para un Vinci. ¿La inmortalidad? Prefería disfrutar de todas las posibles horas de placer que aguantar ventiscas, nevadas y aguacero convertido en mármol ó bronce en las regiones de la inmortalidad. Un epicurismo ególatra dominóle. Saboreó la vida; preparóse para el goce, aprendió á paladear, y ahora sentía con horror que la vida se le escapaba, y con ella juventud, amor, gloria. ¡La mitad vivida y aún no había gozado nada! Y pensaba en la inmensidad de placeres del mundo y en el disfrute de cada hora, de cada momento, que le acercaba inexorablemente á ese temeroso enigma que se llama la muerte.

Llegaba á los malecones que defendían el paseo del envite de las aguas, y se detuvo á contemplar el mar, aquel mar que él amaba tanto y que guardaba su secreto. Sus ojos, cansados, condenados á una próxima noche sin fin, reposaron en la serenidad del paisaje.

Bajo la campana azul del cielo, el Cantábrico era como campo de azur en que la luna desgranaba una sarta de perlas. Al fondo, en la negra masa de Ulía, brillaban dos ó tres misteriosas lucecitas, y más cercana, la playa de la Zurriola fingía una concha de oro, donde las aguas se desrizaban en encajes de nieve.

Siguió su paseo.

¿Por qué aquella perenne inquietud? ¿Destino, fatalidad, Providencia, qué era, qué significaba? ¿Por qué, cuando buscaba paz, cuando casi venci-

do claudicaba, surgía *aquello?* ¿Pero es que los muertos vuelven?

Detúvose un instante presa de uno de esos súbitos pavores que nos asaltan en el silencio de la noche, y, sin querer, pensó en los espíritus del mal, encarnados en extrañas formas para tentar á los santos ascetas, y pensó en las espeluznantes leyendas de aparecidos.

¡Cecilia! ¡Cecilia! ¿Por qué aquella dolorosa historia había de revivir siempre ante él?

Una pareja de enamorados que pasó rozándole, le distrajo, y más tranquilo, reanudó su caminata. Al pasar debajo de unos balcones que proyectaban un gran cuadro de luz sobre el paseo, oyó las notas de una sonata de Beethoven, y se detuvo. Escuchó. La pianista (tenía forzosamente que ser mujer, pues había demasiada delicadeza en la ejecución y una alada gracia muy femenil) saltaba de unos aires á otros con incoherentes aleteos de pájaro. Siguió escuchando. Eran ahora las notas ardientes y apasionadas de *Tristán é Iseo*, las inquietantes melodías de Chopin, los españoles ardores de Bizet. De pronto, en el silencio de la noche, se alzó una voz femenil clara, limpia, cristalina; tembló un instante contenida y al fin elevóse triunfante. Era una voz de ideal pureza, dulce, acariciadora, llena de cálida expresión, voz que matizaba las frívolas cantatas con extraños acentos de verdad.

Extasiado, prisionero en la magia de aquella divina voz, Claudio siguió escuchando con atención

apasionada. Y fueron entonces los trémolos y gorjeos de *Elixir de amor,* las patéticas notas de *Rigoletto,* las melancolías de *Traviata,* los turbados acentos de *Dinorah.*

Olvidado de inquietudes y pesares, libre un instante de su obsesión, el señor Heliogábalo sentía una gran serenidad invadir su espíritu. Al fin la cantora calló. Entonces, empinándose sobre las puntas de los pies, hizo esfuerzos por ver algo al través de las entornadas persianas. En el cuarto gris y rosa—un salón veraniego tapizado de rameadas cretonas y adornado con ligeros muebles de laca blanca—, destacábase, junto al piano, una figura de mujer. Acababa de ponerse en pie y una de sus manos reposaba sobre el teclado, mientras la otra jugaba distraídamente con unas flores colocadas al desgaire en un jarrón.

Era no muy alta, delgada, de proporciones armoniosas y con una gracia cándida y serena en su persona que cautivaba. Alzó el rostro. ¿Bello?... Incorrecto, pero dulce, simpático, con una cordial alegría que no podía decirse si estaba en las grandes pupilas azules ó en la sonrisa que florecía en los labios. Los cabellos de oro pálido nimbaban la frente, ligeramente abombada, y...

Alguien cerró el balcón; Claudio se halló solo. Entonces, con un esfuerzo de voluntad, encaminóse al rompeolas.

¡Qué tontería! El conato de aventura sentimental le había distraído y caminaba más ligero, más contento, casi optimista. Por un instante intentó

reanudar el hilo de sus amargos pensamientos, pero no pudo. La voz cálida y cristalina cantaba á su oído las livianas notas de las romanzas sentimentales, y la silueta elegante, armónicamente serena, vivía siempre ante sus pobres pupilas, que comenzaban á cegar.

Llegó al rompeolas y se acodó al barandal.

El cielo era como un manto de terciopelo azul enjoyado de diamantes, y en lo más alto la luna semejaba un gigantesco ópalo. A sus pies, el mar oscilaba lentamente, rompiendo contra los arrecifes con monótona canturia; en lejanía, dos ó tres veleros bogaban en la noche como fabulosos cisnes, y todo era dulzura y paz.

Claudio se sintió tranquilo, casi feliz. Y pensó, irónico, que á él, perpetuo buscador de raras sensaciones, degenerado, enfermo, exquisito, le bastaba, como á cualquier buen burgués, para ser dichoso, una muchacha rubia que tocase el piano y el encanto de una noche vista al través del prestigio de una escenografía lunar.

PRIMERA PARTE

ROMA

I

LAS RUINAS DEL TEMPLO DEL SOL

—Je suis un cimetière abhorré de la lune
oú, comme des remords, se traînent des longos vers...

CHARLES BAUDELAIRE

Cerró los ojos y pasóse la mano por la frente. Tenía la vista cansada por el bailoteo de números que pululaban en las columnas del *debe* y hacían rara vez aparición en las del *haber*. Además sentía amagos de una de aquellas terribles jaquecas que le aquejaban de algún tiempo á la parte, y como si aun esto fuese poco, nublaba su visión extraño hormigueo que estriaba el espacio de luminosos puntos.

Pero por encima de todo experimentaba la amargura inmensa de asistir al derrumbamiento de la fortuna, misteriosa en su origen como la de las Cuevas del Sésame ó la isla de Montecristo, que él había creído inacabable y cuyas postrimerías alcanzaba.

Con ademán de aburrimiento apartó de sí los librotes en que había adquirido la certeza de la catástrofe cercana, y poniéndose en pie se acercó al balcón.

Sus cansados ojos buscaron reposo en la belleza del jardín, que florecía en la cristalina diafanidad de la tarde otoñal. Cuando sus días de esplendor, habíase complacido en hacer del severo parque de los Hernández de las Torres, enclavado en el viejo Madrid, un parterre á la moda del Renacimiento, risueño y galante como escenario de un decameron de amor. Y así, entre hileras de cipreses y macizos de rosales, triunfaba un Olimpo de mármol, y sobre el severo tapiz de yedra que cubría la pared de fondo, una fontana ornada con viejos dioses de floridas barbas y saltarines tritones, cantaba su fresca canción de espumas.

La luz, al herir sus pupilas fatigadas por el largo trabajo, le produjo una sensación dolorosa, obligándole á retirarse al interior del despacho.

Raro exotismo daba carácter al salón. Sobre el fondo, de un decorado Luis XV de gran magnificencia—barrocas tallas y cuadros de brocado oro viejo—, destacábase la policromía de las fastuosas telas de Oriente, la flora exótica de los chinescos tibores, la insólita riqueza de las armas indias y arábigas, cargadas de piedras preciosas como joyeles, el fasto de los bordados, gala y prez de la liturgia medioeval; la clásica belleza de las estatuas griegas, la monstruosidad repulsiva de los dioses de bárbaros cultos misteriosos y remotos, y la

maravilla de las obras de los modernos genios. Divanes cubiertos por los albos toisones de las cabras del Thibet, brindaban á la pereza el muelle refugio de sus cojines recamados de oro y sedas y un extraño aroma, mezcla de ámbar y rosas, enrarecía la atmósfera.

Como si un soplo de lujuria epiléptica hubiese pasado por allí, cuadros y estatuas se animaban en calenturienta vida de sabat. Bajo el verde abanico de las palmeras, entre las puntiagudas hojas de los cactus gigantescos, las figuras extrañas labradas en mármoles ó trazadas enérgicamente en el claroscuro de las aguafuertes, cobraban movilidad fantasmagórica, retorciéndose en muecas trágico-grotescas de lascivia demoníaca. Una lubricidad, sádica unas veces, macabra otras, contorsionaba los torsos desnudos en posturas absurdas, y complacióse en la cínica exhibición de desnudos monstruosos. Y eran los mitos del paganismo, las ninfas prisioneras entre los brazos de los bicornes faunos de patas de chivo; los ayuntamientos de bestias y de emperatrices—Parsifae, la reina de Creta, entregada, en una dislocación inverosímil de todo su cuerpo, á la caricia del toro forzador; Calimante agonizando entre las garras del león con, en los ojos de esmeralda, una mirada mitad de arrobo voluptuoso, mitad de dolor cruente; Leda traspuesta en el cobijo de las alas del cisne—los procesionales cortejos de sátiros y bacantes. Eran las eróticas plasticidades del arte griego; el *Impotente,* con su risa cínica y lasciva y su ridícula

ostentación de desnudeces; *el viejo y el macho cabrío; el viejo y la niña;* los vasos de formas extraordinarias, historiados por una perversidad sabia. Eran los trágicos horrores de los cultos de Oriente, las negras Venus con una calavera en el sexo, las crueldades de los ritos sagrados en honor de Siva y de Alzoharah—fanáticos, pereciendo bajo las dentadas ruedas del carro de Kali, mujeres que agonizaban, no se sabía si de horror ó de voluptuosidad, en el abrazo de una serpiente que unía su boca á los labios femeniles. Eran los obscenos dioses de los cultos fálicos del remoto Egipto, las calenturientas creaciones de los místicos erotomanos de la Edad Media; ascetas tentados por desnudos de mujer tras los que reía Satanás su lúbrica risa de cabrón; monjas arrobadas ante sacrílegos Cristos incitadores al pecado; raros ayuntamientos que arrojaban al muro macabras siluetas. Y eran, en fin, las cínicas liviandades del Renacimiento italiano y las licencias frívolas de las galantes cortes del siglo XVIII francés y las escalofriantes pesadillas de Goya—calaveras que reían su sarcasmo bajo claveles, entre los encajes de una mantilla, brindando al amante una imagen de la muerte; brujas que celebraban extraños ritos con fetos de monstruosas criaturas—y extraños dibujos de Torop en que cuerpos de un ridículo rayano en lo trágico se cebaban como vampiros en espléndidas bellezas de mujer.

Ahora, en la semiobscuridad del crepúsculo, todos aquellos monstruos cobraban una extraña ani-

mación de ensueño de opio; en la neblinosa penumbra de los rincones, los marmóreos torsos femeniles se contorsionaban entre las patas de las quiméricas alimañas de la leyenda; los ojos de las deidades índicas fosforecían crueles; las serpientes anudaban y desanudaban sus anillos en silencioso esfuerzo envolvente; las figuras turbadoras danzaban ante los santos monjes; los majos y las manolas de los goyescos caprichos se retorcían entre los brazos de los esqueletos mientras las brujas, silenciosas, el verde chisporroteo de una luz enigmática en el fondo de los ojos, volvían y revolvían en enormes peroles sus extraños guisos. Y de aquellos recipientes surgía una columna de humo que se condensaba, formando á su vez engendros pintorescos y temerosos. Niños de cabeza enorme y liviano cuerpo, con el vientre hinchado, hidrópico, eran presa de enormes arañas rojas de larguísimas patas; criaturas insexuadas se fundían con grandes flores casi lúbricas; hombres y mujeres contrahechos, en una aberración de confusiones; bestezuelas flácidas, glutinosas, incalificables; seres hermafroditas, híbridos, inquelantes; larvas, gusanos enormes, repulsivos; cuerpos que se descomponían en espantosa podredumbre, vampiros que se cebaban en los cadáveres, fundíanse, cambiando á cada momento de forma y de color. Y entre todas aquellas figuras de alucinación veía Claudio las imágenes—cuadros, miniaturas, fotografías—de otras figuras reales que llenaron algunas horas de su vida.

Mujeres pálidas, frágiles, quebradizas, dormían prisioneras tras los cristales de los marcos, como en la frialdad de nichos mortuorios. Criaturas hieráticas, diáfanas, de una belleza translúcida de figuras de misal, yacían envueltas en la bizantina suntuosidad de portentosas preseas, miniadas sobre marfiles encerrados en ricos cuadros de talla ó de cincelado bronce; niñas casi impúberes, apenas moldeadas en el perverso encanto de las andróginas vestiduras de circo, erguían sus cuerpecillos, de una anatomía lamentable, con un gesto pueril de vicio sabio en hórridas fotografías de feria; hembras marchitas, aureoladas de cocotesca elegancia, en los rostros demacrados las huellas de los venenos sabios—hatchis, opio, éter, morfina—, figuraban en los *platinos* con rotos gestos de elegancia decadente; reinas de amor y de teatro, ostentaban desnudos en que el refuerzo de las mallas disimulaban flacideces, ó, en hórridos disfraces, trataban de hallar el gesto de provocación suprema, mientras que otras, míseras trotacalles, aparecían en pobres fotografías de portal, temerosas y cínicas como bestias hechas al castigo. Y en todas aquellas criaturas tan distintas, tan lejanas, había, sin embargo, un no sé qué de común, un sello extraño, algo de vago, de agorero, algo que no podía decirse si estaba en el fondo de las pupilas tristes ó en el rictus amargo de las bocas; una cosa vaga, imprecisa, que flotaba en torno de ellas, una sombra de misterio, esa extraña sombra luminosa que arrojan sobre las criaturas el vicio y la

muerte, sombra invisible para nuestros ojos y que, á pesar de todo, *sentimos* como un aviso que nos hace mirarles al fondo de las pupilas y experimentar un vago malestar en su presencia, signo de masonería espiritual que les lleva á reconocerse, á adivinarse entre la multitud, estableciendo súbitas simpatías.

Al contemplar todos aquellos retratos, que le hablaban de pasadas andanzas, Claudio rememoró involuntariamente los versos del poeta:

«Y las demás, en tantos climas,
en tantas tierras, siempre son,
si no pretextos de mis rimas,
fantasmas de mi corazón.»

¡Eso habían sido para él, fantasmas de su corazón!

¡El poeta! El también tenía algo de poeta. Sonrió con una ternura suavemente irónica al recuerdo de sus versos. ¡Pobres versos suyos, tan endebles, tan frágiles, qué lejos quedaban de sus sueños! Las palabras de Oscar Wilde retornaron á su memoria: «El solo hecho de haber publicado un libro de sonetos de segundo orden, hace á un hombre encantador. Vive el poema que no supo escribir como otros escriben el poema que no osaron vivir.» ¡Justo! Fué él eso, ¡un poeta de la existencia! Habíala cincelado como una joya; para él, la vida era una obra de arte, algo superior á un cuadro, á una escultura, á un libro, porque era más complejo y fun-

día en sí algo de todos ellos. Poseía el sentido del bello gesto, de la postura (espiritual y material) elegante, de la oportunidad, de la frase feliz. Su sensibilidad afinada, exasperada por una neurosis sabiamente cultivada, dábale el horror de la fealdad y la pasión por todo lo estético. Su espíritu sutil sabía, buceando en todas las miserias, hallar algo que es casi siempre inaccesible al vulgo: la belleza del contraste. Amaba todo lo grande, todo lo trágico, y lo mismo sentía la belleza en la placidez de un paisaje de égloga ó en la magnificencia de una marina bravía que en las escenas canallescas de los suburbios. Sus nociones del bien y del mal, nunca claramente definidos, se habían fundido en una noción estética, única. ¡La belleza, fuera como fuera, fuera donde fuera! Y bello era para él el heroísmo y la canallería, el amor y la lascivia. Había llegado á ese punto en que no se sabe si el espíritu, arrastrado por las pasiones, busca bellos gestos con que encubrirlas, ó si, por el contrario, son los sentidos los buscadores de nuevas sensaciones con que calmar las curiosidades del espíritu.

De haber nacido en otros tiempos—pensó—, hubiese sido uno de esos fastuosos emperadores que han llenado la Historia con la llamarada de sus crímenes. Tal vez hubiese danzado, cargado de preseas, de sedas y de aromas, ante la piedra que representaba al Sol como Heliogábalo, ó asistido impasible al incendio de Roma como Nerón, ó hubiese, en más cercanos días, sido un príncipe mece-

nas, sutil, manejador de venenos, rival de los Médicis, los Borgias y los Valois, mientras que ahora...

Ahora era un pobre señor, un poco ridículo, á quien por ironía sangrienta había llamado no sé quién, en un rato de buen humor, el señor Heliogábalo. Era eso, un pobre señor envejecido, camino de la pobreza, descalificado, que rodeado de un cortejo de hampones, de aventureros, de gentes ambiguas ó francamente desclasificadas, vegetaba entre las burlas del vulgo, la antipatía y la conmiseración de las personas honradas y el desdén de los suyos. Viejo casi, enfermo, triste, no era ni sombra del personaje misterioso de fantástica leyenda, inquietante y perverso, que antaño paseó por el mundo su cinismo, sus vicios y rarezas. Acercóse á un espejo, buscando una vez más algo de la verdad, de la dolorosa verdad, y el espejo veraz le devolvió la imagen de un hombre minado por los misteriosos males. Tenía así, vestido con el *pijama* blanco, rayado de azul, y las manos huesudas y amarillentas, manchadas por los fulgores de extrañas gemas, el aspecto de un radjá enfermo de orientalismo en su prisión de Europa. Alto, anguloso, desgarbado, el rostro lívido, embadurnado de afeites como el de una prostituta, el cabello muy largo, castaño, lacio, partido por raya central, cayendo en mechones simétricos sobre la alta frente, y bajo las cejas, trazadas con lápiz, los ojos borrosos, en que la pupila gris, turbia, sin luz, se destacaba sobre el blanco amarillento de los

globos. ¡Aquellos ojos! Eran dos pupilas frías que tenían la extraña opacidad de esa misteriosa piedra que se llama *claro de luna*.

Algunas veces miraban con turbadora fijeza, inmóviles, inexpresivos, como los ojos de las estatuas; otras adquirían la veleidosa liviandad de los de esas aventureras que ríen en los cafés á las altas horas de la noche.

Cobraban aquellos ojos una vida siniestra en la cara enjuta, demacrada, llena de oquedades, que así, en la obscuridad que iba invadiendo el cuarto, tenía horrendas apariencias de calavera. Los párpados, hundidos, fingían vacías cuencas; los salientes pómulos hacían sombra á las mejillas enjutas, y los labios, violentamente teñidos de rojo, se crispaban, dejando al descubierto los dientes, grandes y amarillos.—¡Parezco un cadáver vestido de máscara!—pensó.

La asociación de ideas llevóle á comparar y miró su retrato, que, encerrado en las ricas tallas de la chimenea, presidía el cuarto. Representaba el cuadro un adolescente de veinte ó veintidós años, sobriamente elegante, recordando vagamente con sus cabellos rubios, su alta frente y su apostura llena de nobleza, los príncipes que pintó Wan Dick. Tenía á sus pies un lebrel y por fondo el mar. Mientras que los demás renegaban del misterioso pasado, su alma, apasionada por todo lo extraño, había amado la trágica leyenda. Incapaz, en su enfermizo decadentismo, de trazar una raya divisoria entre el bien y el mal, adoraba las aventuras llenas de

bárbaro y cruel heroísmo, los lances sangrientos, las hazañas feroces y magníficas de que se sentía incapaz. Cobarde, alzaba en su espíritu un culto al valor y la fuerza.

Entonces, aquel antagonismo con los suyos volvía á parecérsele como la fuerza misteriosa que decidió su vida. Desde muy niño había en su alma un loco apasionamiento por todo lo que era suntuosidad ó magnificencia, una curiosidad malsana por el vicio, una crueldad instintiva que le llevaba á maltratar á sus bestezuelas familiares. Adoraba los cuentos de magia, las historias remotas, las hecatombes legendarias, las liviandades de reinas y emperatrices. En sus infantiles desvelos, soñaba horas y horas con los estados quiméricos hallados entre las páginas de la Historia y deliraba con vestir él galas de asiática magnificencia, ceñir sus sienes con la tiara de los Sátrapas y pasear en carro de marfil y oro. Era por aquel entonces un niño enfermizo, herido por una anemia elegante de fin de raza. Caprichoso, violento, despótico, estallaba al menor obstáculo en feroces rabietas, que degeneraban en ataques de epilepsia. Despejado de inteligencia, dotado de una sutil penetración, impropia de sus pocos años, con esa afinada sensibilidad de los niños enfermizos, era extraordinariamente impresionable. A su carácter, predispuesto á toda morbosa desviación, no había opuesto la frívola amoralidad de sus padres sino una ficticia severidad unas veces, indiferencia complacida otras. Sus frenos fueron las conveniencias sociales casi siem-

pre y alguna vez la religión. La religión pasó por su alma como un viento asolador, que dejó en pos de sí el erial del escepticismo. Fué una religión apasionada, mezcla de imaginativo delirio y de sádica voluptuosidad. Soñó con arrobos y dolores, con deliquios y martirios, y luego, pasada la racha, no quedó nada, nada más que una indiferencia irónica, un poco desdeñosa.

Cuando esto sucedió era hombre ya, y muertos sus padres y dueño de un caudal inmenso, sintió renacer en su espíritu inquieto la pasión por las fastuosas magnificencias del mundo antiguo. Amó el arte como al último baluarte de la belleza en la prosa moderna. ¡ El arte ! El arte era el solo terreno neutral en que había aún derecho á realizar aquellas fantásticas quimeras que dormían en su alma. Su vida comenzaba á torcerse. Su despotismo, su orgullo, su cinismo, su desdén por los convencionalismos sociales, le iban alejando de sus gentes. Unos le creían loco, otros malvado, los más un sinvergüenza. Comenzaron á retraerse; aquella frialdad que sentía en la atmósfera, en vez de servirle de aviso, le exasperó. Al desdén respondió con el reto; á la crítica con el escándalo; á la hostilidad con el desafío. Comenzó una sorda lucha con la sociedad; loca fastuosidad presidió todos sus actos; el palacio se transformó, á fuerza de oro, en una mansión de *Las mil y una noches;* sus trenes fueron el asombro de todos; sus fiestas, evocaciones de maravilla. Tuvo las mujeres más bellas y los caballos más hermosos, y á las unas

era bufa, mas por lo mismo, corrió por la ciudad y ganó el ánimo de muchos; para hacerla más verosímil, los chismosos del Agora refirieron dos ó tres detalles de la vida pasada del estratega, que revelaban el ningún respeto que por los dioses tenía el nieto de Pericles; se le acusaba de haber remedado los misterios de Eleusis á los postres de un banquete de tres pesetas; se le atribuía un soneto en que ponía en ridículo la indumentaria de Palas Atenea, y se le achacaba ¡monstruosidad befarda! haber dormido tres noches seguidas con una de las vírgenes del templo de Diana, que ni aun al toque de ídem quiso abandonar el lecho en que la tenía pulverizada su gozador.

Se reunió el Consejo de los Quinientos, respetabilísima y utilísima corporación que sólo se congregaba en casos trágicos: cuando una nube de piedra amenazaba la ciudad ó cuando se anunciaba un estreno de Eurípides. Los metecos y esclavos á su servicio indagaron en vano; el profanador de las imágenes de un dios quedó tan oculto y su nombre tan en secreto como el del asesino de Vicenta Verdier.

Alcibiades, despreciando los rumores de la plebe, pensaba que el autor de aquel sacrilegio había prestado al Arte un gran servicio. En el fondo de su alma le envidiaba sinceramente.

XV

Desde las tres de la mañana toda Atenas estaba reunida en el Pireo; eran las siete y la flota iba á partir. Un sol de Junio caldeaba el ambiente y cegaba los ojos de todos con sus fulgores sobre la superficie marina.

Con la flota marchaba la esperanza del Atica, el anhelo vehemente de un gran triunfo que viniese á galvanizar el espíritu público. Las tropas llevaban doce horas á bordo; los jefes de la expedición y sus séquitos íntimos acababan de embarcar, entre las aclamaciones y los vítores de un pueblo que les entregaba su suerte, lleno de optimista confianza.

El desagradable suceso de los Hermes se había resuelto solo; la infame calumnia que cuatro envidiosos habían pretendido arrojar sobre Alcibiades no dió efecto, y la expedición emprendía su marcha triunfando, sobre las supersticiones populares, la fe en la buena estrella de la raza. El estratega, que era un vivo de primer orden, pidió que su conducta fuera juzgada por los tribunales de la República antes de marchar al encuentro del enemigo; él no podía ir á jugarse la vida bajo el peso de una acusación semejante. El pueblo cayó en el lazo y exigió á voces la marcha inmediata de la flota, con Alcibiades á su frente... Además, el elegante caudillo pudo probar oficiosamente que la noche de autos la pasó íntegra en casa de la joven Tribulcia, célebre por su belleza y por sus

desmayos. ¡Para romper Hermes estaba él aquella noche!

Sócrates, al despedirlo allí, al pie mismo de la grada del embarcadero, minutos antes, se lo había dicho, mientras le apretaba contra su seno:

—Adiós, hijo mío; que seas bueno, que escribas en arribando. Y si quieres algo para Tribulcia, ya sabes que yo aquí quedo.

—¿Tribulcia?... ¡Ah, sí! Dile que me espere.

—¡Que te espere!... ¿Y si no vuelves?

—... Alcibiades vuelve siempre.

El caudillo había tenido mucho interés en que el ilustre filósofo le acompañase en la expedición. Puso en juego toda su fuerza de convicción y toda su amistad, pero hubo de retroceder ante la célebre frase del maestro, que se ha hecho luego histórica:

—Desengáñate, Alci: contigo iría yo hasta el fin del mundo, pero... tengo ya las convicciones muy duras para pasadas por agua.

Retumbó por toda la bahía el sonido majestuoso de cien trompetas; era la señal de silencio para las oraciones de la partida. El pueblo entero se arrodilló ante el sol y un murmullo intenso y ordenado sucedió al griterío de antes. Las oraciones—que ahora se hacían en la flota entera á la voz de un heraldo, y no como siempre, en cada nave—fueron subiendo poco á poco en la pureza del cielo matutino, como un himno que era un anticipo de la victoria misma.

Zeus y Palas, Marte y Apolo, eran invocados con fervor por aquella muchedumbre, cuyos ojos extraviados buscaban con ansia en las alturas,

apenas visibles, del Acrópolis, los templos de las divinidades en cuyas manos estaban la suerte y la honra de una raza. ¡Qué espectáculo se perdió D'Annunzio con no estar aquella mañana en el Pireo! Pero la cosa ya no tiene remedio, y lo que el genial poeta no vió se lo imagina, mejorando con su imaginación las impurezas de la realidad.

Grecia era un pueblo práctico; entre las ceremonias precursoras de la partida, las dos principales eran las oraciones y las libaciones. Estas dos distinguidas palabras consonantes eran inseparables en la vida de los helenos; después de haber invocado con sus preces á la divinidad, trataban de aproximarse á ella con unos tragos de añejo.

¡Soberbio espectáculo! Todos los pasajeros de la flota, todos, hasta *Demetrios,* que se había instalado junto á su dueño en el puente de la nave capitana, y que abrevaba en un lebrillo de plata tres cuartillos de tinto de Arcadia, aparecían provistos de copas de plata y oro, según su jerarquía, en cuyo interior fulguraba al sol, ora el líquido centenario de Corinto, ora el dulzarrón y arcaico moscatel de Beocia, ya el amontillado de Samos, ya el purpúreo y espeso zumo de los viñedos que se veían por encima de la costa de Falero, y que llegaban hasta el mar con el verdor sensual de sus pámpanos.

Era un simbolismo aquella delicada atención con que la República obsequiaba á sus guerreros en el momento mismo de partir para la muerte; para el que cayese en el campo de batalla sería aquélla la suprema despedida de la patria, que le

regalaba con el mejor de sus dones; para el que hubiese de tornar á ver los muros de Atenas, serían aquellos tragos la suprema esperanza que mantuviese en alto su escudo durante los crueles azares de la campaña. Sí, ¡tornar á la patria, aunque no fuese más que para apurar cien veces más una crátera de aguardiente de Eleusis!... Indudablemente, aquello era simbólico, y el pueblo, penetrado de ello con la viva sagacidad del ateniense, apuraba el simbolismo y las copas con una devoción propia de los tiempos heroicos.

Comenzaron á agitarse los remos, las velas iniciaron su hinchazón, y la extensa fila en que se alineaban las cuatrocientas naves cerrando el horizonte, comenzó á romperse por la parte de Falero: era la partida. Un clamor unísono corrió desde el puerto á la flota por sobre las ondas de acero bruñido.

—¡Que volváis *tóos!*—gritaba algún ingenuo beocio que tenía de la Sicilia la misma idea que de la provincia de Teruel.

La línea de embarcaciones se fué diseminando, descubriendo poco á poco el infinito del mar; los resoplidos del padre Eolo—los mismos que empujaron la nave del abuelo Ulises hacia Itaca—llenaban las lonas de las galeras, como un presagio de ventura. Las primeras que emprendieron la marcha hicieron rumbo á Egina, invisible en el horizonte, y las demás siguieron la ruta, como una bandada de palomas, en vuelo lento y reposado.

Cuando la última embarcación de la parte de Salamina emprendió la marcha, la muchedumbre

fué sacudida por un espasmo inexplicable; iba allí, en aquel conjunto de embarcaciones, lo mejor y más noble de Atenas, el último esfuerzo de un pueblo generoso que no había vacilado en agotar sus energías para entregar al poder de las olas el ejército marino más formidable que habían visto hasta entonces los humanos.

Iban á la gloria, sí, pero... ¿á qué precio? ¿Cuántos de aquellos nobles pechos, cuántas de aquellas máquinas, que ahora parecían papeles al viento, volverían á reposar en el seno sagrado de la patria rehabilitada?...

A las dos horas no se veía rastro alguno en el horizonte; sólo bajo el fulgor del padre Helios, ya en lo alto de su gloria, se veía en la coraza azul una estela luminosa con bordes sangrientos: era la última esperanza del pueblo más grande del mundo.

Lo que no se veía, porque la distancia lo impedía, era que el noventa por ciento de la tripulación de aquella flota iba ya completamente curda antes de llegar á Egina. Las libaciones de la partida habían surtido efecto y el hombre se ponía en contacto con la divinidad.

SEGUNDA PARTE

I

Desde el final del capítulo con que acabamos la primera parte, al comienzo de éste, han pasado siete años; el lector puede que no se haya dado cuenta, y aun es posible que, á pesar de nuestra afirmación, no quiera aceptar la idea de que con el simple doblar de una hoja se ha echado encima siete años de existencia.

Es verdad, sin embargo; en esos siete años, Atenas había agotado todas las humillaciones de su decadencia, el pueblo se había envilecido con todas las bajezas de un escepticismo incurable, y Sócrates había terminado de quedarse calvo, ensanchando de paso la curva de su abdomen con unos cuantos decímetros... ¿Y Alcibiades?

¡Ah!... Para narrar los hechos del caudillo en este lapso de tiempo, hay que olvidarse de que era caudillo, de que era elegante y hasta de que era hombre. A pesar del afecto sincero que le profesamos, no podemos menos de hacer constar que la conducta de nuestro héroe había sido impropia de una persona decente y de un chico de buena casa.

¿Se acuerdan ustedes de aquella poderosa flota que Atenas había visto partir para Sicilia en una mañana poderosa de Julio, al mando de Alcibiades?... De ella no habían vuelto á verse en el Pi-

reo ni los rabos; después de dos años de suerte varia, los siracusanos, ayudados por Esparta, la habían sumergido en el fondo del mar. Pero antes de este desastre, Alcibiades—¡la suprema esperanza de Grecia!—había desaparecido de escena en una fuga ignominiosa.

El suceso de los Hermes había dejado semilla en el alma de algunas viejas supersticiosas y de cuatro chiflados que, por su cualidad de iniciados en los misterios de Eleusis, no podían perdonar al audaz sacrílego que había osado parodiarlos; era indispensable que Alcibiades volviese á Atenas para justificar su conducta y para aplacar la cólera de los dioses, en el caso de que la ofensa resultase cierta.

La ausencia del acusado favorecía la audacia de los acusadores, que no tardaron en influir el ánimo de los magistrados supremos de la República; acordóse el regreso de Alcibiades; pero cuando la galera salaminiana se presentó ante la flota ateniense exigiendo la entrega del caudillo, éste, que ardía en escama, apeló á la fuga y, disfrazado de filósofo, refugióse en Turión, acompañado de *Demetrios,* que, con tanta emoción, había perdido tres kilos.

Pero en Turión se aburría nuestro amigo y no tardó en marchar al Peloponeso; antes hizo una de las suyas descubriendo la conspiración en la que unos habitantes de Mesina se habían convenido con él para entregarle la plaza. Esto, hecho por otro, se llamaría una guarrada, pero hecho por él era una genialidad; sin embargo, Atenas no quiso soportarlo y condenó á Alcibiades á

muerte, confiscando sus bienes y ordenando que los sacerdotes de Zeus profiriesen contra él las maldiciones.

Un atardecer subieron á la colina sagrada seis sacerdotes sin afeitar, una jerofántida y dos sacerdotisas algo dadas á Lesbos con la propia jerofántida, y dos flautistas del templo de Apolo. A medida que el sol iba hundiendo su oro por el límite de la campiña, aquellos señores sacudían lentamente sus vestiduras de púrpura, pronunciando la frase de ritual: «¡Maldito sea el traidor!», y después de haber estado media hora haciendo el ridículo de aquella manera, descendían á sus casas muy gravemente, como si hubieran hecho algo.

Mientras tanto, el condenado á muerte, el maldito, se hacía digno de la maldición y de la condena llegando á Esparta, ya sin disfraz ninguno y convirtiéndose en el amparo y guía de los eternos enemigos de su patria. Los espartanos, que cuando se trataba de fastidiar á Atenas no reparaban en medios, acogieron con júbilo al desterrado y le encargaron la dirección de una empresa militar, que tendría por objeto ir á comer las frutas de Decelia, en el corazón mismo del Atica, en cuanto mejorase el tiempo.

El héroe de Olimpia escribía de vez en cuando postales á Tisamenos y á sus amigos de Atenas, en que les decía: «¿Conque la ciudad me ha condenado á muerte? Bueno, bueno. Ya les demostraré que estoy vivo, y muy vivo.»

En Esparta hizo mil bajezas para captarse las simpatías de la gente del país, hosca y cerrada como pocas. La cocina espartana, cuya base era

la célebre sopa negra y un guiso de ajos sin pelar, merecía entusiastas elogios del caudillo, que se atracaba de ordinarieces, olvidando sus refinamientos del club; el vestido también sufrió en él radical transformación, adaptándolo á los gustos sencillos del país y pasando la vida envuelto en una especie de felpudo á cuadros, con la espalda al aire para mayor ascetismo. Justo será consignar que el mal estado de su bolsa por aquel entonces, contribuyó no poco á la modificación de sus costumbres.

Su popularidad se extendió y llegó á formar parte de la tertulia nocturna del propio rey; allí conoció á la reina Timea, una morena de ojos negros, mucho más apetitosa que un plato de sopa del país. La tal Timea le dió ocasión de convertirse en héroe caballeresco, cambiando de nuevo el curso de su vida; el rey, que, como buen espartano, trataba á las mujeres como si fuesen peones camineros, tenía la costumbre—heredada de sus ascendientes—de golpear furiosamente á su esposa todas las noches de plenilunio; el cuerpo de la pobre Timea estaba cruzado en toda direcciones por unas rayas amoratadas que le daban aspecto de salmonete.

Alcibiades lo supo y, llevado de un impulso romántico, decidió poner remedio á tal absurdo. Comenzó á timarse con Timea mientras el rey discutía con los demás tertulianos las cualidades de una yegua que acababa de adquirir, y á las tres noches ambos se fugaron de Esparta, marchando Peloponeso arriba y llevando la soberana, por consejo de Alcibiades, una buena cantidad de joyas y

de dinero, que pudo apandar antes de su salida. Los tiempos están difíciles—le había dicho el estratega—, y si nos fugamos con lo puesto vamos á pasar mucho frío al vadear el Eurotas.

Como dos mancebos, como dos seres sin hiel, la reina y el caudillo se entregaron al azar de una bohemia, cantando el eterno dúo del amor que huye. Bien pronto se perdió su rastro; ni el propio Tisamenos tuvo noticias en mucho tiempo, y, en cuanto al rey burlado, no hacía más que exclamar, entre suspiro y suspiro:

—Lo que más me... hiede, es que se haya escapado con un condenado á muerte. ¡Bien decía él que estaba vivo, y muy vivo!

El tiempo, que todo lo acaba, no pudo acabar con el recuerdo de Alcibiades en el corazón de Atenas; á medida que iban pasando los meses, la gente del Agora y del Pnyx se preguntaba con más vehemencia: «¿Qué habrá sido de él?» La ignorancia de su paradero hacía verosímiles todas las suposiciones, y bien pronto las versiones más absurdas comenzaron á circular; una aseguraba que el héroe de Olimpia había montado una barbería modelo en Corinto; otra decía haberle visto de pastor de rebecos en la Arcadia, burlándose del mundo en una existencia feliz, y no faltaba tampoco la correspondiente visión sangrienta, según la cual Alcibiades había muerto á la vista de Eleusis—donde iba á llorar sus culpas—, á consecuencia de una superalimentación de moras, y su cuerpo llevaba tres meses insepulto é incorrupto en unas rocas, guardado por *Demetrios,* á quien también había cogido de lleno la maldi-

ción divina, dejándolo atáxico de los cuartos traseros.

Atenas le temía... y le amaba. Sí, á pesar de todo, le amaba; era un canalla, pero dotado de idiosincrasia semidivina, sabía borrar con un gesto, con un rasgo, todo un montón de fechorías. Cuando el Atica supo que Alcibiades había hecho cornudo al rey de Esparta—¡la eterna, la odiada rival!—fugándose con su costilla, tuvo un impulso de gratitud orgullosa hacia su hijo ilustre, que, con aquel estigma puesto en la frente del jefe de un Estado enemigo, parecía borrar toda una historia de humillaciones, de agravios, sin olvido y sin perdón posible. El impulso popular quedó sin manifestarse, acaso porque no sabía cómo, pero allí estaba latente, como semilla para el porvenir. La suerte de Alcibiades llegó á ser la preocupación de Atenas; como hace años de la serpiente de mar, se hablaba de ella periódicamente, á falta de otro tema.

Y un día, como aparición mágica, el proscripto surgió del misterio, ganando para su patria, en aguas de Abidos, treinta naves espartanas. Para su patria, que le había condenado á muerte y le había maldecido con la púrpura de sus sacerdotes...

II

El Alcibiades-Club seguía su existencia, mofándose del hado y de la suerte; durante siete años, ni un solo mes dejó de pagar el recibo del casero, pero, para hacerlo, muchas veces tuvo

que apelar á expedientes bochornosos, que eran otras tantas manchas en la blancura de su historia.

Al faltarle la sombra de su presidente honorario sufrió una anemia moral que á muchos hizo pensar en su muerte; pero el bravo conglomerado de jóvenes animosos y entusiastas fué sorteando las dificultades con gran pericia, bajo la dirección del cuco de Tisamenos.

Al recibirse la noticia de la fuga de Alcibiades, hubo unos días de consternación; después, cuando el caudillo fué condenado á muerte, una reacción violenta galvanizó el ánimo de los socios. ¿Qué era aquéllo? ¿Había llegado el momento de dar la vida en defensa de la propia convicción? ¿O no eran ellos más que unos frívolos, ávidos de placeres é incapaces de toser fuerte cuando la ocasión llegaba?

Alguien tuvo la idea de clausurar el círculo por medio de la fuerza pública, pero se desistió de ello al ver allí tan sólo una agrupación de jóvenes inofensivos que, en sus discusiones y en sus charlas, lejos de conspirar contra la República, conspiraban tan sólo contra la gramática, vulnerando de vez en cuando el sentido común. Al principio hubo una constante comunicación espiritual entre Alcibiades y sus amigos; desde Turión, desde Esparta, el elocuente maestro no cesaba de reanimar el espíritu de sus consocios con atisbos de esperanza, refiriéndoles anécdotas de su viaje, ó simplemente contándoles el último chiste que se le había ocurrido en sus horas de destierro; pero luego, á partir de la fuga con Timea, un brusco

silencio sucedió á las expansiones anteriores, un silencio de tumba, ó cosa parecida.

Y fué entonces cuando empezaron los apuros; al faltar las nuevas del amigo faltaron también las monedas del protector, con las cuales se atendía á las necesidades de la vida social. El mobiliario fué la víctima elegida para sacar de apuros al club; á mitad ó más bajo precio fueron vendidas poco á poco aquellas maravillosas obras de arte de cuya generosa donación fuímos testigos. Sacrificio doloroso é inútil, algo así como si un hombre que estuviera á punto de morir de hambre tuviese la trágica idea de arrancarse un filete de sus propios muslos y arrojarlo á la lumbre para deglutirlo después.

Lo primero que se puso á la venta fué la famosa tribuna impermeable, regalo de Calicrates. ¡La tribuna que el magno orador inaugurara en noche memorable! Faltando él, ¿quién iba á osar substituirle?, ¿quién se atrevería á ocuparla, para lanzar desde ella una nube de tonterías? Era ya un mueble inútil, y fué comprado por un almacenista de la puerta de Falero, que hizo con ella—previas ligerísimas modificaciones—, un baño tubular de doble fondo.

Y tras la tribuna salieron para el sacrificio las consolas, los taburetes con resorte musical, los estrados, el perchero, las escupideras, los paraguas... toda la vida y toda el alma de la ilustre casa, que lloraba su lenta ruina con una resignación ejemplar.

Pero llegó un momento—porque en la furia de los hados la destrucción juega siempre en un

moronaron, aún esperó algo misterioso, desconocido, pero magnífico, esplendoroso; luego tuvo la vaga adivinanza de una tragedia, tragedia de la que ella veía lo que los mortales pueden ver de las tragedias de los dioses, y sintió el peso de lo irremediable, que gravitaba sobre la vida de su ídolo. ¿Qué importaba? Las madres aman siempre, y para ella, Claudio era un hijo.

Claudio interrogó airado:

—¿Qué medicina?

—Panchito...—murmuró.

—¡Panchito es idiota!—y alzando la voz llamó: ¡Panchito!

Dolores imploró con un gesto de la mano libre:

—No, por Dios; Panchito me dió el recado, pero yo creí...

—Mal creído—rectificó severo Claudio—. Quiero que se haga lo que mando.

Con el heroísmo de su cariño, la vieja se atrevió á protestar aún:

—Ya sabes que el doctor mandó que tomases á estas horas las píldoras.

—¡Pues no importa! Yo he mandado que traigan la morfina! ¡Y basta!

Dolores quiso luchar aún:

—Claudito, hijo, la morfina, no, por Dios.

Una de aquellas violentas cóleras que estallaban en él con la intensidad de ataques de vesania, hacía temblar sus manos. Sin embargo, conteníase aún:

—¡No quiero réplicas! Ya lo sabes. Cuando

mando una cosa, se hace, y ¡ basta! ¡ Pues estoy lucido!

Se contenía aún; pero como ella iniciase un gesto de débil protesta, dejóse arrebatar de su ira:

—¡ Cállate! No faltaba otra cosa. Quiero que se me obedezca sin replicar. ¡ Si me da la gana de envenenarme, no es cuenta tuya! ¡ Dónde se ha visto los criados metiéndose á gobernar á sus amos! La primera vez que suceda una cosa así, os planto en la calle. Con el pretexto del dichoso cariño, no le dejáis á uno vivir en paz. ¡ No quiero cariños! ¡ Quiero reventar como un perro, pero hacer lo que se me antoje!

Paseaba nerviosamente, las manos temblorosas, hinchadas las venas del cuello y empurpurados los pómulos.

La pobre mujer, consternada, le miraba, y no pudiendo contener su pena, dejaba el llanto que resbalase silenciosamente por sus mejillas rugosas. Sus ojos, llenos de tristeza, fijábanse en él con doliente humildad; pero Claudio, irritado, paseaba siempre, al parecer insensible. Al fin la vió; una súbita ternura parecida á un remordimiento invadió su espíritu. ¡ La única persona que le quería en el mundo y la trataba así, cuando ella, vieja y débil, no vivía sino por él y para él! Su ira se fundió en una gran dulzura y acercóse á ella.

—Vamos, no llores—murmuró afectuoso echándola un brazo por la espalda—. Son niñerías. Es que estoy de mal humor, triste, pero ya sabes que te quiero—. Y mimoso: —¡ Pobre viejecita mía, que

le hago sufrir! Vamos, mujer, que pareces una chiquilla. Vaya, se acabó—. Y él mismo limpió las lágrimas del pobre rostro.

Era un espectáculo de un ridículo tierno el de aquel hombre, alto, extraña apostura y empaque misterioso acariciando á la viejecilla vulgar. Pero á Claudio no le importaba. En súbito desbordamiento de sentimentalismo anhelaba hacerse perdonar y hacer olvidar su pasada crueldad.

—¡Pobrecita vieja, que le han hecho rabiar!— murmuró afectuoso.

Una voz burlona rió en la puerta:

—¿Escena de familia?

Era Gregorito Alsina, que mostraba su perfil petulante y su elegancia equívoca, rastacuera, un poco de caricatura.

Claudio rompió el abrazo y salió á su encuentro. Dolores, con esa complacencia de los viejos servidores que gustan de exhibir las pruebas de afecto ante los amigos de la casa, comenzó á relatar:

—Es que Claudio...

Medina cortó secamente:

—Bueno, basta. Vete ya.

Mientras la servidora salía excusó él:

—Se le ha muerto un sobrino, sabes, y me dió lástima.

Después, molesto contra sí mismo por la mentira, por la cobardía, que le llevaba á renegar, para excusarse, ante aquel chiquillo á quien ni quería ni estimaba, de un hecho de que no debía avergonzarse, calló tercamente.

II

EL TEMPLO DE VESTA

> Tiene la gracia altiva patrimonio de reinas
> y con ella la sencillez de una flor de los campos.
>
> DANTE GABRIEL ROSSETTI

Semíramis retrocedió un paso, ladeó un poco la cabeza con deliciosa coquetería insconsciente de colegiala y, entornando los ojos y frunciendo la boca, permaneció un momento abstraída y luego, incapaz de tomar ninguna resolución sin consultar con su hermana, interrogó:

—¿No te parece un poco jarifo? El verde limón junto á las flores rosas y las hojas obscuras...

Cleopatra abandonó el tomo de Calderón de la Barca, que leía, y requiriendo los impertinentes de largo mango de concha, dedicóse un momento á estudiar concienzudamente la obra decorativa de su hermana.

—¡Quiá!... ¡Si está precioso! ¡Un cromo!

Semíramis tornó á contemplar el conjunto y murmuró con mimos de niña consentida:

—A mí me parecía un poco, un poco...—y no encontrando la frase exacta, acabó bajando la voz y ruborizándose—: Así, vamos, de mujer ligera...

No se había atrevido á decir *cocotte*. Existían palabras que sus púdicos labios se resistían á pronunciar. Con los años y la soltería, la gran honestidad de aquellas buenas señoras habíase aquilatado, quintaesenciado, por decirlo así, y convertídose en sutil y alambicada virtud. No eran mojigatas, ni fiscalizadoras, eso no, sino lisa y llanamente buenas. Para ellas el vicio no significaba pecado nefando, ni crimen horrendo, sino gran desgracia muy digna de compasión y ayuda. Había cosas que no comprendían, ni comprendieron nunca, que estaban fuera del alcance de su imaginación, como el movimiento de los astros, el infinito ó la eternidad. Sabían que en el mundo había vicios sin que llegasen á darse exacta cuenta de lo que era aquéllo; oían, á veces, palabras que las gentes reputaban por nefandas y que ellas consideraban sencillamente como cabalísticas. De puro buenas y sin ser tontas, sino muy al contrario, de buen discurso y atinado consejo, estaban á punto (sobre todo Semíramis) de verse entre aquellos á que el Señor adjudica el reino de los cielos en calidad de pobres de espíritu.

Su vida deslizábase mansamente, sin grandes acontecimientos, en un discreto y señoril vivir, tal vez un poco anticuado y otro poco ridículo para

los profanos, pero sano y equilibrado. Amaban la música, el teatro, la conversación, el tresillo y, con moderación, rodeadas de unos cuantos viejos y leales amigos, entregábanse á sus placeres. Deliraban por el gran mundo, que frecuentaban mucho, y donde las gentes reíanse de ellas y ridiculizábanlas, pero sin saña, con afectuosa simpatía en el fondo.

No teniendo apenas familia, con saneada fortuna y espíritu un poco rutinario, su existencia carecía de grandes sacudidas. Así que la llegada del primo Claudio había sido como piedra arrojada en el quieto estanque de su existencia. Nunca comprendieron nada de aquellas raras historias que circulaban sobre el conde de Medina la Vieja. Lo único real y positivo para ellas, lo único que, en su temor de pensar mal de nadie, creyeron (y eso porque ante la evidencia tuvieron que bajar la cabeza), fué su fuga con Cecilia Simarro. Aquella historia lamentable tronchó en flor las ilusiones de Semíramis. Porque ella amaba á Claudio. Aunque quince años mayor que él, ardía en su pecho un volcán por el primo admirable. Por lo demás, estaban convencidas de que era noble, bueno, caballeroso, y que la aventura había sido obra de la pícara mujer—¡bribona, más que bribona, más valía que se hubiese estado en su casa con su marido!—que le había sorbido el seso. Cuando la catástrofe sentimental, Cleopatra supo sobreponerse á su carácter despótico, un tanto áspero y gruñón, y las dos hermanas lloraron juntas.

Ahora, desde la vuelta de Claudio, cada visita fué un acontecimiento. Pero aquel día...

—Mira, deja al loro quieto—formuló imperativa Cleopatra—, ¡pareces hecha de rabos de lagartija!

Semíramis hizo un mohín de enfado igual á los que cincuenta años antes diéronla fama de chiquilla voluntariosa. Después, incapaz, en su inquietud, de estarse tranquila, encaminóse al salón:

—Voy á dar la última mano á la mesita del te.

Cleopatra alzó la cabeza con un comienzo de enfado:

—Déjalo, que ya lo has visto tres ó cuatro veces y está bien.

—Es que...

La primogénita levantó los ojos del libro y clavólos autoritarios en su hermana:

—Te digo que lo dejes. Siéntate y lee. No estás poco nerviosa. ¡Ni que fueses tú la novia!

Semíramis sintió deseo de llorar; pero, temerosa de las justas severidades de su hermana, hizo dos ó tres pucheritos y, sentándose, cogió el libro comenzado.

Era la historia de *Oscar y Malvina*. Cleopatra leía á Calderón, Lope, Tirso, Moreto; pero Semíramis, como más joven y menos doctora, recreábase en las románticas páginas de *Los amantes de Teruel, Oscar y Malvina, Hero y Leandro* y algunas no menos superolíticas, floridas y sentimentales historias. Aquel perpetuo dúo de amor, aquellos cariños espiritualizados, libres de impu-

rezas y prosaísmos, aquellos altisonantes parlamentos le encantaban, siendo parte y no pequeña en su arrobo, los rayos de luna filtrados al través de las copas de los cipreses. Con ellas alternaba los novelones de niños abandonados y tutores infames, que cautivaban su espíritu. *La huérfana de Bruselas* le hacía llorar. También adoraba los poetas, los románticos poetas de los romances moriscos: el duque de Rivas, Zorrilla... y recitaba, poniendo los ojos en blanco:

En vano Almanzor, gallardo,
surcas cual el aire leve
la margen de mi vergel.
....

Pero aquella tarde, nada, ni aun la plañidera historia de Malvina, era parte á distraerla de su preocupación, así que, tras breve silencio, alzando la vista del libro, interrogó á su hermana:

—¿Y tú crees que Claudito será feliz?

La interpelada revistióse de toda la severidad que en su criterio tan descabellada pregunta merecía, y con voz grave formuló:

—Claro que sí, que será feliz con Mónica—y aumentando aún su severidad—: ¡Tú eres la última que tiene derecho á dudarlo!

La víctima bajó la cabeza para ocultar una lágrima, y balbuceó turbada:

—Como Claudito es así... Hay que entenderle... Ya sé que Mónica es muy buena.

Cleopatra adivinó la pena de su hermana y sintió una compasión inmensa invadirle; pero su rectitud espiritual se impuso y afirmó:

—Tienen que ser felices. Claudio es un caballero y un cristiano y ella un ángel. ¡Qué digo un ángel! ¡Una santa! Porque á los ángeles se lo han dado todo hecho, y en cambio las santas tienen que luchar. El primo ha sido muy desgraciado: ha sufrido injusticias, se han portado muy mal con él, le han devuelto mal por bien; pero por lo mismo apreciará mejor el tesoro que se le entra por las puertas. En cuanto á ella, sabrá perdonar, porque sabrá comprender, y en su cariño encontrará Claudito bálsamo que cicatrice sus heridas.

—Sí; Mónica es de lo poco que se ve.

—¡Una santa! Y no de esas santas feas y desagradables que le dan un susto al diablo, sino dulce, alegre, conforme; siempre de buen humor, siempre riéndose... Y en el fondo seria, sensata, noble, leal... Es el retrato vivo de su padre. ¿Te acuerdas del pobre Rafael?

—¡No había de acordarme! ¡Hombre más caballero!... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Si cuando pienso en la tarde de la revolución!...

—Pues ya ves—aseguró triunfante Cleopatra—, ¡ni hechos de encargo! Claudio es riquísimo; además, todo lo nuestro á él ha de ir á parar (y aunque en el fortunón de los Hernández de las Torres sea un grano de arena...) Y está solo, triste; necesita un cariño, una mujer que le guíe... Y Mónica es pobre, pero con gran nombre, y guapa y buena.

—Pero la madre...

—No sé qué tienes que decir de la pobre Felisa. Un poco agriada con sus penas; pero ¿á quién no le pasaría igual?

—Es egoísta—afirmó Semíramis, resuelta á defender las últimas trincheras.

—Dios nos prohibe pensar mal del prójimo, y tú, que te las das de religiosa... Pero, además, ¿qué cosa más natural que sea egoísta tratándose de su hija?

—Hay egoísmos que no entiendo. Comprendería ser egoísta para su hija sacrificándose ella; pero Felisa no piensa más que en el dinero, en la posición...

Sonó el timbre y las dos hermanas callaron. Al cabo de un momento, alzáronse las cortinas del salón, y el criado, un viejo criado familiar, vestido con librea atrabiliaria, anunció:

—El señor conde de Medina la Vieja.

—¡Claudito!

Entró el señor Heliogábalo. En la semipenumbra crepuscular parecía más alto y más delgado, enverdecida la faz y más profundos los ojos. Su elegancia personalísima, inconfundible, subrayaba á maravilla sus gestos de una laxitud muy *fin de raza*. Con esa frívola facilidad de los mundanos expertos comenzó la conversación. Loó primero, como era de rigor, las galas de aquellas damas. La cosa merecíalo realmente. El *tea gown* amarillo, estampado de crisantemos morados, de Semíramis, era un poema. El traje azul y rojo de Cleopatra,

un canto heroico. Después pasó á la casa. Estaba preciosa. El la recordaba de hacía muchos años, cuando de muchacho iba allí. Habían introducido algunas reformas. Por ejemplo, las cortinas de raso color de rosa, con bandas de *peluche,* del salón, eran nuevas. Aquel especie de triclinio rematado por un loro, del gabinete...

Sintiéronse enternecidas. ¡Qué memoria! ¡Cómo se acordaba de todo! ¡Cualquiera le engañaba! ¡Qué gracioso!

Claudio siguió sus comentarios:

—¡Cuánta flor! ¡Qué preparativos! ¿Todo esto es para mí?

—No te fíes, Claudito—rió la mayor de las de Pastor Cordero—. ¡Es un lazo!

—¿Un lazo?—preguntó extrañado.

—¡Es que te queremos casar!

—Me parece difícil...—murmuró él.

La otra lo tomó muy en serio:

—Pero ¿por qué, vamos á ver, por qué? Tú eres joven, rico, solo...

Semíramis hizo el sacrificio de su secreta pasión en holocausto de la felicidad del primo:

—Y la novia un prodigio. Ya verás, ya verás...

—Habrá que ver esa joya—rio él complaciente, deseoso, halagado y enternecido al verse tan mimado por aquellas dos viejas parientas, á quienes siempre profesara sincero afecto, á pesar (y tal vez á causa de ello) del burlón desdén del mundo, de mostrarse complaciente. Luego añadió, mitad en broma, mitad en serio:

—¿Y quién es esa candidata á mi mano?

—Mónica Ferreras.

Como él no pareciese recordar.

—¿Te acuerdas del general Ferreras?

Y á un gesto ambiguo de Claudio:

—El héroe de 14 de Enero.

Ni por esas; Medina la Vieja no recordaba. Los heroísmos, y menos aún los heroísmos modernos, tan prosaicos en la forma, tan vulgares, no le llamaban la atención. Todavía los viejos heroísmos que tuvieron por escenario urbes fabulosas ó peregrinos desiertos...

Un poco decepcionadas por el fiasco histórico, las Pastor Cordero dispusiéronse á explicar quién era el héroe del 14 de Enero.

—Mira, ¿no te acuerdas de aquel conato de revolución que hubo, hará unos veintidós años, en Madrid, cuando lo de Cataluña? Pues el padre de Mónica...

Sonó de nuevo el timbre.

—¡Vaya!—musitó Cleopatra—. Está de Dios que no has de enterarte... Ahí está ella... En fin, puede que sea mejor así. Tú la conocerás, y luego...

Claudio esperó impaciente la aparición de la novia que le llovía del cielo. ¡Uf! Amiga de las Pastor Cordero, talludita ya, hija de un general ¡y heroico por añadidura!... ¿Qué ridícula señorita iba á mostrársele? Seguramente sería alguna virgen cursi, redicha, que recitaría á Grilo y cantaría la *Stella confidente*. Alzóse la cortina, y Claudio, que se ha-

bía puesto de pie, retrocedió un paso. ¡ Su incógnita de San Sebastián ! ¡ La heroína de su noche sentimental !

Cleopatra presentó :

—Mi primo Claudio ; Mónica Ferreras, hija del heroico general Ferreras.

—¡ Encantado !

—¡ Mucho gusto !—y gentilmente le tendió la mano. Luego sentáronse todos.

Vista así, de cerca, perdía y ganaba á un tiempo. Claudio la estudiaba atentamente. No era la señorita cursi que él había presentido. Por el contrario, había en toda su persona nativa elegancia, distinción señoril, realzada por una modestia llena de dignidad. Tal vez no era una belleza, mejor dicho, sin duda ninguna no lo era, pero todo lo que le faltaba de hermosura suplíalo con creces en simpatía, en atracción, en eso que el vulgo llama *ángel*. Sus facciones más bien incorrectas, sus ojos azules, claros, sus cabellos color de miel, su estatura mediana, no decían nada ó decían muy poco. En cambio, tenía una sonrisa luminosa, llena de gracia y cordialidad ; sus pupilas, melancólicas, miraban con la infinita dulzura de un mirar transparente, noble, leal, que mostraba hasta el fondo del alma, y sobre su frente gravitaba una gran serenidad. Sus movimientos eran armoniosos, gráciles, ligeros, y su vestir de buen gusto, pero sencillo. Se veía que era pobre, sin que tratase ni de subrayarlo ni de disimularlo.

El silencio hacíase embarazoso, y Cleopatra, de-

seosa de romper el hielo, encaróse con la recién llegada:

—Hablábamos de tu padre.

—¡Pobre papá!

La voz era bonita, bien timbrada, tal vez un poco fría.

—¡Pobre Rafael!—corroboró la mayor de las Pastor—. ¡Qué gran caballero era!

Y Semíramis, con la frivolidad que le daban sus años:

—¡Pobre Rafaelito! ¡Las veces que yo he bailado con él! Todavía me acuerdo de un baile en casa de Medinaceli, á que yo fuí vestida de Filis y él de Amarilis.

Su hermana le hizo callar con una mirada severa. Ella detestaba la poesía bucólica, y enamorada, en cambio, de la épica, reanudó la narración del episodio heroico.

—Pues figúrate que cuando la sublevación, Rafael, que era el pundonor y la lealtad en persona, al saber aquello se puso su uniforme y se echó á la calle. Cuidado que quería á su mujer y que adoraba á esta criatura; pero, para él, el deber era lo primero y el honor un culto.

—Si era de lo que ya no se ve. Un señor, un verdadero señor—suspiró Semíramis.

—Pues se fué hacia los cuarteles—prosiguió impertérrita Cleopatra, sin hacer caso de la interrupción de su hermana—, y cuando ya estaba cerca, ¡cataplum!, un grupo de sublevados. Ya sabes lo que es esa gentuza, que su mayor júbilo es pisotear

lo que está por encima de ellos, ¡lo que es sagrado!—Se indignaba y su voz tenía inflexiones marciales—. Ellos, ¡claro!, como se revuelcan en el fango, quisieran ver manchado á todo el mundo, como los demonios quisieran manchar á los santos. Pues al ver un general, y tan joven por añadidura, se dijeron: ¡Esta es la nuestra! Y acercándose á él y rodeándole, le ordenaron: «Grite usted ¡viva la República!» Rafael contestó: «¡Viva el rey!» Volvieron á mandarle que diese un viva á la República y él volvió á gritar: «¡Viva el rey!» Entonces le apuntaron con los trabucos y allí le dejaron tendido, acribillado de balazos.

Mónica suspiró:

—¡Pobre papá! Todavía me acuerdo como si lo estuviese viendo. Era yo así y no levantaba tres palmos del suelo, cuando le trajeron á casa moribundo, y ¡no se me olvidará nunca!, cuando, aprovechando la confusión, que hacía que nadie se ocupase de mí, acerquéme á la cama en que agonizaba, murmuró, acariciándome: «¡Pobre hija mía! ¡Qué sola te quedas!»

Claudio no creía en los héroes. Para él, los héroes eran, ó aventureros ó seres ridículos que se sacrificaban en aras de un altruísmo estúpido, y el heroísmo, necedad ó hiperestesia. Contemplar cómo dan la vida por un ideal cuando no se tiene ninguno, resulta monstruoso. El consideraba á sus prójimos como canallas ó como imbéciles, y todas aquellas palabras representativas de grandes ideas—honor, patria, religión, deber—antojában-

sele rimbombantes sonidos vacíos de sentido; pero ante aquella historia, contada con ingenuo entusiasmo por las solteronas y escuchada con apasionado fervor por la muchacha, sintió súbito respeto y casi, casi dejóse ganar por la emoción. Dominóse pronto y habló como experto mundano:

—Sí, recuerdo la historia. Ahora, que como yo estaba lejos y he llevado una vida tan inquieta, no me acordaba de los detalles. Ya sabe usted—siguió, encarándose con Mónica—lo que es esa vida de judío errante. Hoy en un sitio, mañana en otro, viendo siempre nuevos paisajes, nuevas ciudades...

—Debe de ser delicioso vivir así—objetó la muchacha, y añadió con un leve tono de pesar:—Yo no he viajado nada y me gustaría mucho.

—A veces un poco triste...

—¿Triste? Pues á mí me parece que debe de ser encantador. Es acercarse más á lo que uno sueña, romper la monotonía de la vida diaria.

Las Pastor Cordero habían desaparecido discretamente, viendo ya en buen camino la conversación, y los dos interlocutores, frente á frente, hablaban como viejos amigos.

—El recuerdo de mi padre—siguió Mónica—es la única ventana que se ha abierto en mi vida sobre el ideal.

Claudio interrogó:

—¿Y el arte? Yo algunas veces creo que el arte es el solo consuelo verdadero que encontramos en la vida. El arte nos hace superiores, nos engrande-

ce á nuestros mismos ojos, nos da serenidad y nobleza.

—Tiene usted razón. Yo adoro la música, y cuando estoy triste ó siento esa inquietud que nos atormenta algunas veces, esa ansiedad de ensueño, me refugio en ella.

Y luego con sencillez, sin saña ni desplantes sentimentales, con la naturalidad con que hablaría á un amigo de toda la vida:

—Yo, como soy pobre y al mismo tiempo demasiado seria y no bastante guapa para que los hombres me mientan y nadie se toma la molestia de engañarme y por lo tanto véo las cosas con toda crudeza, cuando tengo sed de soñar me dedico á la música.

Claudio sonrió:

—Si yo le hiciese una confesión, no sé si se enfadaría.

—Yo no me enfado nunca—aseguró ella.

—Pues que la he oído cantar una noche.

Le interrogó con viveza:

—¿Pero dónde? ¿Cuándo?

Medina la Vieja explicó las circunstancias del primer encuentro.

—¡Pero eso es casi una traición!—reprochóle riendo.

—¿Le molesta á usted que la oigan cantar?

Mónica frunció el ceño con un aire de seriedad, de que se revestía para decir cosas sensatas:

—Le diré: cantar para unos cuantos buenos amigos no me importa. Si creo que á ellos les en-

tretiene, como á mí me encanta, lo hago con gusto. Ahora, para un público indiferente, donde sé que hay desdenes y quizá burla, no.

—Como no sé en qué público estoy—apuntó Claudio—, no me atrevo á pedirle que cante.

—Por mi parte, encantada. Usted es como un antiguo amigo, pero no sé si á sus primas les parecerá bien.

—¡Pícara! ¡Pícara!—rió la voz de Semíramis—¡Sabes que nos encanta y nos tomas de pantalla!

—¡Pues vamos allá!—Y Mónica, poniéndose de pie, encaminóse al piano.

Mientras se instalaba, ordenando en el atril los papeles de música, Claudio la examinaba atentamente. Era deliciosa aquella criatura. A primera vista no podía afirmarse que fuera una hermosura, pero hablando con ella cautivaba con su dulzura, su gracia cordial y un buen sentido lleno de melancolía, que seguramente le había enseñado el sufrimiento.

El escéptico que vivía en él hizo acto de presencia. ¿Y si todo aquello no era sino hábil comedia? ¿Sabría ella el proyecto de las casamenteras solteronas? ¿Se habría dejado tentar por los fabulosos millones que le atribuían?

Pero ya los acerbos pensamientos huían en bandadas, y Claudio, prisionero del hilo de aquella voz, que se elevaba admirablemente timbrada, fresca, cristalina, en el silencio de la estancia, acercóse al piano.

Mónica cantaba, acompañándose ella misma. Sus

dedos, agilísimos, corrían el teclado, arrancándole extrañas sonoridades, que rimaban á maravilla con su voz de frescura imponderable. Cantaba ahora canciones francesas é italianas de una difícil facilidad, llenas de ingenua travesura. Después fueron los aires castizos españoles, los moriscos aires de Andalucía, las fáciles sonatas sentimentales.

Claudio imploró:

—¿Sabe algo de Chopin?

La música del maestro, complicada, extraña, le cautivaba.

Después Mónica tocó música de Mozart; luego vino Wagner y Gluck y Vicent d'Indy. Y el tiempo corría y Mónica y Claudio seguían, él escuchando y ella tocando, sin cansarse.

Al fin se abrió la puerta y penetró en el cuarto un caballero anciano, bajito, vivaracho, de sonrosado rostro y marcial perilla blanca.

Las Pastor salieron efusivas á su encuentro, y con grandes gritos (aquel caballero, con su sordera, dejaba á las tapias en mantillas) saludaron:

—¡Tío Cuquito! ¡Tío Cuquito!

Mónica giró en la banqueta, cerrando antes el piano, como dando por concluído el concierto, y Claudio miró el reloj:

—¡Qué atrocidad!—exclamó asombrado después de aplicar el oído un momento á la caja para cerciorarse de que no se había descompuesto—. ¡Las nueve menos cuarto!—Y encarándose con sus primas:—¡Perdonadme, por Dios! Me he distraído y os estoy molestando.

—¡Qué tontería!—rectificó Cleopatra—. Si estamos encantadas—. Y luego amable: —Mira, ¿quieres complacernos del todo? Pues quédate á comer.

—¡Ay, quédate! ¡Quédate!—animó Semíramis palmoteando como una colegiala á quien ofrecen un dulce.

Claudio intentó excusarse:

—Pero si estoy sin vestir, hecho un mamarracho.

—¡Bah! ¡Qué tontería!—objetó Cleopatra—. Si es en familia. Aquí nadie viene vestido, y menos hoy, que, como viernes, no comen más que unos cuantos antiguos amigos, casi de la casa. Figúrate tú, la pobre tía Remedios Alcaraz, tío Cuquito, Baranda del Ebro y Don Jenarito. Todos tendrán un alegrón al verte—. Y con aire que no admitía réplica: —Nada, os quedáis los dos.

Y como Claudio, desconcertado en sus costumbres y en sus planes, dudase aún, Semíramis quiso tentarle con las perspectivas de un banquete digno de las bodas de Camacho, y ofreció bromeando:

—Y comerás lo que no habrás comido por esos mundos de Dios. Una comida española: un buen cocido con su gallina y su tuétano, como Dios manda, una pepitoria de pollo y alguna otra antigualla.

Claudio vacilaba aún, pero Mónica encaróse á su vez con él:

—No se haga de rogar, que es feo. Lo que se ofrece de buena voluntad debe aceptarse.

El señor de Heliogábalo dióse por vencido.

—Vaya, pues me quedo.

....

Parado en la esquina de la calle de Cedaceros, devolvió el saludo que una mano blanca le enviaba desde el interior de modesta berlina de alqui er, y sonrió.

¡La una de la madrugada! Había entrado en casa de las Pastor Cordero á las seis de la tarde, para una visita de media hora, que retrasaba de día en día, y á la que al fin se decidiera como á un trago amargo que no había más remedio que pasar, y salía a la una de la mañana, después de siete horas, que se fueron en un vuelo. En aquella casa ridícula, llena de plantas artificiales y bichos disecados, junto á las grotescas señoritas, rodeado de vejestorios que glosaban historias arcaicas con nimiedad abrumadora, riendo cualquier detalle pueril que recordaban; ante la mesa castiza, sencilla, abundante, sin indigestas fantasías, y oyendo cantar á aquella muchacha modesta, insignificante, vulgar en su belleza, en su atavío y en su conversación, había sido feliz, había olvidado sus amarguras y sentíase ahora más ágil, más joven, liberado por un instante de su cruz.

III

LAS NOCHES DE LA VIA APIA

¡Noche de la ciudad! ¡Oh, gran encantadora!
Es tu capa de sombra la gran encubridora
en donde espera el alma con temblores sensuales
á que lleguen los Siete Pecados Capitales...

....

Yo adoro á tus rameras y yo amo á tus hampones,
y la desolación de las negras canciones
que salen del siniestro fondo de tus burdeles,
y son tus asesinos mis amigos más fieles.

EMILIO CARRERE

—¡Bribona! ¡Cochina! ¡Púa! ¡Qué *sa figurao* usted, *so* tía, que yo lo estoy manteniendo *pa* que se dé *postín* por ahí con él! *¡Amos! ¡Miá* tú ésta, qué visión! ¡Ja, ja, ja! Hija, cómprese usted unas gafas!

—Oiga, señora.

—Señora... señora... Haga usted el favor de no faltar. ¿Estamos?

—Es que estaba dándole un encargo... ¿O es que no puede una hablar á la gente?

—Hablar... hablar... ¡Música, hija, música! Si no fuese porque se sabe una lo que yo me sé...

—No veo que haya mal en dar un recado...

La *Perendengues* se terció el mantón y, con una energía de gesto que hizo temblar, rebrillando, las peinetas de pedruscos entre sus cabellos negros, untados de bandolina, afirmó rotunda:

—Pues cuando necesite recaos manda al Continental, porque lo que es al Nemesio no me lo vuelve á dar conversación, ¿está usted?

Solita, la de Don Nicomedes, echó la cabeza atrás con un gesto magnífico de desdén. Era la suya una testa de Minerva admirable, coronada por rubios cabellos que, gracias al arte de la *señá* Sinforiana, la peinadora, ostentaba ahora peinados formando un casco de oro de insólito atrevimiento. Sin descender del trípode donde, arropada en su dignidad á modo de clámide, se había subido, murmuró despreciativa:

—¡Póngala usted una valla!

La otra se irritó:

—¡Lo que le voy á poner á usted es un ojo á la funerala!

—¡Á mí!—gritó Solita volviéndose indignada y renunciando ante tamaño ultraje á sus proyectos de prudente retirada.

—¡A usted, sí señora; á usted! — Y, ¡pum!, como lo dijo lo hizo, y en un momento trabáronse á trastazos las dos hembras. Los artificios artístico-capilares se desmoronaron; las uñas atravesaron la espesa capa de afeite y se clavaron en

los rostros; las galas, desgarradas y maltrechas, amenazaron mostrar lo que, como del dominio público, era harto conocido del barrio, y por un instante, ambas sacerdotisas, olvidando la excelsitud de su ministerio, dieron un espectáculo bárbaro, acometiéndose con rabia.

Al ruido del escándalo las gentes habían ido aglomerándose. El viento helado que barría las calles, amenazando apagar los mecheros de gas, más invitaba á refugiarse en las casas que á contemplar luchas heroicas en medio del arroyo; pero el buen pueblo madrileño, muy aficionado á tales zalagardas, comenzó á acudir. Primero tres golfos, que se calentaban en una hoguera alimentada con carteles y trozos de andamio arrancados á una obra contigua, abandonando tan confortable refugio, presentáronse á animar á las amazonas con sus dicharachos; luego fueron algunas damas de honor averiado las que, acompañadas de sus dueñas, quisieron, con la curiosidad que perdió á la madre Eva, investigar las causas de la enemistad que de modo tan aguerrido ventilaban aquellas señoras; tras ellas, pusieron el prestigio de su presencia dos ó tres galanes de los que se dejan querer y son orgullo y tormento de nocturnas palomas; á rivalizar con ellos vinieron con gran estrépito de sable y espuelas dos quintos de caballería; siguieron á continuación algunos tipos ambiguos, cesantes, sablistas ó desocupados; y más golfas y más Thais de la calle de la Esgrima y de la Cabeza, y todos formaron

corro, no sé si curiosos ó divertidos, ó simplemente buscando calor, que la mayoría bien había menester.

La temblorosa luz de los faroles iluminaba los rostros extraños é inquietantes. Y tenía la escena así, sobre el mezquino escenario de la calle angosta, tortuosa, lóbrega y sucia, empedrada de puntiagudos guijarros y flanqueada por casas viejas, agrietadas, torcidas, ruinosas, apoyadas unas en otras para no caer, mostrando en sus fachadas descascarilladas, pintadas de colorines, el cinismo de las mancebías baratas ó de los chiscones sospechosos, un sabor clásico de truhanería y de jocosa miseria.

Confundido entre la multitud, el señor Heliogábalo contemplaba la escena con malsana curiosidad. Sentía un placer maligno en ver á las arpías acometerse y deseaba inconscientemente que siguiesen hasta llegar á un desenlace trágico que le escalofriase los nervios. Al mismo tiempo experimentaba placer casi físico al rozarse con todas aquellas miserias, y gozaba leyendo en los rostros, como en las páginas de un caricaturista perverso, la luz de todos los malos instintos.

Las luchadoras seguían incansables: el moño de Solita había pasado á la historia, y su nariz podía servir de ejemplo á un curso de transformaciones nasales; en cambio de tales desperfectos, había conseguido que uno de los ojos de la *Perendengues* adquiriese inquietante semejanza con un buñuelo, y que el negro flequillo, más alguna pei-

neta de pedrería, fuese á hacer compañía á su moño en el santo suelo.

Las mujeres comenzaban á enternecerse (sobre todo, la pérdida de las peinetas las consternaba); las dueñas animaban á sus *niñas* á levantar el campo con el razonable pretexto que allí no se hacía nada más que perder el tiempo; los chulos decían cuchufletas; gruñían los caballeros hebenes; reían groseramente los soldados, y los golfos azuzaban á las rivales. Al fin surgió un guardia. Acercóse al grupo en son de paz. No debía de ser partidario de tales torneos, por cuanto comenzó un largo y embrollado discurso, con el noble fin de convencer á las rivales. No hicieron ellas maldito el caso, y hasta pareció que los puñetazos, desviándose de su curso natural, buscaban la persona de la autoridad con no poco peligro para la integridad de su indumentaria. En vista de ello, el ultrajado representante de la fuerza pública empezó á repartir pescozones equîtativamente entre las contendientes. ¡Nunca lo hubiera hecho! En hermosa explosión de solidaridad profesional, digna de esculpirse en mármoles y de cantarse en romances, las enemigas, sintiendo fundirse sus odios en un solo odio, acometieron al del orden.

Acudió un sereno en su auxilio; pero algunos espectadores, sintiéndose Quijotes de aquellas Dulcineas, tomaron su defensa. Y allí era de ver con el gusto con que las mozas arañaban, mordían y coceaban á sus gavilanes, el entusiasmo con que

ellas repelían la agresión y el afán en repartir tortas de los improvisados desfacedores de agravios. Y todo ello coreado por los aullidos, relinchos y silbidos de la chusma.

La riña convertíase en batalla campal: nuevos serenos y guardias acudían, y tampoco faltábales refuerzos á las sacerdotisas de Venus. Claudio pensó en marchar; dos ó tres veces había creído percibir movimientos de hostilidad en sus vecinos; las palabras de unas mujeres, de cuyas lenguas no salieron muy bien parados los señoritos ricachos que se meten en lo que no les importa y andan por ahí haciendo el oso, decidiéronle á irse y emprendió de nuevo su ambular por los viejos callejones.

Un golfillo le seguía implorando una limosna:

—¡Señor conde, una limosnita que no he comido hoy!

Al principio no hizo caso, irritado además por haber sido reconocido. ¡Dichoso Madrid! No llevaba en él tres meses y todo el mundo le conocía, y se daban unos á otros con el codo al pasar él, y se lo señalaban mutuamente como á un bicho raro comentando sus millones, sus extravagancias y sus locuras.

Seguía, pues, su caminata sin hacer caso. A su lado, tras él, delante de él el golfillo, semejante á un mico burlón, medio desnudo bajo sus andrajos, pegaba brincos que no se sabía si era de frío ó de mofa, y sonriendo, entre cínico y angustiado gemía siempre con falsa compunción:

—¡Señor conde, para un panecillo, que no he comido hoy!

Al fin, la pesadez del pordiosero venciόle y, metiendo la mano en el bolsillo, sacó un moneda cualquiera (una peseta) y se la dió. El chico hizo dos ó tres cabriolas y marchóse á buen paso.

¡Cómo había cambiado la vida para él en el mes transcurrido desde el te de las de Pastor Cordero! No sabía si era más feliz ó más desgraciado; sabía únicamente que no era el mismo. En apariencia todo estaba igual; pero en el fondo, ¡qué honda transformación había sufrido! Cierto que entre él y Mónica no se había cambiado ni una palabra de amor; que no les unía, al parecer, sino leal amistad y vivísima simpatía alimentada por la comunidad de ideas respecto á numerosos puntos; pero... El, el incorregible escéptico, comenzaba á creer en muchas cosas que hasta entonces tuvo por absurdas y que antes apenas si le arrancaban una sonrisa de duda, burla ó conmiseración. Transformado en un instante como por obra de magia su campo visual; encontrando en vez de pasiones exhibidas con rabioso cinismo, sentimientos tras comedidas palabras; hallando sustituídas las contundentes razones—deseo, voluntad, dinero—que eran los límites antes, por otras más suaves—cariño, religión, moral, sociedad—que eran los jalones en el campo de su vida ahora, instalado de pronto en una sociedad que era mejor porque había sufrido y luchado menos, y más hipócrita porque tenía más que defender,

Claudio, á su pesar, y tal vez sintiéndose cansado de la eterna batalla, comenzaba á crer. El, á quien la idea del desinterés hacía prorrumpir en una carcajada, y la del amor puro arrancaba una frase mordaz, y la amistad una burla, y el cariño familiar una ironía; él, saturado de moderna filosofía—Schopenhauer, Nietsche—, comenzaba á creer en el cariño de Mónica.

Que las Pastor Cordero le querían ¿cómo dudarlo? Su mismo cinismo antiguo le ayudaba á certificarse en ello. ¿De qué podía servirles? ¿Qué podían sacar de él? Sólo disgustos, molestias, sinsabores. En cuanto á Mónica, otros maridos mejores que él, enfermo, empobrecido, desprestigiado, encontraría seguramente. Eso en el caso de que hubiese pensado en él para casarse, pues lo probable es que ignorase el plan de las solteronas, y así lo hacía creer su conducta, llena de amical cordialidad, pero exenta de toda coquetería.

Además se había ido dejando ganar por el encanto de aquella vida vulgar, sin alternativas ni zozobras, sin grandes alegrías, pero también sin grandes pesares, vida rutinaria, mediocre, llena de paz y bienestar. Estaba muy viejo ya, muy desengañado, muy entristecido para vivir perpetuamente en guardia, viendo en cada humano un enemigo en acecho, y la existencia sedante de aquel medio ambiente sin brillantez, un poco pueril, quizá un poco ridículo, le placía.

Tampoco se propuso hundirse en rutinario vivir;

fué deslizándose poco á poco en él, sin darse cuenta. Después del día famoso de su primera visita á las Pastor volvió á pasar la tarde, y volvió á encontrar á Mónica y á oirla cantar, y quedáronse á comer, y charlaron mientras los viejos jugaban al tresillo, y volvieron á hacerse confidencias; y á los tristes pesimismos de él opuso ella un sano optimismo, y Claudio sintióse más confortado, reconciliado casi con la vida. Y las visitas menudearon y llegaron á hacerse diarias y á ser el eje sobre que giraba la vida del conde de Medina la Vieja. Las Pastor animábanle siempre discretamente, ponderando las excelencias de la muchacha, y él sin voluntad para resistir dejábase llevar.

Para no apasionarse es preciso permanecer alejado en absoluto de la lucha. En cuanto cruzamos armas una vez, nos enardecemos y llegamos á olvidarlo todo para sólo pensar en la batalla. Y el señor de Heliogábalo, que abroquelado en un frío desdén, había permanecido indiferente para las cosas del mundo, del *gran mundo,* de *su* mundo, comenzaba á apasionarse nuevamente con la lucha. Ahora los desdenes le soliviantaban, le exasperaban. Tal vez le sucedió siempre igual; pero antes oponíales, anestesiado por la distancia, el desprecio, mientras que ahora... Luchaba tratando inútilmente de recuperar el terreno perdido, ansiando volver á ser lo que fué, aquello á que renunciara voluntariamente. Lo que se le antojaba insoportable cuando lo poseía, convertíase con la imposibilidad en perdido Paraíso.

En el afán de vencer comenzó á tirar los últimos restos de su caudal en locos despilfarros que apenas si le sirvieron para rodearse de alguno de esos parásitos que merodean en los alrededores del gran mundo. Sus fiestas se frustraban; sus comidas, á lo más que alcanzaron fué á llevarle alguna de las damas que presumían de elegantes y que iban á casa del señor Heliogábalo como se va á una aventura escandalosa, á título de curiosidad. El único elemento respetable era el que aportaban las de Pastor Cordero, que fieles á su entusiasmo y ciegas en su fe, le ayudaban por todos los medios posibles á levantarse.

Pero para que esto fuese factible había un obstáculo infranqueable; su pasado. ¡Ah! ¡el pasado, el cruel pasado, que, como el Fénix de la leyenda, renace siempre de sus cenizas! Claudio había procurado alejar de sí á cuantos le recordaban sus pretéritas borrascas. Hasta al mismo Gregorito Alsina, su inseparable del verano, trató de apartarle de su camino. Prudentes aparentaron resignarse á la terminación de su amistad; pero él les adivinaba á la expectativa, sonriendo irónicos, seguros de que tarde ó temprano llegaría la recaída. ¿Para qué tratar de deshacer todas aquellas cosas? ¡Era él, él solo el culpable; él, que llevaba tantas cosas muertas y podridas dentro de sí! No podía vivir sin todas aquellas torturas que creaba en torno suyo, impelido por algo más fuerte que su voluntad. Era él, el muerto que no podía sepultar.

Algunas veces la idea macabra le asaltaba y por un instante creíase un personaje de conseja, de esos que andan por el mundo en busca de su tumba. Entonces pensaba: «¡ estoy muerto!», y crispado de horror se detenía en el fondo de cualquier inmunda calleja y palpábase espantado para cerciorarse de que vivía aún. Otras veces eran sus ojos, sus ojos cada vez más débiles y enfermos, los que le traicionaban; poblábase el espacio de millones de luminosos puntos y la visión se le nublaba; en aquellos momentos de alucinación las cosas cobraban monstruosas apariencias.

Pese á todo esto, su existencia se normalizaba poco á poco. Sólo quedaba un hilo que le ataba á su antigua vida; la noche.

¡ Eran tan tristes, tan largas, tan abrumadoras las noches de Madrid! Además sentía espanto ante la idea del enorme caserón, poblado de fantasmas que iban y venían ante él en sus interminables insomnios. En París ó en Berlín hubiese sabido cómo llenar las horas inacabables. Había bailes, diversiones, nocturnos cenáculos donde matar el tiempo con el espectáculo de la idiotez humana; pero en la capital de España...

Las Pastor acababan su tertulia de doce y media á una, y entonces empezaba para el señor Heliogábalo la intensa vida de sabat. Las empinadas calles, los tortuosos laberintos y las silenciosas plazas de la noble villa, esas calles y plazas que con sus desiguales construcciones y sus fontanas cantarinas evocan las viejas urbes españolas—Se-

govia, Burgos, Avila,—le atraían con su misterio, en que se agazapa la aventura.

Para él, la noche tenía un encanto de rito, un rito bárbaro en que fuese incienso el acre olor á sangre y lujuria, litúrgica lámpara la luna y órgano el sonsonete de una voz que pregonara amor con gemido monótono, plañidero, semejante á un lamento.

Amaba la noche porque la noche es piadosa y en sus propicias sombras vive aún la ilusión. El día es demasiado cruel; su luz cruda pone de relieve las máculas, las deformidades, las fealdades y los horrores. ¡Y hay rostros que nos hacen pensar en la mano demoledora de la señora Muerte!

En cambio las tinieblas nocharniegas borran, esfuman y dejan sospechar una Ofelia en la silueta de cualquier trotacalles que pasea su hambre y su tedio canturreando un estribillo canalla.

La aventura le atraía con invencible fuerza, le arrastraba al través de todas las monstruosidades, le hacía vagar, poseído de extraña fiebre, por sucios rincones, llevábale de la mano á chamizos pestilentes y hacíale revolcarse como un can sarnoso por los lechos de las mancebías, entre los brazos de miserables mercenarias que le brindaban el banquete de sus pobres cuerpos, esqueléticos, mancillados por todas las brutalidades, ó gordos, flácidos, adiposos, hinchados de pus. Y algunas veces lloraba horrorizado, cobarde, incapaz de vencerse, y pensaba con ironía cruel en el abis-

mo que se abría entre su pensamiento y la realidad, entre la inmortalidad y las pasiones.

Bajaba ahora la calle del Amparo, y la débil claridad de un farol de esmerilados vidrios llamó su atención. Leyó el rótulo: «Gran casa de dormir». Curioso detúvose ante el portal y sus ojos bucearon en las tinieblas. Era un largo, lóbrego y sucio pasillo, del que salía insoportable hedor á miseria. Malsana curiosidad le espoleó. ¿Y si entrase? Aquellos lugares le atraían como dantesco infierno. El, Claudio Medina la Vieja, sentía un deseo loco de penetrar allí y degradarse al contacto de aquellas miserias. Su imaginación sobreexcitada brindábale escenas de una lubricidad bárbara en que los hombres, hacinados como bestias, disputábanse á puñadas, á mordiscos, á patadas, la posesión de las pestilentes hembras que, vencidas de cansancio, dormitaban indiferentes á las brutalidades, dispuestas á dejarse tomar por el vencedor que caía sobre ellas, saciando en una posesión feroz todos sus apetitos, exasperados por el hambre, el frío y los perpetuos contactos con la hembra.

¡Y pensar que había gentes á quienes aquellas escenas inspiraban sentimientos humanitarios, altos pensamientos sociológicos, peroraciones sentimentales y consideraciones de alta trascendencia social! No, imposible. Para él, el mundo era una lucha de fieras que reñían á zarpazos y dentelladas por la posesión del placer. Unos, más sutiles, se disfrazaban de florentinos para manejar extra-

ños venenos; otros, más brutales, se apuñaleaban en cualquier rincón. Los hombres, animales dañinos...

Una mano se posó en su hombro y la voz irónica de Gregorito Alsina rió á su oído:

—¡Hola! ¿Estás tomando datos para una Historia de la moral?

Claudio volvióse rápido y, disimulando un movimiento de contrariedad, acogióle afectuosamente.

—Cuánto me alegro verte. Iba á escribirte para que fueses á almorzar.

Gregorito aceptó;

—Encantado. Hacía un siglo que no te echaba la vista encima. Y añadió burlón:—Como te has dedicado á vivir entre las gentes honorables... —Y luego, cínico:—Ahí tienes tú unas regiones donde estás seguro de no encontrarte conmigo.

Claudió bromeó:

—¡Ni falta!

Amostazóse un poco el otro:

—¡Pues lo que es por aquí no habrás venido á rezar el rosario!—Y sin transición:—¿Y tu dulce amada la casta Diana?

El señor de Heliogábalo frunció el ceño, y Gregorito, con esa perspicacia de los parásitos para comprender cuándo han cometido una pifia, apresuróse á cambiar el rumbo, harto peligroso, de la conversación:

—Pero, ¿qué hacías por aquí?

—¡Pseh! no tenía sueño y, no sabiendo dónde dar con mis huesos, vine á dar un paseo.

—Como quien dice, una vuelta por Hidy Park ó por el Pratter.

Claudio interrogó á su vez:

—¿Y tú?

—Pues yo—explicó Gregorito con aplomo—vengo todas las noches ahí al lado, al café del Topacio. Chico, un sitio de lo más típico... Además, van á tomar chocolate los de la compañía del Coliseo de la Esgrima, una gente fantástica con que se ríe uno la mar. No te puedes figurar nada más incongruente que esa tertulia...—Y de pronto, como si acabase de caer en ello:—¡Ah!, ¿á que no sabes quién es la segunda actriz?—Y á un gesto vago de Medina:—¡Tu pasión de San Sebastián!

—¿Mi pasión de San Sebastián? — interrogó Claudio sin comprender.

—Sí, sí; tu pasión del verano. Miss Ofelia.

—¿Miss Ofelia? — tornó á interrogar el otro aún más asombrado.

—Sí, hombre, sí; miss Ofelia. Sino que ahora, como segunda actriz del Coliseo de la Esgrima, se llama Matilde Sánchez. Katty Sánchez si prefieres—. Y aprovechando el pasmo del otro propuso: —¿Por qué no te animas á venir? Te reirías un rato.

Claudio se dejó llevar y, cogidos del brazo, se encaminaron al café.

Desde que oyó el nombre de miss Ofelia, un presentimiento cernióse como ave agorera sobre su corazón. Como á un toque de guerra, todas sus

inquietudes despertaron, y otra vez la extraña dualidad le atormentó con un sentimiento inquieto de malestar. ¡Miss Ofelia! ¡Cecilia Simarro! Y aquella absurda reencarnación de la amada, de la diabólica, de la turbadora, obsesionóle.

Una bocanada de olor á suciedad, á vino y almizcle les envolvió, y por entre dos cortinas de mugriento percal contemplaron la misérrima sala de un prostíbulo en que cuatro ó cinco individuas, pintarrajeadas, reían las groserías de unos jayanes; algunos pasos más allá dormían, hacinadas en el quicio de una puerta, una vieja y dos ó tres chiquillos semidesnudos.

—Me gusta la noche—afirmó el señor de Heliogábalo—porque es el refugio de lo pintoresco, sobre todo en Madrid—. Y añadió: —Creo que España es el único sitio donde vive de verdad lo pintoresco. En otros países se falsifica para servirlo en espectáculo como manjar fuerte á los paladares cansados, como una atracción más, pero aquí no, aquí aún vive Monipodio y Caco, Doña Trotaconventos y la tía Fingida, el Caballero de la Tenaza y el buscón Pablillos. En Madrid hay todavía pícaros y barateros, zurcidoras de gustos y damas de profesión liberal.

Gregorito asió el cable, y pensando cuerdamente que á cada loco con su tema, anunció:

—Pues ya verás los del café... ¡Te digo que de lo más pintoresco!... Es gente que tiene su moral especial. Una moral primitiva de salvajes. Han simplificado la vida suprimiendo todos los

valores inventados por la sociedad para salvaguardia de sus leyes. No aman ni aun el dinero; cuando lo tienen lo tiran, y si lo desean es porque en el día representa la llave de los placeres, no la del poder, que no les importa. Si roban dinero lo roban como los hombres primitivos robaban una piel para abrigarse.

De las tinieblas de la noche había surgido una mujer escuálida, temblando de frío bajo raidísimo mantón negro, oprimiendo contra el pecho exhausto una criatura con la cara comida de costras. Con voz ahogada imploró:

—¡Señor conde: una limosna, por Dios, para mi hijo, que se me muere de necesidad!

Al oir su título, Claudio se volvió indignado, dispuesto á mandar noramala á la mendiga; pero vió encuadrado en el negro pañuelo una faz tan atrozmente torturada de Dolorosa, que, echando mano al bolsillo, puso un duro en la sarmentosa mano que se le tendía rígida.

No habían andado diez pasos cuando surgió un nuevo pordiosero que entonó la misma pesada canturria de sus antecesores.

—¡Señor conde: una limosna por amor de Dios, que llevo tres días sin comer!

Tratábase ahora de un zángano de astroso aspecto y fachenda de holgazán profesional. La barba sucia y crespa dábale aspecto feroz, á que la falsa y gimotera humildad imprimía tinte de taimada doblez que hacíale aún más antipático.

Claudio se excusó con las palabras sacramentales:

—Perdone, hermano; no llevo suelto.

El otro redobló sus jeremíadas, y Medina la Vieja, harto ya, le mandó á paseo.

Siguióles aún un momento el gandul, y luego quedóse rezagado mascullando sordas amenazas, juramentos y blasfemias.

El señor de Heliogábalo volvióse á Gregorito y formuló impaciente:

—¡En este dichoso Madrid no se puede vivir! En primer lugar, todo el mundo te conoce, sabe quién eres, cómo te llamas, dónde vives... Luego, yo no he visto en ninguna parte tanta miseria, ó mejor dicho, tanta gente que intenta explotar la lástima ó la repugnancia que la miseria nos inspira, procurando sacarnos el dinero molestándonos de un modo taimado, para que á trueque de vernos libres de su pesadez soltemos los cuartos. Te juro que me exaspera, me angustia, me irrita toda esta gente que me reconoce cuando no quiero que me reconozcan, que grita mi nombre justamente cuando deseo pasar inadvertido... ¡Y luego son tantos! Parece que se multiplican, que surgen de las piedras, de las paredes...

Gregorito sonrió:

—Hay que tener un poco de filosofía. Como diría tu amigo Julito en uno de sus momentos de pedantería, es un símbolo más que apuntar cuando se quiera hacer un estudio sobre la educación del carácter en España. Toda esta gente—si-

guió,—entre el hambre y el frío, que son males relativos mientras existan nuestro sol y tabernas donde llenar la panza cuando se puede apencar con una peseta, y el trabajo, que es un mal absoluto, prefieren el hambre y el frío. No me negarás que es un gesto hidalgo que no carece de cierta altivez. Son señores de sí mismos, libres de rascar su miseria al sol.

—Sí, pero nos achicharran á los demás.

—¡Bah! Es verdad que ejercen un pequeño *chantage;* que asediándole á uno cuando lleva prisa ó habla de algo interesante, y sobre todo reconociéndole justamente cuando no quiere ser reconocido, le amenazan de un modo indirecto; pero eso mismo demuestra su perspicacia. La vida les ha enseñado que no hay nada más productivo que el vicio de los demás, y tratan de explotarlo. Es una quiebra que tenéis los ricos. Las porquerías que haga un pobre, mientras no molesten, no le importan á nadie, porque á nadie pueden producir nada; las vuestras sí, porque de ellas come mucha gente.

Cuanto más altos estamos, más ojos hay fijos en nosotros. Los vicios de los grandes son armas políticas, escalones en el camino del triunfo, dinero, gloria.

Y como el señor Heliogábalo callase:

—Hay un medio de defenderse. No dar nada á nadie. Cerrarse á la banda. Al principio nos molestan, y al fin acaban por dejarnos en paz.

—Sin embargo...

Una moza de partido, bajita, pintarrajeada, apestando á almizcle, la cabeza cargada de rizos y peinetas y el cuerpecillo arropado en alfombrado mantón, detuvo á los paseantes, y alzando hacia Claudio su carita embadurnada, en que lucían unas pupilas tristes y reía una boca canalla, le brindó su mercancía:

—¡Anda, gitano, buen mozo; vente conmigo, y verás qué bien!

Gregorito Alsina la rechazó bruscamente:

—¡A ver si *ahuecas!* ¿Estamos?

La prójima quedó refunfuñando y los dos amigos prosiguieron su camino. Pero de las sombras surgió un golfillo y luego otro, que comenzaron á correr junto á ellos pegando raras cabriolas, mientras chillaban como endemoniados:

—¡Señor conde: una limosnita! ¡una pesetilla *pa* la cama y la cena, que hace mucho frío!

La desairada beldad chilló con desgaire:

—¡Ay, madre, que es un conde!

Los chicos voceaban siempre:

—¡Una pesetita! ¡Señor conde: una pesetita!

Y la trotacalles, con dejo burlón, abucheaba:

—¡Que viene el conde! ¡Chicas: el palio, que viene el conde del escobillón!

Y desde la esquina, otra mujer que permanecía allí inalterable como en una atalaya, la chilló:

—¡Chica: déjalos, que se han *perdío* y andan buscando el Ritz!

Claudio, aburrido, murmuró:

—¡Qué canalla!

Y Gregorito, encogiéndose de hombros con filosófico desdén:

—¡Bah! No hagas caso. Ya estamos.

Y empujando la esmerilada mampara, penetró en el «Café del Topacio».

IV

EL ALBERGUE

C'etait dans un brocart. Les filles en démence,
seûles, tristes, chantaient un couplet tour á tour...

JEAN RICHEPIN

Era el café del Topacio uno de esos absurdos establecimientos que no se sabe de qué ni para qué viven, y en que, ahondando un poco, encontraríamos tal vez una de las manifestaciones más curiosas de la pereza y dejadez del carácter español.

Cada uno de estos lugares representa la historia del fracaso de una voluntad, y todas las historias son semejantes; odisea de un hombre que al coger, en un azar de la vida, un puñado de pesetas, y llevado de hiperbólico imaginar, encaríñase con la ilusión de hacer una fortuna y crear una industria, y después, en el cotidiano limar del tiempo, le faltan esas dos supremas palancas que se llaman la constancia y la voluntad.

Va cayendo entonces poco á poco en un indiferentismo fatalista, viendo enmohecerse su negocio y languidecer su establecimiento, que llega á no tener otra razón de ser que la tertulia del amo. Así arrastra una vida trabajosa, hasta que al fin, muerto él, no quedan de los pretéritos esplendores sino polvorientos anaqueles, desazogados espejos, rotos divanes y sucios veladores, enriquecidos por la porquería y el tiempo con extraños arabescos y que, vendidos, apenas si bastan á cubrir las pequeñas deudas contraídas en la última enfermedad del propietario.

El café del Topacio, pese al aspecto equívoco que le imprimían las tupidas cortinillas, los esmerilados vidrios, el tablado entrevisto al través de la puerta, y pese también á los palmoteos y jipíos que se oían de vez en cuando desde la calle, más que nefasto antro de placeres era morada del tedio.

Hubo un tiempo, allá por los lejanos de su fundación, en que su dueño, Cipriano Arteta, soñó con hacer del chiscón algo así como el templo de Terpsícore, sin olvidar á la eximia doña Venus, que también tendría fastuoso altar. Por aquellos días no brilló astro en el arte peregrino de la danza, ni en el más secreto y recatado del amor, que Cipriano no intentase atraer á su casa con ofertas tentadoras de fabulosas contratas, ni corrióse juerga de *postín* que no tuviese por último y supremo puerto el brillante salón, ni dama ligera de cascos que no sintiese la comezón de asomar por

allí. Fueron los días dichosos de rivalidad con el de la Aduana y el del Brillante. Luego... las cosas cambiaron; los gustos corrieron por otro cauce y un velo de olvido cayó sobre el flamenco paraíso. Arteta, sin humor ni voluntad ya para evolucionar con las costumbres, y encariñado con aquel género de existencia, comenzó á vivir del pasado, y una gran indiferencia enseñoreóse de él, oponiendo á las severidades del destino un encogimiento de hombros y una perpetua queja de labios afuera: «¡Qué tiempecitos, Virgen del Carmen, qué tiempecitos!»

La parroquia, numerosísima antaño, reducíase ahora (excepción hecha de los domingos y días festivos, en que, gracias al cartelito tentador «Cafe con media copita, 30 céntimos», la concurrencia era algo mayor, y salvo también las contadísimas temporadas en que abierto el coliseo de la Esgrima dábale un pequeño contingente) á algún aburrido carretero de la cercana calle de Toledo, que ahuyentado del fementido lecho del parador por la amable visita de los chupópteros, venía á distraer sus ocios en la contemplación de las damas, compendio y esencia, en su sentir, de la belleza cortesana.

Y era de ver el arte que se daban aquellas señoras para embaucar á los brutos, y sus hábiles exhibiciones de senos y caderas, y sus delicadas alusiones á otros más íntimos y velados encantos, y la elegancia con que se dejaban caer en la conversación con un oportuno recuerdo á las gran-

des pasiones que encendieron en los heroicos pechos del *Bomba* y del *Machaco;* en una palabra, para sonsacarles los ocultos ahorros.

También arribaba allí alguna vez tal cual partida de señoritos juerguistas, que acompañados de mujeres iban al cafetín á desahogar su grosería, su brutalidad y mala educación, exasperadas por frecuentes libaciones. Y muy de tarde en tarde (la fecha señalábanla las vestales con piedra blanca entre los días fastos) algún aburrido extranjero que dejábase gustoso estafar unos duros, convencido de que estaba contemplando la verdadera España en las pataítas de la *Dengosa* y los adamados jipíos del *Niño de la Gloria.*

Aparte de esto, los artistas, excluyendo á María la *Dengosa* y el *Niño,* que desaparecían de vez en cuando, no tenían otra fuente visible de ingresos; así que era de admirar la constancia y abnegación con que permanecían en su puesto, dando una prueba de amor al arte, digna de encomio. Las desapariciones de la *Dengosa* ó del *de la Gloria* eran temporales. Las de ella solían durar una noche, á mucho poner, veinticuatro horas, y á más de no parecer muy productivas, los paréntesis que se abrían entre ellas iban agrandándose de un modo inquietante; las del *Niño* duraban tres ó cuatro días, al cabo de los cuales resurgía un poco ojeroso, con un puñado de duros y alguna joya de relumbrón que días después desaparecía camino de la casa de préstamos.

Verdad es que la abnegación de su gente pagá-

bala el amo con una benevolencia sin límites. Allí nadie hacía más que lo que le daba la realísima gana. La mayoría de las noches ni aun bailaban, y si los artistas pegaban cuatro cabriolas y lanzaban otros tantos alaridos inarticulados, era más por estirar las piernas y desentumecer las gargantas que por cumplir una obligación que nadie les imponía. Tampoco solían vestirse, sobre todo los hombres. Sólo la *Dengosa* poníase una bata mugrienta y la *Lunarona* atábase un pañuelo de talle sucio y desvaído.

Claro es que á pesar de esta suavidad del amo, como de allí no se sacaba más que conversación, el personal desertó, dejando un á modo de cuerpo de inválidos. De las cinco camareras que en otros tiempos cruzaron el café petulantes, sosteniendo la bandeja en alto con un gesto airoso que subrayaba hasta la hipérbole las potentes curvas, sólo quedaban Aurora y la Gloria.

Aurora podía pasar; todavía en su cara, embadurnada de espesa capa de porquerías, quedaba una gran dosis de simpatía; sus ojos sabían mirar gachones, tenía labia, y si no hubiese sido por la dentadura picada, negra por el tabaco, el mercurio y los licores baratos, aún poseería gancho, sobre todo con el aliciente de los pechos tembleque antes, enormes como bobinas ubres, que se hinchaban fabulosos bajo la ligera blusilla de batista y encaje. La Gloria no podía pasar; era fea, épicamente fea, agresivamente fea, con una fealdad que daba el ¡quién vive! al más pintado. Ya

antes de su enfermedad era fea, pero no con simpática fealdad, sino con una fealdad desagradable. Bajita, delgada, escurrida, con pelo escaso y crespo y rostro arrugado y envejecido, tenía unos ojos parados que miraban con antipática fijeza. Pero después de las terribles viruelas por que pasó, su horror llegó á lo épico. No era una mujer, era un humano despojo á medio devorar de los gusanos. Cuando Arteta y los artistas la vieron llegar de tal guisa, no pudieron reprimir un estremecimiento de espanto. El pelo, aún más escaso, erguíase como claunesco tupé sobre el rostro lívido, comido de profundos hoyos. La nariz parecía destruída á medias; los labios se contraían en una mueca sarcástica sobre los dientes verdosos, y los ojos, sin el piadoso velo de las pestañas, habían redoblado su fijeza.

El primer día don Cipriano no se atrevió á decirle nada, y la Gloria reanudó sus habituales trabajos más displicente que nunca; pero al día siguiente, y como adivinase en los escasos parroquianos el mismo impulso de repulsión que había visto en sí y en el personal del café, tomó una resolución heroica. Llamó á la camarera, y después de buscar en el arsenal del pasado—aquellas bribonas de *artistas*, que pedían mucho y no daban nada, enseñaban diplomacia al más cándido—la mejor de sus sonrisas, la indicó con buenas palabras que estaba de más allí. La Gloria tercióse el mantón, y con un dejo chulesco de que parecía incapaz, empezó á vomitar injurias.

¡Corriendito que se iba! ¡Pues, hombre, no faltaba más! ¡Ya estaba ella cayendo en que una fealdad como la suya estaba chafando á aquellas *vénuses* de cromo! ¡Andandito, que la calle es ancha y las mujeres decentes estaban de sobra allí!—Y á un gesto de protesta de Arteta machacó: —¡De sobra, sí, señor, de sobra! ¡Pues qué se había creído, el muy tío, que aquélla era una casa decente! ¡Ja! ¡ja! ¡Que se apeara de su burro! Ella se iba; pero, eso sí, se llevaba por delante á su niño, á su Cayetano.

Como don Cipriano intentase oponerse, desbocóse la hembra.

¡Pues estaría bonito! ¡No faltaba otra cosa! ¡Como que iba ella á dejar al pobre ángel en aquella indecente casa de trato, para que se lo echasen á perder las roías púas que estaban allí porque les habían echado de todos los prostíbulos de Madrid! ¡Ja! ¡ja!

Ante aquella risa mordaz, el dueño del denigrado cafetín se horrorizó. ¿Dónde encontrar á tales alturas un *bailaor* con las hechuras y el *aquel* del *Niño* y que exigiese menos? A todo esto, las ofendidas señoras yacían en un charco de lágrimas que brotaron de sus ojos ante el dolor de ver su honra en entredicho. Total: que le cobraron miedo y se quedó.

Desde entonces la Gloria sentó sus reales en el cafetín con la dignidad de una reina que acaba de dominar una revolución. De pocas palabras, permanecía horas y horas silenciosa, acodada á

un velador, contemplando á los demás. Y ellos, sintiendo en sus primitivos espíritus el malestar de aquellos ojos fijos, hipnóticos, que les escrutaban con cruel frialddd, como espiando en su rostro sus ideas, sus deseos é intenciones, trataron de sobornarla, captándose su benevolencia á fuerza de obsequios; pero la esfinge permaneció desdeñosa, inabordable.

El personal artístico también había sufrido mermas, qué digo mermas, verdaderas podas. Todas aquellas mujeres de espejeantes trajes y falsificadas bellezas que desfilaron antaño por el tablado, eran sombras que poblaban las noches del señor de Arteta; todos los buenos mozos que en días lejanos realizaban maravillas con los *pinreles,* leyendas heroicas que habían muerto para siempre. ¡Quien recordara aquella danza de la *navaca,* de sabor entre macareno y parisién, que creara la fértil imaginación de la *Bella Chicharra* y el *Trianero!* Ahora el cuadro flamenco reducíase á cinco personajes: María la *Dengosa* y la *Lunarona,* en representación del feminismo; el *Niño de la Gloria,* el *Acordeón* y Pozuelo por el sexo feo.

María la *Dengosa* era la más interesante. Tenía una belleza aceitosa, de esas que rezuman pringue por todos sus poros. Su pelo negro, grasiento, brillantísimo, conservaba, pese á cierta adulteración impuesta por las modas exóticas, no sé que castiza gracia en las clásicas sortijillas; en sus ojos grandes, negros y aterciopelados lucía una

mirada húmeda, impregnada de moruna melancolía; sus labios reían con añorante amargura, y hubiese sido francamente guapa sin aquella cicatriz que mancillaba el rostro, hendiendo la mejilla de la oreja á la boca con un estigma infamante. Y sin embargo, en aquella profanadora herida cifraba la hembra un bárbaro orgullo de criatura que ha sido deseada hasta el crimen. Con nostalgia evocaba á Manolo, á su Manolo, el que, en una hora trágica de celos, la había acuchillado el rostro para luego dejarla con un gesto magnífico de príncipe que tira el juguete que acaba de romper. Y le amaba aún, á pesar de las heridas y á pesar del abandono. Era romántica. Cantaba canciones peripatéticas en que se lloraba á la madre muerta y al amante preso, las rejas de la cárcel y las siemprevivas del cementerio; leía truculentos novelones de bandidos generosos y víctimas inocentes, y recitaba versos con sonsonete llorón.

La *Lunarona* era una bestia. Alta, gorda, con grandes pechos y enormes caderas, hacía aullar de entusiasmo á carreteros y paletos. La mujerona aquella tenía un chulo ético, descolorido y esmirriado que le tundía á bofetadas, puñetazos y patadas, y al que, sin embargo, adoraba y mimaba como esos perros que lamen la mano del amo que les maltrata. Gregorito había dado de ella una gran definición en estilo cínico-canalla: «Es una bestia que tiene un alma de gata en Enero.»

De los hombres, el *Acordeón* era un *cañí* viejo,

menudo, arrugado como una pasa, que con sus ojos bizcos, su boca desdentada y su crespa pelambrera, más un vaho de suciedad que tiraba de espaldas, resultaba repulsivo. Pozuelo, el segundo de los representantes del sexo fuerte, más que entre los hombres podía clasificarse, con su joroba y sus ojillos de ratón, entre los gnomos, trasgos ú otros seres habitantes en el fondo de la tierra. Tocaba la guitarra *como los propios ángeles*.

En cuanto al *Niño de la Gloria,* casi podía incluírsele en el género neutro. Demasiado bonito, poseído de su belleza con exceso, tenía andares de ninfa perseguida, caderas de tiple sicalíptica y ojos lánguidos en que ponía miradas de prostituta callejera.

Este era el elemento fijo, como si dijésemos, los de la casa. En cuanto al elemento transeunte, formábalo aquella temporada la plana mayor del coliseo de la Esgrima. Constituía el *elenco* la Chamorro, primera actriz; miss Ofelia, convertida en Matilde Sánchez; una vieja, doña Galatea, especie de tía Fingida, trotaconventos ó bruja familiar, que hacía las veces de característica en el teatro y las de dueña ó rodrigón con Katty; Mansilla, el primer actor, un cincuentón con pretensiones de irresistible, que jugueteaba con el bastón, hablando desdeñoso de sus conquistas y epataba al vulgo con chalecos de fantasía; el barba, Mollete, un hombre fúnebre y flatulento, de cutis terroso, enorme calva, dientes amarillentos de caballo y

ojos mortecinos, especialista en chistes corrosivos, y el gracioso, Santiago Canceiro, aquejado de una dispepsia crónica que le traía siempre malhumorado.

A ellos uníase Don Mausoleo Cerote, hibridación de tahur, matón y chulo de mancebía, tipo curioso en la fama del hampa, que unas veces aparecía como *aficionado* de toros, otras como pseudo empresario teatral, algunas como corredor de laberínticos y nada limpios negocios, y otras, las más, como maestro del *chantage*. Conocía á todo el mundo y sabía los secretos de todos, sus malandanzas, sus caídas. Contaba las vergüenzas de las grandes casas, sus apuros y sonrojos, las crisis monetarias por que pasaban; los vicios de los grandes, los amorosos desvaríos de las damas y luego, cosas aún más secretas, cosas grotescas ó dolorosas en que por un momento el vicio, el alcohol ó el miedo convierten á los humanos en bestias; cosas vergonzosas y amarguísimas que duermen al amparo de la noche y de la obscuridad; historias de damas que en una hora de locura se arrojan en brazos de mercenarios que les explotan luego por el terror; grandes hombres que ruedan en el misterio nocharniego por los suburbios; caballeros que en una pesadilla de alcohol vapulean como rufianes á la madre de sus hijos, que les reprocha el caudal perdido en el tapete verde; y contaba todo con delectación burlona, gozándose en arrojar puñados de barro sobre todas aquellas cosas que eran sagradas á la luz de la mañana.

Claudio odiábale. Su innoble facha le sacaba de quicio. No podía resistir sus piernas cortas embutidas en los pantalones á cuadros, ni su rechoncho vientre cruzado por grueso calabrote de oro, ni la corbata roja en que fulguraban pedruscos. Pero, sobre todo, la cabeza. ¡Aquella cabeza! No cabía nada más innoble que el rostro apoplégico en que se entreabrían los labios grasientos sosteniendo el sempiterno puro, ni que aquella chata nariz, ni que aquel cráneo aplastado cubierto por pequeño hongo café, ladeado sobre la oreja. Y luego los ojos pequeños, fruncidos, que miraban siempre con una mirada fija, desconcertante, entre suspicaz é irónica.

Don Mausoleo parecía adivinar la antipatía de que era víctima por parte del conde de Medina la Vieja, y redoblaba su amabilidad, una amabilidad pegajosa, casi insolente de puro humilde, en que se adivinaba una gran dosis de malevolencia y que al agraciado con ella llenaba de sorda exasperación.

Hasta la llegada de Claudio, todas aquellas gentes habían dormitado en una indiferencia soñolienta. Miss Ofelia limitábase á adorar á Gregorito envuelta en un desdén altivo por sus compañeros; la *Dengosa* añoraba romántica sus muertos amores ó, languideciendo sobre un diván, musitaba versos con sonsonete monótono y arrullador que invitaba al sueño; Mansilla narraba sus éxitos de guapo chico; Mollete lanzaba envenenados dardos; Don Mausoleo contaba al-

guna gran vergüenza descubierta en uno de sus *negocios,* y de vez en cuando, poniendo una nota violenta en la gama de grises, la *Lunarona* y su amante ventilaban sus diferencias á trastazos. Y en la semipenumbra del cafetín, aquellas gentes, vestidas de cualquier modo, *de trapillo*, hablando de sus asuntos, tenían un aspecto pacífico, insulso, aburrido.

Pero desde la llegada del señor de Heliogábalo las cosas habían cambiado de raíz. El pequeño embudo que formaba el salón, embudo cuyo orificio inferior era la puerta de entrada y el superior la rotonda donde se asentaba el mostrador y el tablado, reverberaba inundado de luz; los focos voltaicos, apagados casi siempre, fulguraban rutilantes; los espejos, lavados por orden del amo, devolvían las pintorescas imágenes con una arbitrariedad convencional de capricho goyesco; desempolvadas las botellas del anaquel, ofrecían á los adoradores de Baco no sé qué misteriosos brebajes, y hasta los mármoles de las mesas aparecían, si no del todo limpios, á lo menos muy aligerados de las obscenas inscripciones que les enriquecían, haciendo de cada velador el altar de un culto fálico.

Pero, sobre todo, en lo que notábase más la diferencia era en el personal.

Aquel desgaire en el vestir, en que se atendía más á la comodidad que á la estética; aquel afectado desdén por la indumentaria, que era característico del personal del Topacio, había desapa-

recido. La *Dengosa* seguía desvaneciéndose con languideces de gata enferma, pero ponía no sé qué coquetería en su desfallecimiento, que le aureolaba de un nimbo romántico. Iba como siempre, de un lado para otro, arrastrando la pringosa cola de su bata de raso azul, pero ocultaba las manchas de café, de grasa y de vino caídas sobre el pechero de encajes, con unas rosas que se mustiaban en la viciada atmósfera del cafetín. Otra rosa, ésta de rojo trapo, ponía una nota sangrienta entre la aceitosa negrura de los cabellos, alumbrados por los fulgores de brillantes falsos, y en el rostro, enharinado de polvos, los labios, cargados de pintura, fingían sangrienta herida, mientras los ojos brillaban melàncólicos en el fondo de las ojeras trazadas con corcho quemado.

Doña Galatea lucía absurdos promontorios que pretendía hacer pasar por sombreros; Aurora, vuelta á sus tiempos gloriosos de camarera de rumbo, lucía las alburas de bordados delantales sobre flamantes blusas de colorines, subrayadoras de la magnificencia de sus hechuras; y hasta los hombres parecían tocados de súbita coquetería, y no ya el *Niño de la Gloria,* siempre fantást'co en sus altos pantalones de talle, sus chaquetillas de terciopelo y sus joyantes fajas, sino hasta el *Acordeón* y Pozuelo inventaban perfiles y alifafes hasta entonces desconocidos. Sólo la Gloria, inabordable, de codos en un velador, sonreía irónica, con su boca repulsiva y su desdén

de persona que está por cima de miserias y porquerías.

Y era que todos aquellos seres, que dormitaban seguros—aunque ellos, aparentando creer lo contrario, hablasen de sus triunfos, glorias y grandezas—de su fracaso; que todos aquellos vencidos, que incapaces de luchar se habían abandonado fatalistas en brazos de la corriente que les llevaba hacia la miseria y el hospital, acababan de ver brillar como un faro de salvación el vellocino de oro de los millones del conde de Medina la Vieja, millones que la imaginación de Gregorito Alsina había convertido en tesoro de fantástico nabab.

Presidiendo la asamblea, doloroso y grotesco, Claudio Hernández de las Torres sonreía siempre con aquella su yerta sonrisa que dejaba al descubierto los dientes de cadáver. Como un emperador remoto, erguíase su alta y angulosa figura entre el cortejo de histriones y mercenarios. Su pelliza azul, forrada de marta cibelina, abriéndose sobre la blancura de la pechera constelada de brillantes, ponía una nota de riqueza en la mísera canalla de la asamblea, y su rostro lívido, cortado de profundas arrugas, apenas disimuladas por los afeites, escalofriaba, mientras sus pupilas, frías, grises, inexpresivas como las de las estatuas, producían una inquietud de malestar.

Aquella noche había gran revuelo en el café. La Chamorro, la primera actriz del coliseo de la Esgrima, que nunca dignábase descender hasta

sus compañeros, engreída en su doble y preclara condición de primera actriz y querida del empresario, habíase dejado caer por allí, hecha un brazo de mar, en compañía de su amante. Ya era la segunda vez que desde la llegada de Claudio acudía á la antes desdeñada tertulia. Acacia Chamorro era una mujer vulgar. Guapa en el sentido que el vulgo entiende la palabra, alta, opulenta de carnes, abundante cabellera castaña sobre estrecha frente cobijadora de dos grandes pupilas garzas, tenía el cutis basto, sin que la espesa capa de polvos ocultase sino á medias su tosquedad, y los labios, rojos y carnosos, que al sonreir mostraban una dentadura ni muy perfecta ni muy blanca y de dudosa limpieza. Vulgar hasta en sus deseos, ni aun soñaba con llegar á las cumbres de la celebridad ó la fortuna; contentábase con los fáciles aplausos del *cine,* cuatro trapos y cuatro joyas de relumbrón, un bienestar ramplón para el presente y *un pasar para el día de mañana.* Vivía amancebada con el empresario, un hombrecillo lúbrico y apoplégico que babeaba sobre ella sin cesar y amoratábase de celos á poco que ella hiciera; é infatuada con su divino papel, creíase superior en todo á sus compañeros, superior en talento y en belleza, y con la falta de delicadeza de los seres ineducados, no perdía ocasión de contrastar la supremacía, no contentándose con lucir ella, sino estableciendo comparaciones que chafasen á los demás. No hablaba sino de sus éxitos, de los papeles que iba á estrenar en futu-

ras obras que los autores escribían *especialmente* para ella, de sus trajes de quinientas pesetas y sus sombreros y de un proyectado viaje á París.

Claudio no la podía aguantar; en sus clasificaciones de la fauna social en que ahora vivía, colocábala entre las *gallináceas vulgares*. Sus pretensiones, su afán de deslumbrar y aquel empeño de metérsele por los ojos, le sacaban de quicio. En cuanto á sus compañeros de teatro, odiábanla cordialmente, y así, no bien hubo salido aquella noche del café, los mismos que por imperiosos mandatos del estómago, en su presencia sonreían y aparentaban admirarla, cayeron sobre su honra como manada de buitres feroces.

¡Era una tía! ¡Habráse visto! ¡Hacía falta desvergüenza para plantarse allí con el vejestorio á cuestas y en sus mismas narices ponerse á hacerle cucamonas al conde! Pues, ¿y el grandísimo cabrito desollado del queridango, que lo consentía?

—Si es que no lo nota. Dios pone una venda... —objetó con buen sentido Mansilla.

—Los hay que nacen ya con cuernos—dejó caer sarcástico Mollete.

—Es—corrigió Aurora—que está *cegao*. Pero lo que es esta noche, bien que se cabreaba.

—Ni que tuviese cataratas en la vista.

—¡Porque lo que es el grandísimo pendón de la Chamorro no se recataba para poner los puntos al otro delante de él!

Comenzaron á hablar de la actriz ausente chillando todos á un tiempo, diciendo enormidades é

incongruencias. ¡Pues podía quejarse la muy...! Con aquella cara de pánfila, ¡y haber encontrado protector que, además de hacerle una carrera, la daba muy buenos cuartos, y eso sin contar trapos y regalos!

—Si es que es una ansiosa—insinuó la *Lunarona* con la espiritualidad característica en ella—. No tiene bastante con uno y quiere dos.

Y la *Dengosa,* siempre romántica y sin acordarse de la calva lúbrica, la cara de mico y la boca babosa de don Florentín, suspiró:

—¡Engañar á un hombre tan bueno!

Los otros rieron y siguieron disputando. Con la falta de delicadeza del medio, olvidaban la presencia de Claudio allí, y establecían comparaciones, hacían paralelos entre él y el empresario, loaban sus millones y parecían batallar groseramente para librarlos de las garras de la Chamorro, y llegaban casi á la conclusión de que no era justo que quien tenía ya una presa, y buena, hiciera otra aún.

Claudio les oía con una sensación extraña, algo así como si después de muerto pudiese ver las luchas de deudos y parientes disputándose la herencia. Creíase un despojo desgarrado por los cuervos.

Estaba allí por miss Ofelia, refugiada hoy día bajo la más vulgar personalidad de Katty Sánchez. No la amaba, ni aun sentía interés por ella. Roto el prestigio de su extraña personalidad de funámbula, obligada á vulgarizarse por su nuevo

trabajo, ni aun el encanto meramente cerebral de su personalidad conservaba. No sentía Claudio ni siquiera la curiosidad de asomarse á aquel alma, que sabía llena de cieno como tantas otras almas á que se asomara antaño. La deseaba. He ahí todo. Cuando estaba lejos de ella, su inquietante imagen (bajo el peinado vulgar y el atavío pobre de Katty Sánchez, lucía aún la mortuoria palidez y los ojos de misterio de miss Ofelia, y alguna vez, en lugar de la sonrisa de ingenuo de una Rosita ó una Clotilde, desgarróse el sarcasmo de aquella sonrisa torturada de poseída), la olvidaba, pero á su lado temblaba de deseo. La comedianta, con su presencia, reavivaba la llama; con sus negativas la impedía apagarse.

El tedio le arrojaba á las playas de aquella Citerea canalla y la impenetrabilidad de la histrionisa mantenía su anhelo exasperándolo. «Creo—había dicho el conde de Medina la Vieja á Gregorito Alsina—, creo que si se me hubiese entregado el primer día, á estas horas la habría olvidado; pero ahora ya la necesito y siento que llegará á ser para mí lo que la morfina para los morfinómanos; en los ratos lúcidos la execran, pero no pueden vivir sin ella.» Como si Katty hubiese adivinado, manejábale á maravilla. A sus galanterías de un principio opuso helada amabilidad; á sus ofertas luego, la negativa; á los sarcasmos en que le acusó de entregarse siempre al primer venido, una risa amarga y algún cínico comentario. Pero no cedió. Mientras los demás modificaban su in-

dumentaria, sus costumbres é intentaban corregir sus gestos y hasta su modo de hablar, en honor del huésped, ella seguía vistiendo el modesto traje de paño negro con almidonado cuello, que le daba aspecto de doncella de buena casa ó de profesora de colegio modesto, y en su cara lívida no se veía ni huella de los afeites que forzosamente había de usar en escena. Y justamente aquella modestia servía para subrayar el macabro encanto de su persona. El fino tejido marcaba su osamenta como si sólo un esqueleto guardase dentro; la negrura servía de contraste á la cerúlea palidez del rostro y hacía resaltar las manos imposibles de aparición.

Tampoco en lo moral parecía poner interés en ocultarse, y de vez en cuando dejaba caer una frase cruda que hacía referencia á su vida azarosa, á sus caídas motivadas por la necesidad, á sus amantes de una noche. Y lo decía con fría crueldad, exhibiéndose á la vergüenza, sin pena ni arrepentimiento. ¡Y aquella mujer se le negaba tercamente!

Los demás seguían discutiendo y Medina la Vieja, harto de verse sobre la mesa de disección, trató de cambiar el curso de conversar, y para ello encaróse con Cerote y murmuró no sé qué vaciedad.

El otro le esperaba. Desde principio de la velada acechaba la ocasión de asestarle un dardo envenenado y al mismo tiempo hacer sus pruebas para saber á qué atenerse en ciertos planes que

sobre el señor Heliogábalo venía fraguando y que creía altamente ventajosos para su bolsillo.

—¿Usted conocerá á la condesa de Puente, eh? — interrogó. Y á un gesto afirmativo de Claudio reanudó, mejor dicho, comenzó su historia:

—Pues yo sé de ella cosas... que ¡ya! ¡ya! Eso sí, como no se ponga en razón va á tener que sentir.

Como Claudio callase, aburrido de ver el nombre de su amiga sacado á pública vergüenza en aquel lugar y entre aquellas gentes, y al mismo tiempo deseoso de saber en qué iba á parar aquéllo, Don Mausoleo reanudó:

—¿Pues con quién dirá usted que ha ido á meterse la muy... loca? Con un acróbata que trabajaba en Parish el verano pasado, Charles Dyck, uno medio inglés, medio alemán, guapo él, rubio, con el pelo rizado y los dedos llenos de sortijas. Pues está loca, loca perdida por sus pedazos. Y el otro ¡claro! se deja querer. Le está costando un riñón... ¡Vamos—añadió groseramente—, que lo que es la aristocracia está buena, pero buena!

Medina sentíase exasperado. Sin embargo, como no quería dejar vislumbrar su ira, callaba. Los otros cayeron sobre la presa.

¡Sí! ¡Sí que estaba bonita la aristocracia! ¡Tantos humos, y luego, por dentro, roña y podre! Todas aquellas señoronas que andaban por ahí dándose postín con la monserga de la honradez,

y de la virtud y de la nobleza, luego, si se iba á ver...

—Porque si yo fuese á contar todo lo que sé... sería el cuento de nunca acabar... ¡Si las cosas que pasan de cinco á siete en este Madrid! Prefiero callarme.

Claudio lo prefería también, exasperado como estaba de ver en boca de tales gentes la honra de personas á quienes no eran dignas de descalzar; así que, para variar el curso de las cosas, propuso:

—¿Pero qué? ¿No se baila ya hoy?

—Ahora mismito—ofreció el *Niño de la Gloria,* poniéndose en pie de un salto, contento de lucir sus hechuras toreras.

—¡*Vamo* allá!—suspiró la *Dengosa,* incorporándose con desperezos de gata.

Pozuelo punteaba en la guitarra. A su lado, sentados en fila, los demás del cuadro flamenco palmoteaban; el *Acordeón* azotaba con un palitroque el travesaño de su silla. Después de una pausa, el *Niño* carraspeó, escupió con singular elegancia, estiró el cuello, sacó la cara y comenzó:

A una ciega dí limosna
Porque me dió mucha pena.
Luego te vi á ti con otro
¡Y tuve envidia de la ciega!

—¡Ole! ¡ole!

—¡Ay, mi niño!

El cantador se enardecía:

Por una mujer traidora,
Por una mujer traidora,

—¡Ole! ¡ole!
—¡Anda, mi niño! ¡Duro ahí!

Por una mujer traidora
Pené en Ocaña diez años;
Por una mujer traidora
¡Lloro yo mis desengaños!

La *Dengosa* se alzaba de su silla lentamente y avanzaba lánguida hacia el centro del tablado; allí se detuvo un instante, retorcióse como presa de oculto mal, pegó un zapateado que subrayaron las palmas é irguióse en un paso de danza inverosímil. Envuelto en los pliegues de la bata azul, su cuerpo, de lascivas curvas y blanduras excitadoras, ondulaba sabiamente al compás del castañeteo de los dedos, alzados al nivel de la cabeza, ladeada sobre un hombro. Bajo los sucios encajes, los senos temblaban levemente, y las caderas giraban en voluptuoso espasmo mientras los pies, sin moverse apenas del suelo, trenzaban raros arabescos.

La guitarra gemía voluptuosidades. Era la música lasciva y triste en que quedó prisionera el alma mora al emprender el éxodo la raza errante; música llena de pena y de lujuria, de sangre y

de sol, de luna y de lágrimas; música que decía de mujeres desfallecidas de amor en Alhambras de ensueño, de bocas que se fundían en las noches azules entre el suspirar de una fuente y el aroma de los naranjos en flor.

Mientras el cuerpo de la bailadora oscilaba con lentitudes de amoroso espasmo, en el rostro, cobijado por la aceitosa masa de los cabellos, los ojos languidecían y la boca húmeda jadeaba una sonrisa. De pronto las palmas redoblaron, el guitarreo se hizo más vehemente y la *Dengosa* vibró toda en un postrer espasmo.

Aplaudieron. Había estado *pero que muy bien.*

Ahora llegábale la vez á la *Lunarona.* Sus curvas enormes, agresivas, destacábanse bajo los hórridos colorines de un pañuelo de talle de crespón bordado; la corta falda dejaba al aire unas pantorrillas de luchador sustentadas por unos pies de gallego, y los rojos corales que ceñían el cuello hacían resaltar el rostro sin expresión.

Comenzó. Cada paso que daba hacía retemblar el tablado y aun el café entero con oscilaciones de terremoto; copas y botellas danzaban estrepitosamente y parecía que de un momento á otro los anaqueles, cargados de licores, iban á venir abajo.

En aquel momento abrióse la puerta y todos, llenos de asombro, vieron entrar, por segunda vez aquella noche, á la Chamorro. Ahora no traía sombrero, ni venía con ella Don Florentín. Llegaba de trapillo, con un gabán de paño gris y una cin-

ta azul alzando sus cabellos; por acompañante remolcaba una criada.

Acercóse á la mesa con afectadas risas y gran jaleo de broma, tratando á sus compañeros con una fingida camaradería, á que no les tenía ciertamente habituados.

¡Cabeza como la suya! ¡Pues no había perdido su saco de mano! Y se le había metido entre ceja y ceja que lo había dejado allí.

—Pues aquí no está—formuló secamente Katty.

Los demás aparentaron buscarlo con aparente interés, mientras cambiaban entre sí guiños y sonrisitas irónicas y disimulaban con carraspeos sus rabiosas ganas de reir. Pero la recién llegada no se dió por aludida ni de lo uno ni de lo otro, y rió bromeando:

—Pues nada, lo perdí. ¡Paciencia!

Como los demás no le hiciesen sitio, no por eso se apuró:

—¡Vaya! Pues ya que estoy aquí me quedaré un ratito. Así como así no tengo ni pizca de sueño.

¡Como que iba á irse después de haber sostenido una batalla con Don Florentín, que se empeñaba en subir, y á quien le costó Dios y ayuda convencer de que padecía una horrible jaqueca!

Doña Galatea, exasperada con la presencia de la intrusa, que iba á disputar á su dueña y señora la preciada conquista del conde de Medina la Vieja, lanzó contra ella un dardo envenenado:

—Ya se ve que viene de incógnito. Ni pieles ni sombrero...

—Como estaba á medio desnudar...—objetó la otra poniendo cara de pánfila—. No valía la pena ponerme el sombrero.

—Claro, aquella hermosura de plumas... sería lástima.

La Chamorro creyó adivinar cierta ironía en el elogio y se sintió picada:

—Hija, cuarenta y siete duros pagué por él.

—¡Bah! — formuló desdeñosamente la trotaconventos—. ¡Qué es eso para usted!

¡Con que esas había!—pensaba la cómica rabiosamente, al sentirse blanco de la hostilidad de sus camaradas—. Ahora verían ellos lo que era bueno y la diferencia que va de una primera actriz á toda aquella morralla.

—¡Ay, Katty!—formuló con un tonillo de superioridad protectora, que á la otra la supo á veneno—. Déjeme sitio junto al conde.

Miss Ofelia se mordió los labios sintiendo un deseo loco de darle un trastazo y no se movió. Pero Mollete, adivinando la ira de la segunda actriz, y encantado de poder hacer algo para mortificarla, apresuróse á dejar su sitio á la recién llegada.

Exasperada ésta por el incorrecto proceder de su inferior jerarquía, y sintiéndose ofendida en su doble vanidad de mujer y de superior, redobló sus coqueterías con Claudio decidida á conquistarle.

El señor Heliogábalo sentíase aturdido ante la inacabable charla de aquella nueva adoradora, y mareado por su juego de miradas y sonrisas, la escuchaba vagamente sin prestar atención á sus palabras. Pero sus ojos tropezaron con los de la funámbula que, como dos espadas, se clavaban en la rival, y comprendió que estaba celosa. Entonces comenzó á su vez un juego de sonrisas y buenas palabras con su adoradora que, encantada creyendo próximo el éxito que coronaría su empresa, redoblaba sus esfuerzos.

Katty se puso en pie:

—Yo me voy. ¿Me acompaña usted, conde?

Su voz era fría, decidida. Sus pupilas de sombra clavábanse en el señor Heliogábalo con una promesa resuelta de claudicación.

Alzóse él de su sitio y, abrochándose el abrigo ofreció:

—Sí; voy con usted.

Y tras algunas despedidas salieron, seguidos de doña Galatea, dejando á la Chamorro presa de sorda exasperación.

Ya en la calle dieron algunos pasos, y Katty se detuvo.

—¿Pero has visto qué pécora?—murmuró con concentrada ira, encarándose con su celestina.

—¡Ya! ¡ya! ¡Qué tía gorrina!

—¡Puerca! ¡Más que puerca! ¡Ladrona! ¡Hija de mala madre!—clamó irritada la cómica.

La dueña coreó á su señora:

—¡Perra! ¡Perrona, que anda detrás de los

hombres como si no le bastase el grandísimo cabrón del queridango!

—¡Ay! ¡Si estoy volada! ¡Se me pasaban ganas de arrancarle el cochino moño, que no es suyo más que porque se lo ha comprado á la peinadora—. Luego, para disimular ante Claudio su ira y borrar la mala impresión de aquel pronto, en que había dejado asomar á los labios parte del fango que atesoraba en su pecho, murmuró:

—Perdona; pero es que te quiero y no puedo ver que esa mujerzuela te ponga los puntos.

En la obscuridad de la noche, una sonrisa de ironía amarga crispó los labios del señor Heliogábalo. ¡Bah! ¡Qué le importaba! En su peregrinación por la vida había buceado en demasiadas almas para asustarse ante un poco de fango. Sabía que él no era sino una presa, un cadáver que se disputaban las hienas. Así y todo, la deseaba, la deseaba rabiosamente.

Ella se encaró con su amiga:

—Bueno, vete. Yo me quedo con el conde.

Claudio interrogó:

—¿Dónde vamos? ¿A tu casa?

—¡A mi casa!—rió ella—. Mi casa es una casa de huéspedes infecta, con paredes de papel que dejan oir todo.

—Es que á la mía...

—Ya sé; no hace falta que lo digas. Tu casa es demasiado.

Creyó leer cierta ironía rabiosa en las palabras de la cómica, é iba á rectificar, pero ella no le dejó.

—Yo conozco una aquí cerca—atajó Katty—. No es muy limpia ni muy elegante; pero á lo que vamos...

¡A lo que vamos! Le placía en aquella criatura el frío cinismo, la desgarrada crueldad con que trataba ciertas cosas, la ausencia de falsos sentimentalismos que intentasen velar la crudeza del deseo. Estaba demasiado harto de que en las alcobas de mancebía le contasen historias románticas, truculentos dramas, desgracias implacables. Las flores de candor caídas en el fango, que después de llorar la perdida pureza acababan pidiéndole diez duros, le aburrían.

Caminaron por los callejones silenciosos, envueltos en medioeval prestigio por la evocadora caricia de la luna. Cruzaron ante un cafetín, al través de cuyos empañados vidrios veíanse formas confusas, grisosas; penetraron después por una travesía lóbrega, á cuyo fondo una mujer hablaba con un chulo.

Iban silenciosos. Claudio, apoyado en el brazo de la cómica, temblaba de deseo. De vez en cuando sus ojos buscaban el rostro de ella y lo veía con su blancura de hostia entre la negrura de la piel que defendía su garganta del aire helado de la noche.

Al pasar por un espacio más despejado, la obsesión que junto á ella le inquietaba turbó su espíritu.

—¡Cecilia!—murmuró quedamente.

Ella no contestó y prosiguió la marcha. Al fin,

en una calle en cuesta, empedrada de imposibles guijarros, se detuvo ante una casa de miserable aspecto y llamó al sereno.

El hombre del chuzo encendió una larga cerilla, entregándosela á la mujer; miró curiosamente al elegante caballero que tales lugares frecuentaba, y alejóse calle abajo.

Una bocanada de aire mohoso, complicado con terrible olor á podre, á miseria y á cocina humilde, les dió en pleno rostro, mientras resueltamente avanzaban por el portal estrecho y largo, de enyesadas paredes cubiertas de grandes manchas de agua. Enfrascáronse en una escalera tortuosa de altos peldaños, que crujían á su paso. De vez en cuando Claudio apoyaba la mano en la pared para no perder el equilibrio, y la retiraba en seguida, estremecido por la viscosa sensación de humedad. Al fin, en el piso segundo, se detuvo Katy ante una puerta de cuarterones pintada de azul; tiró de una cadena que hizo repicar lejana campanilla, y dejó caer la cerilla, que le quemaba ya los dedos.

En la obscuridad esperaron largo rato.

—Estará durmiendo ya la Sinforiana—murmuró la histrionisa, y volvió á tirar de la campanilla. Ahora se oyeron al otro lado de la puerta pesados pasos, como de una persona que anda en chancletas; descorrióse la mirilla, y una voz malhumorada preguntó:

—¿Quién va?

—Yo.

Oyóse ruido de cerrojos, abrióse la puerta y en el dintel apareció, alumbrada por la temblorosa claridad de una vela, una mujer. He dicho mujer porque de algún modo tenía que llamar al cetáceo con falda y blusa que hacía veces de hermana tornera. Si no vieja, avejentada, gorda, fofa, enorme, con pechos que colgaban apenas sostenidos por liviana blusa de percal, que abierta ahora dejaba ver cosas que el pudor aconseja velar, estaba, eso sí, muy repeinada, y aunque el sueño había hecho estragos en el artístico edificio capilar, aún conservaba éste la altiva belleza de las ruinas clásicas. Al ver á la Sánchez, el mastodonte, puesto en jarras, prorrumpió en grandes extremos de asombro:

—¡Jesús, y qué horas! ¡Hija, ni que...!

Calló porque acababa de percibir á Claudio. ¡Cristo, y qué tío más elegante traía la buena pieza de la cómica! ¿Dónde pescaría ella? ¡Ya! ¡ya! ¡Gancho necesitaba aquel carcamal!...

Un conflicto realmente peliagudo acababa de turbar su conciencia: ¿y á dónde les colocaba? Porque la prójima estaba bien en cualquier parte ¡para la gente que solía llevar!; pero él... Lo peor era que las dos alcobas mejores estaban ocupadas.

—El caso es—balbuceó—que la alcoba de la sala y el gabinete están ocupados y no queda sino la del pasillo.

—¡Bah! Cualquier cosa está bien—murmuró con dejo de cansancio Katy.

La Sinforiana la contempló pasmada. ¡Qué criatura! ¡No sabía lo que se traía entre manos! ¡Y que siempre había de ser la misma! Mucho entusiasmo con los obrerillos y los chulillos que ella llevaba allí y que le costaban el dinero, y en cambio, cuando tropezaba con un señor serio, una cosa como Dios manda, aquella displicencia para que viesen que estaba como de mala gana.

Ya en la alcoba, la componedora salió dejándoles solos, alumbrados por la bujía. El cuarto era un cuarto de mancebía, sucio y triste. Junto al techo, un ventanillo servía de único respiro. Las paredes revestidas de un papel obscuro, arrancado á trechos, tenían por sólo adorno un cromo representando la Dolorosa con el corazón atravesado por siete puñales. El suelo, de ladrillos rojos y amarillos, estaba cubierto, en parte, por una estera de cordelillo. En un rincón, un lavabo de madera y encima un espejo, una de esas absurdas lunas que fingen las más extrañas deformaciones. Ocupando la mayor parte de la habitación, alzábase la cama de hierro cubierta por rameada colcha de percal.

La cómica había comenzado á desnudarse. El conde de Medina la Vieja, sentado al borde del lecho, interrogó, más por curiosidad que por otra cosa:

—¿Te conocían ya aquí?

Ella sonrió poniendo en su sonrisa una leve nostalgia, y con su voz impersonal musitó:

—He amado mucho en este cuarto.

Claudio tornó á interrogar:

—¿Amado ó deseado?

—¡Bah!—suspiró Katy—; ¿qué más da? Es tan bueno desear, ser deseado, ¡sobre todo ser deseado!, que en ese momento se ama—. Luego, como si olvidase la presencia de su amante y hablase para sí misma, murmuró con voz pastosa llena de desconocidas inflexiones de cálida entonación pasional:—Desear... ¡Qué hermosa es la vida cuando vive en ella el deseo! ¡Qué hermoso sentir á nuestro lado la juventud, la fuerza!

—Pero no nos damos cuenta de que vivimos hasta que empezamos á morir—gimió el señor Heliogábalo—. La vida es como todos los bienes: no nos hacemos cargo de ellos hasta que los hemos perdido.

—Pero el deseo—prosiguió miss Ofelia continuando con el hilo de sus ocultos pensamientos—, es lo único capaz de hacernos felices; lo único bastante fuerte para hacer callar nuestro pensamiento.

Mientras hablaba se iba despojando del traje de calle. Desnudábase sin coquetería, con un impudor frío que hacía aún más odioso y menos poético aquel acto que, como tantos otros inoportunos, parece colocado en la vida para romper el encanto de los sueños y hacernos avizorar cosas odiosas que quedarían confusas en el impulso de la pasión. Desnudábase ni deprisa ni despacio, arrojando las prendas de su pobre ajuar sobre la silla colocada á los pies de la cama.

Claudio habló:

—Por eso te he deseado. Porque evocas en mí la imagen del único verdadero deseo (amor lo llamaba entonces) que ha habido en mi vida. Eres como el cadáver de una mujer querida que se alzase de la tumba para venir á ofrecerme una hora de pasión.

Desnuda del todo se ofrecía á él. Parecía más alta así, con una delgadez translúcida de fantasma. Su osamenta marcábase en la piel de marfileña blancura, y en su ademán de oferta tenía extraña semejanza con esas figuras de pecado que historian la narración de las tentaciones de los santos ascetas en los cándidos infolios minados de la Edad Media. El rostro lívido crispábase en una sonrisa dolorosa, y en la profundidad de los ojos inmensos dormía el misterio del más allá.

Claudio invocó la aparición:

—¡ Cecilia ! ¡ Cecilia !

Nadie contestó. Miss Ofelia tendióse sobre el lecho, que crujió.

Después, entre los brazos del esqueleto, sumidos en las tinieblas, Claudio tornó á gemir:

—¡ Cecilia ! ¡ Cecilia !

Un gato negro puso los fuegos fatuos de sus ojos en el cristal del ventanillo.

V

EL NOVENO CÍRCULO

Il cherchait dans le gouffre au la raison s'abime
les secrets de la Mort et de l'Eternité,
et son âme au passait l'éclair sanglant du crime
avait le couchemar de la perversité.

MAURICE ROLLINAT

—¡Lo que tarda Gregorito esta noche!—formuló impaciente Claudio.

Los ojos de Katty fijáronse en la puerta por centésima vez. Tampoco. Era Cristián Alvareda, el poeta de helenismo exquisito, el autor de *La Canción de Bitilis,* que entraba acompañado del *Salaíto,* un torero de invierno más ducho en lides de amor que en taurinas lides, mejor lidiador de las bellas habituales de las calles de Jardines y Tudescos que de los moruchos de Vista Alegre y Tetuán.

Claudio, que no quitaba los ojos de su querida, sorprendió un gesto de impaciencia en el rostro pálido de la histrionisa.

¡Su querida! ¿Pero es que realmente podía llamarla así? Entre ellos no existía ningún verdadero lazo de unión. La cómica habíase limitado á aceptar los hechos consumados; pero ni exigía deberes de él, ni le reconocía derechos. Había sido leal, tratando con femenina habilidad de engañarle de la única manera que aquel hombre podía ser engañado: con la verdad. Habíale contado su vida, parte á lo menos de su vida, dejando en el misterio el remoto pasado, aquel que para Claudio significaba la duda, y con sencillez, sin recatarse, sin falsos pudores, sin escrúpulos sentimentales, narróle sus caídas, sus tristezas, sus vergüenzas, y más aún sus vicios, sus pasiones, el ansia de amor, de juventud, de fuerza, de vida, que le arrastraba á todas las abyecciones. Y el conde de Medina la Vieja veía en tales torturas como un reflejo de sus propias torturas, y en la voz que se desgarraba hablando de la tristeza inmensa del amor tardío, como un eco de su propia voz. Sus noches de amor eran una mezcla extraña de lujuria y de tristeza, una voluntaria tortura en que, fatigados los cuerpos, las almas complacíanse en poner de manifiesto todas las abyecciones, todas las miserias, todos los ludibrios, en revolcarse en el fango de las monstruosidades morales.

Dos lazos ataban á Claudio á aquella mujer: el deseo y el aburrimiento. Desearla, la deseaba con sensualidad enfermiza, refleja, más cerebral que efectiva. Pero sobre todo le atraía su vida, la vida

borrascosa en que había naufragado mil veces. ¡Ah, cómo amaba aquella vida! ¡Cómo deseaba vivir la azarosa existencia de los aventureros! No como lo había hecho, en turista que cruza por una ciudad desconocida conducido por un guía, sino vivirla de verdad, sentir en ella, amar y odiar, desear hasta el crimen y ser deseado hasta la brutalidad. Y la existencia en que se le antojaban reales todos los valores—amor, odio, amistad, arrojo, cobardía—, la existencia á que mil veces se asomara, era el abismo que le atraía. Nunca consiguió verdaderamente su deseo; al pasar entre los miserables no fué un amante, un hermano, un amigo ó un cómplice; fué siempre el conde de Medina la Vieja, el hombre cargado de millones y de vicios á quien había que explotar.

Ahora, en la atmósfera canalla del cafetín, gozaba un acre placer. Le gustaba observar á todas esas gentes; estudiar sus ardides de salvajes; descifrar sus malos deseos, sus ambiciones incoherentes; sentir con sus sentimientos violentos, primitivos; juzgar con la extraña moral que hacía un culto de la fuerza, de la habilidad, de la picardía; ver brotar en su corazón un sentimiento de lástima por un dolor, y al mismo tiempo madurar en su cabeza un plan para explotar la compasión que despertaría en el corazón de los demás.

La variedad de aquella corte de pícaros, de hampones, de traspillados, de chirles, de zurcidoras de gustos, buscadoras de amor, verdadera corte de Heliogábalo, le divertía.

Realmente aquella noche había un lleno. La noticia de la constante presencia en el *Topacio* del estrafalario personaje, pero sobre todo la fama de su liberalidad, del generoso convidar á todo el mundo, que Gregorito Alsina, en funciones de maestre de ceremonias, prodigaba, había atraído allí un público de vividores y aventureras que divertía sobremanera á Claudio. Cómicos sin contrata, toreros de invierno, literatos chirles, de los que entretienen su hambre posando de genios incomprendidos con un soneto á la luna en el bolsillo, Thais envejecidas, Aldonzas de pacotilla, sentaban sus reales en el cafetín y engañaban su hambre con engrudo bautizado de chocolate y medias tostadas untadas de sebo. Además de este contingente que traía la señora Fama, cada cual aportaba el suyo. Así, el baroncito de Roncesvalles, que seguía hablando de sus millones, de sus timbres de nobleza, de sus tíos, siempre atalayados en los fantásticos castillos, hacíase acompañar de un señor anciano de sospechosa facha, á quien presentó allí como un amigo de Bilbao, y Cristián Alvareda presentóse con el *Salaíto*.

Para no ser menos, don Mausoleo Cerote, siempre amable, con aquella pegajosa amabilidad llena de malevolencia que sólo se traslucía en un sonreir burlón de sus pupilas, deseoso de complacer, á lo menos eso aseguró él, al generoso anfitrión, y sabedor de su curiosidad por las gentes sospechosas, había llevado allí unos tipos, no ya, como tantos otros frecuentadores de tal lugar, de los

que bordean el Código penal, sino de los que penetran francamente en sus cercados.

Eran los tales Anselmo *el de la Onda* y el *Triquitraque,* carterista de postín el primero, chulo de mujeres, con una condena por homicidio el segundo. Allí estaban ambos con sus coimas, dos reales hembras del Avapiés. Ellas eran mozas de *trapío,* morena la una, con tipo de madrileña neta; rubia la otra, más fina y delicada; pero las dos de firme repujado y castizo donaire, lujosas en su popular atavío, ostentando fantásticos peinados, ricos mantones alfombrados y sortijas relampagueantes. Tampoco faltábales nada á los galanes de lo que constituye el credo de la elegancia chulesca, ni la rica pelliza, ni la chalina de seda, ni la gorrilla ladeada, ni la puntiaguda bota de charol. Con fanfarronería de gallos de corral reían y bromeaban con las pelanduscas, y de vez en cuando colocaban un comentario, un chiste ó un timo á la moda, en el general conversar.

Pero, pese á la alegría que parecía reinar allí, notábase en el ambiente una sorda inquietud, algo que se traslucía en miradas furtivas á un rincón del local, en tal cual palabra cambiada en voz baja ó en un chiste que se malograba, y sobre todo en una indiferencia fingida y cuya falsedad denunciaban la violencia de las risas intempestivas, la brutalidad de algunos chistes, los gritos excesivos, la brusquedad de los gestos, el desdén que sin venir á cuento mostraban por el peligro; en una palabra, todas aquellas cosas incoherentes

que hacían para ocultar bajo una falsa serenidad el malestar que sentían.

Era causa de tal inquietud la presencia, desde hacía largo rato, en el local de dos tipos que á la legua denunciaban su procedencia policíaca. Teníán los tales ese sello que ciertos oficios imprimen en las gentes, por el cual, aun vestidos como todo el mundo, se les reconoce. Este sello que da lugar á que, ataviado de paisano, adivinemos al militar, al cura ó al torero; la falta de habilidad de nuestros policías, la pobreza misma de sus salarios, que les impide poseer una tranquilidad de bienestar, y sobre todo la gracia, un poco bárbara, de la gente del bronce, que les lleva á diferenciarse enormemente de los honestos burgueses de la clase media, hace que en los sitios maleantes de Madrid sea notada inmediatamente la presencia de los policías, que á su vez contribuyen cuanto pueden á tal resultado con miradas atravesadas, gestos cabalísticos y cabildeos misteriosos.

Claro que, dada la clase de público reunido en el café flamenco, la presencia de los sabuesos fué muy mal acogida. No sólo el *de la Onda* y el *Triquitraque,* que probablemente tendrían cuentas que arreglar con la Justicia, sino en los demás que vivían en los linderos de la ley la mayor parte del tiempo, producían los representantes del orden un cosquilleo desagradable.

Al mismo conde de Medina la Vieja molestábanle sobremanera; no que los temiera (sabíase muy

por encima de tales peligros), sino porque la impertinente curiosidad de aquellas gentes, y sobre todo la incomodidad que sembraban entre sus amigos, producíale una sorda irritación. Además recordaba sin querer la cínica máxima de Lord Findeloore, un inglés á quien le unió gran amistad en Monte-Carlo: «Entre los ladrones y la policía, me quedo con los ladrones.»

—¡Lo que tarda Gregorito!—repitió.

La cómica parecía inquieta:

—¿Estará malo?

Como para dar la respuesta entró el aludido. Parecía preocupado. El, de común tan bullicioso, tan alegre, tan exagerado en sus entradas sensacionales, llegaba aquella noche con cara fosca, mirando á un lado y otro. Sin pararse como solía á saludar á éste y aquél, encaminóse á la mesa de sus amigos. Como Claudio sentábase entre miss Ofelia y la *Dengosa,* y Cerote había tenido buen cuidado de cerrar la salida instalándose en una silla junto á la *bailaora,* el recién venido colocóse al lado de la cómica y hablóle un momento al oído. Ella se puso aún más pálida y miró ansiosamente á Claudio. El conde comenzaba á preocuparse; el rostro pueril de Gregorito, cargado de nubes, le inquietaba pasajeramente, sabiendo su trivial ligereza; pero el tinte lívido de su querida decíale más. No era ella mujer para inmutarse; para que esto sucediese tenía que haber graves motivos. No atreviéndose á preguntar, fijaba los ojos en los de Katty, esperando una explicación.

La histrionisa propuso:

—Vámonos.

—¿Ya?

Desconsolada la *Dengosa* ante el fracaso de un baile nuevo que en honor de tan eximios huéspedes preparaba, suplicó:

—Esperen un momentito, que voy á bailar *argo* que *e* la *chipén*.

Claudio cedió casi:

—Si tú quieres aguardar diez minutos...

Miss Ofelia insistió:

—¡Me duele tanto la cabeza!

—¡Bah! No será nada. Con la distracción del baile se le pasa—intervino don Mausoleo.

—Vamos—insistió casi suplicante ella.

Claudio, impulsado por el ruego de Katty, pero más aún por la extraña intervención del aventurero, se puso en pie.

Era ya tarde. La puerta abrióse con estrépito y apareció en el dintel la fachendosa persona del *Pachón*. Detúvose un instante, como si estudiase el lugar ó buscase algo, y luego, percibiendo á la Sánchez, encaminóse á ella. Estaba borracho, ó á lo menos lo aparentaba; pero, para un buen observador, sus pasos unas veces eran demasiado vacilantes y otras en exceso firmes; su rostro parecía sereno, y en sus ardientes pupilas de moro no había ni sombra de vaho alguno que enturbiase el brillo.

El café entero, interesado por su brusca entrada, seguía atentamente sus movimientos, con la

vaga esperanza de hallarse en presencia del protagonista de un drama que iba á cortar la monotonía de la velada. Don Mausoleo apenas pestañeó; una luz de satisfacción pasó rápidamente por su rostro y luego ocultóse tras impenetrable careta de beatífica ignorancia. En cuanto á los dos sabuesos, habíanse incorporado con ademán de atención y estaban á la expectativa.

El picador llegóse ante la mesa que ocupaba su ex querida, y allí, calmosamente, con falsa tranquilidad presagiadora de tempestades, echóse de un golpe el cordobés negro hacia el cogote, dando libre salida á los negros rizos, más crespos y turbulentos que nunca; apoyó una mano en el tablero de mármol y la otra en su cadera, y con voz bronca, pero sonora y no exenta de tosca armonía, saludó, encarándose con ella:

—¡Hola! ¡Y poquitas ganas que tenía yo de to· parte, prenda!

En el pequeño local hízose un silencio de muerte y todos los ojos volviéronse hacia los protagonistas de la escena.

El *Pachón,* olvidado de su pseudoborrachera, permanecía firme, plantado ante la mesa, á plomo sobre las fuertes piernas de centauro, erguido el hercúleo torso, un poco ladeado el cuello de atleta. En el rostro, muy moreno, brillaba la esplendorosa blancura de su risa de salvaje, y sus ojos fulguraban homicidas bajo la sombra de un rizo que escapado del sombrero caía sobre la frente estrecha, exenta de nobleza. Desafiador, pendencie-

ro, pronto á acometer ó á defenderse de cualquier acometida, tenía una apostura bárbara, no ayuna de viril belleza.

Katty, en cuya máscara de Pierrot había ahora livideces de agonía, no pudo menos de pensarlo así por un momento, y comprendió su pasión de meses antes por el magnífico bruto que se alzaba ante ella con no sabía qué amenazadores proyectos.

Claudio, presa de una de aquellas violentísimas crisis nerviosas que le agitaban, sentía saltar su corazón azotándole furiosamente el pecho; pero permanecía, en un supremo esfuerzo de su voluntad, al exterior inalterable.

El recién llegado, que tal vez esperaba con su sola presencia provocar una explosión de cobardías, huídas, gritos, desmayos, en fin, algo risible, pareció desconcertado un momento; luego, recobrándose, encaróse con los que rodeaban á su presunta víctima, y llevándose dos dedos al sombrero con desdeñoso ademán de saludo, murmuró:

—¡A la paz de *Dio,* caballeros! Con su permiso le voy á *decí do palabrita á eta gachí...*

El conde frunció el ceño ante aquel desdén. La cómica alzó los ojos hacia su antiguo amante y con firmeza dijo:

—En primer lugar, nosotros no tenemos nada que decirnos, y en segundo, mucho menos aquí.

Un poco extrañado de aquella firmeza, que ciertamente no esperaba encontrar en la criatura que

recordaba, pasiva, resignada, apasionada de él con canina adoración, hecha de cobardías y de humillaciones, miró á miss Ofelia. Luego, volviendo al tono zumbón, repuso:

—¡No habíamos de *tené* que *hablá!*—Y brusco, refugiándose en la brutalidad como en una fortaleza en que se sentía inexpugnable: —¡Andandito *pa* la calle, niña!

La histrionisa irguióse haciéndose fuerte:

—¡El que se va á ir ahora mismo eres tú!

—¿Yo?... ¡Ja! ¡ja!

—¡Vete!—conminó ella.

El profirió grosero:

—¡No me da la gana! ¡repeine!

Claudio sonrió fríamente; luego, con voz firme, pero lejana, extraña, le conminó á salir:

—Ya ha oído usted á la señora que no tiene nada que hablar... ¡Salga usted!

El bárbaro revolvióse iracundo:

—¡No me da la pijotera gana! ¡no me sale de las narices! ¿Está usted, tío *pintoso?* Esta *grandisma púa,* más *púa* que su pajolera madre, *e* mi *quería,* y se va á *vení ahora mismito* conmigo, si no quiere que le *chine* la cara á ella y á todos los pajoleros hijos de *púa* que están con ella.

Y una de sus manos cayó sobre el brazo de miss Ofelia.

La víctima trató de desasirse sin un grito ni una exclamación, luchando en sordo batallar. Claudio volvióse rápido y sacudió un puñetazo sobre el biceps del hércules. Soltó éste su presa y

de un salto retrocedió dos pasos; luego, con gesto ligerísimo, tiró una navaja del bolsillo y dispúsose á acometer.

En el café hubo un momento de confusión y pánico. Las mujeres gritaban y corrían, tirando copas y botellas en la huída, desgarrándose los vestidos, manchándose con el café, que resbalando por los veladores goteaba al suelo; derribando las sillas, tropezando unas con otras y cayendo al suelo, donde seguían chillando como si les desollasen. Los hombres acudían á sujetar al agresor, un poco escamados ante su fachenda de matón, su aire resuelto y las dimensiones del arma.

Hízose el silencio. Claudio había sacado del bolsillo del gabán un minúsculo revólver y con él apuntaba al pecho de su enemigo.

—¡Si da usted un paso lo mato!—formuló con voz firme y clara.

Inmovilizado por el arma que le amenazaba, el agresor permanecía quieto, irresoluto.

En aquel momento don Mausoleo cambió un gesto casi imperceptible con los supuestos policías y éstos rápidamente entraron en escena. Avanzaron hasta el centro del local y uno de ellos anunció:

—¡De aquí no sale nadie! Preso todo el mundo.

Cerote hizo una mueca de inteligencia muy ostensible á Claudio, y sin esperar respuesta, encarándose con el representante de la Justicia, comenzó:

—¡Hombre...!

Pero el conde de Medina la Vieja, rechazando el socorro que el caballero de industria le ofrecía, se puso de pie.

—Están ustedes equivocados—. Y con aquel glacial señorío lleno de altivez que algunas veces le revestía de sin igual nobleza, formuló: —Soy el conde de Medina la Vieja, y aquí no se detiene á nadie sino al señor (señalando al *Pachón),* y eso bajo mi responsabilidad. Los demás están libres—. Y encarándose con el amo, consternado por tales acontecimientos, que eran su ruina, ordenó:

—Arteta: avise usted al sereno, á un guardia, á cualquiera que lleve un uniforme.

Luego sentóse, al parecer imperturbable, sin dejar de apuntar al pecho del *Pachón.*

VI

DEL CALVARIO PASIONAL

Sous la main qui détient l'or des miséricordes,
vivre, sentir en soi les houles de la mer
tendre—tout en frissons!—la lyre de la chair,
et que la lyre en feu fasse eclater ser cordes!

ALBERT SEMAIN

—Realmente no veo más salida que la que propongo al señor conde. Si aceptamos la intervención judicial, el consejo de acreedores todo lo malvenderá y no salvaremos nada de la fortuna; seguir tirando como hasta aquí es imposible, de todo punto imposible; podrá continuarse un año, ó año y medio á lo más, pero vendrá fatal, irrevocablemente la catástrofe; ¡en estos últimos meses, con el ten con ten, hemos empeorado de tal modo las cosas!; en cambio, con el medio que yo ofrezco...

Calló el administrador; quitóse los lentes, limpiólos concienzudamente para dar tiempo al conde de Medina la Vieja de contestarle, y en vista que éste proseguía sepultado en su mutismo, creyó lle-

gada la hora de reforzar con un golpe sentimental las razones crematísticas, y reanudó su discurso:

—Para mí es el dolor de los dolores; pero ¿qué hacer?... Ya sabe el señor conde que esta casa la miro yo (salvo respeto) como mía. Casi puedo decir que he nacido en ella; del pan de los señores comieron mis padres y del mismo pan he comido yo—. Limpióse una lágrima capaz de enternecer á quien no supiese que entre los muchos forajidos que entraron á saco en la fabulosa fortuna de los Hernández de las Torres, era él de los que mayor tajada habían sacado, y con voz patética prosiguió: —Pero á grandes males, grandes remedios. Aún quedan el coto de la Higueruela, el castillo de las Torres y esta casa, que aunque hipotecada, lo está en mucho menos de su valor. ¡Y hay que ver los tesoros que encierra esta casa! ¡Sólo los tapices del comedor y los dos Ticianos de la galería valen una fortuna! Pues se podía vender todo, pero sin precipitación, con calma, bien vendido, en tres ó cuatro meses; pagar lo que se debe (unos noventa mil duros), y el resto ponerlo á renta, y hasta (si el señor persiste en la idea, que tantas veces me ha expuesto, de no casarse) en renta vitalicia, con lo cual siempre le quedará para vivir con desahogo.

Claudio callaba. Sentíase presa de honda irritación. La figura innoble del hombre de negocios, su redondo abdomen, su cara mofletuda y roja, adornada de cuatro pelos grises, sus ojillos rato-

niles brillando tras los cristales de los lentes, y sobre todo su voz monótona, un poco plañidera, desentonaban con la suntuosidad, animada por llamaradas de diabólico maleficio, del despacho. Los inquietantes personajes asomados á los cuadros de barroca talla, los monstruos y dioses, los engendros calenturientos y las figuras de suprema belleza, parecían reir, al través de su epilepsia, de las ruines inquietudes del último de los Medina la Vieja.

Además, la mano fina y blanca como nacarada espada, la mano enjoyada de pesadas sortijas, de Claudio, jugaba con dos cartas que concluía de leer á la llegada de su empleado. Una, la carta de color de rosa, perfumada de violetas, de Semíramis, participándole con pueril alegría que la Otumba, tía Gertrudis Otumba, le invitaba á su baile en honor de los Reyes, y junto con aquélla, que significaba el ansiado perdón, el olvido de antiguos yerros, la otra, la que era como una mueca burlona del pasado, que venía á recordarle que él no moría nunca, que por mucha tierra que se arrojase sobre su cuerpo siempre quedaría algo fuera de la hoya; la carta de don Mausoleo Cerote, que á pretexto de ofrecerle sus servicios y repetirle su adhesión, formulaba veladas amenazas.

Allí estaba su novela, su eterna novela, las luchas que le cautivaban, y en medio de ellas surgía la realidad implacable con sus necesidades pecuniarias y sus aburridas y complicadas cuestiones de dinero. ¡Ah, el abismo entre la realidad y la

ficción novelesca! ¡La diferencia inmensa de la vida vista en la realidad y á la vida vista en libros! Porque en las novelas, los héroes, para sus vicios, sus caídas, sus redenciones, no tenían que echar cuentas; porque en las novelas, la miseria podía ser estética, y aun las mismas enfermedades, bellas, porque pierden lo que tienen de repulsivo, y en las páginas de un libro, el sudor de la agonía no hiede y el pus no mancha. Y una vez más pensó en la vida de los fabulosos tiranos de leyenda. ¡Bah! Tres ó cuatro años de juventud, de belleza, de fuerza, de dominio absoluto, y luego la catástrofe. Ellos no envejecían, ni se arruinaban, ni se hundían lentamente.

Don Prudencio equivocóse sobre el orden de sus pensamientos, y atribuyendo el silencio y actitud meditativa de su amo á naturales vacilaciones, insistió:

—Si el señor quiere pensarlo... Podíamos también tomar una cantidad pequeña por el momento (cuatro ó cinco mil duros), para ir tirando y reservarse el tiempo de meditar...

Claudio asió el cable de aquella solución tan en armonía con su deseo de verse libre de tales quebraderos de cabeza:

—Sí, sí; decididamente es lo mejor—. Y dando la conferencia por terminada, púsose de pie.

Ya solo, meditó. ¿Y por qué no aquella solución? Toda la historia de su boda era locura, puerilidades que sólo podían caber en la cabeza de chorlito de aquellas inocentonas de las Pastor Cor-

dero, verdaderas palomas sin hiel que vivían en una Arcadia feliz, alejadas por completo de las impurezas de la realidad é incapaces de hacerse cargo de las cosas. ¿Cómo aquellas infelices criaturas, para quienes el mal era un mito y que aún se figuraban al diablo con rabo y cuernos, podían penetrar en el sombrío arcano del pasado del señor Heliogábalo? Si por arte de encantamiento fuérales dable asomarse á él como á un abismo, retrocederían santiguándose, llenas de horror, como á la vista de un trozo del Infierno. Nadie que le conociese, nadie que bucease en su vida podía, pues, admitir la posibilidad de su boda. ¡Y aun nadie sabía la magnitud de la verdad! Sólo él conocía el misterioso secreto paseado años y años por las posadas de Barcelona, Nápoles, Génova, Argel, Orán, Marsella, Amberes, Amsterdan, todas aquellas ciudades donde la vida se precipita con hervir de catarata. Y veía bracitos delgados y blancos agitarse en el aire, y fulgir de miradas verdes como el agua de sombrío remanso, ó azules como un pedazo de cielo, en pupilas dilatadas de horror, y bocas crispadas en muecas de suprema angustia.

Panchito anunció:

—Una señora que pregunta por el señor conde.

—¿Una señora?...

Pero antes que acabase su interrogación, surgió entre las viejas tapicerías que cubrían la puerta la figura llena de distinción de Rosalía Puente. El traje sastre, gris obscuro, muy sencillo, aumenta-

ba el aire varonil de su figura, la elegancia un poco brusca de su persona; la toca de fieltro negro, rematada por todo adorno con un ramo de gardenias, cubría casi por completo la cabellera pesada, abundantísima, de suave coloración castaña con imprevistos reflejos de oro y algunas hebras de plata, y un espeso velo de encaje tapaba el rostro.

Dejóse caer en un sofá con un gesto de inmenso desaliento, y alzóse el velo. Parecía envejecida: la cara, muy pálida, contraída en una mueca de dolor, estaba surcada de profundas arrugas; los labios blanqueaban, é imposibles livores cernían los bellos ojos garzos, en que se reflejaba la agonía de un alma.

Al ver la devastación del rostro de su amiga, Claudio acudió solícito.

—¿Estás mala? ¿Disgustos? ¿una desgracia? —interrogó, con el corazón oprimido por presentimientos crueles, con ese perpetuo sobresalto de los que viven azarosa vida de aventuras.

—¡Ah, Claudio, cuánto sufro!... ¿Te acuerdas de Fred?... Le has visto en San Sebastián—. Y á un gesto afirmativo de su interlocutor, que comenzaba á comprender, recordando los discursos del chantagista en el Topacio: —Yo le quería, le quería con un ansia loca de él, de vivir á su lado, de no separarme... Le quería... me cegué... escribí cartas, me comprometí... Un día, las cartas que se pierden; un aviso anónimo amenazando con el escándalo, los periódicos, enviárselas á Gaspar si

no daba dinero... Hablé á Fred. El parecía indignado y prometió arreglarlo. Luego me dijo que hacía falta dinero, que era mejor ahogar el asunto... Y lo dí; primero poco, y luego más y más... Pero yo estaba loca, ciega, creía en él. Y llegó un momento en que como yo, desesperada, acudía á él para que lo arreglase de una vez, se rió en mis narices y me dijo que él iba á la parte. ¡Qué dolor, Claudio, qué dolor! Yo prefería creer, seguir ciega, no saber, poder creer en él, en su amor, en su deseo... Y fuí cobarde, muy cobarde, le guardé para mí... Y dí dinero, alhajas, encajes, todo, todo, con tal de que no se fuese y me dejase á solas conmigo misma.

Hablaba entre gemidos, con voz desgarrada, de una amargura sobrehumana; de sus ojos resbalaban lágrimas que sus manos, abandonadas, rotas, sobre el regazo como dos amuletos de marfil, no acudían á enjugar. El conde de Medina la Vieja le dejaba desahogarse, seguro de que le haría bien.

—¡Qué cruel es la vida con nosotros los ricos!—prosiguió la cuitada—. No podemos ser amados, ni deseados; nuestras riquezas nos convierten en una estatua de metal á la que nadie se acerca sino con esperanza de arrancar un trozo.

Claudio interrogó ansioso:

—¿Pero qué has hecho por fin? La policía...

—¡No sé, Claudio; yo mismo no sé qué he hecho! Quería conservarle á toda costa, y me he humillado, me he arrastrado á sus pies, le he supli-

cado, y ¡se han burlado de mí!... Cuando ya no podía darles nada, porque no me quedaba nada, han escrito á Gaspar amenazándole con el escándalo...

—¿Y Gaspar?...

—Gaspar ha venido á mí...

—Haber negado.

—¡Ya para qué! Todo me era igual. He confesado todo, le he dicho que le había querido, que le quería aún... Y Gaspar se ha puesto como loco... Me quería matar... ¡Ojalá lo hubiese hecho! Pero no; se ha contenido, y fríamente me ha echado, como se echa á un perro.

—Y ahora ¿qué vas á hacer?

—Irme, irme donde con mi presencia no avergüence á mi marido y mis hijos. ¡Mis hijos! ¿Comprendes, Claudio, todo el horror de ello? ¡Comprenderlo, sentirlo como lo sentía yo; saber que mi nombre sería un baldón para mis hijos, y no poder vencerme, no poder contenerme, andar conscientemente hacia el precipicio donde iba á estrellarse mi honra, mi felicidad, el cariño de los míos!...

—¿Y dónde vas?

—Voy lejos, á cualquier pueblo alemán ó suizo. Allí no me conocerán. Las gentes son un poco inocentonas, pero castas, sanas, puras; y créeme, Claudio, la pureza es el supremo bien.

El señor Heliogábalo tuvo una sonrisa plena de sarcasmo, de sarcasmo para Rosalía, para él mismo, para todos los poseídos del maleficio:

—¡Pero nos apercibimos demasiado tarde! Cuando la hemos perdido sin remedio.

—¡Qué triste es vivir!—gimió ella.

El conde de Medina la Vieja corrigió:

—¡Qué triste es envejecer! ¡Qué triste cuando sentimos que se nos escapa la juventud, la vida, que ya hemos aprendido á paladear, y vemos que no hemos gozado de nada, que todo está por vivir aún!...

—Pero tú, á lo menos, tienes tu arte—objetó ella—. El arte es el consuelo, el refugio; el arte redime.

Río cruel:

—A veces creo que el arte es una mentira que inventamos como disculpa, que detrás de él no hay nada más que el horror del vacío ó la podredumbre de la muerte.

Tornó ella á sumirse en su dolor:

—¡Y yo, que no quería creer! ¡yo, que comencé por reir! Tenía una venda sobre los ojos, y bajo la máscara de canallería le creía bueno, leal, sincero.

—Somos tan vanidosos—comentó con inmensa amargura el señor Heliogábalo—que cuando nos sentimos atraídos á una persona por la sensualidad, le inventamos talento, valor, ingenio, cualidades morales, en vez de confesar que nos atraen sus ojos, nos excita su boca ó nos gusta su manera de andar.

Ella permaneció sumida en su pena. Al cabo de un rato gimió quedamente:

—Cuánto sufro.

El la interrogó:

—¿Y yo de qué puedo servirte?

—No sé, Claudio, ni para qué he venido; pero en el primer momento me encontraba tan sola, tan abandonada, tan pusilánime y miserable... Necesitaba alguien que me consolase, que me comprendiese... ¡y la gente es tan cruel! Hay enfermedades morales que han sustituído á la lepra. Como á los antiguos lazarinos, á los poseídos, nos aislan, nos huyen, los hombres nos cierran su puerta, los chicos nos apedrean y nos ladran los perros.

—Pero yo—insistió él—algo podré hacer por ti. ¿Quieres que vaya contigo, que te busque algo?

—No. Escríbeme. Dime qué ha sido de ellos, de mis hijos, de los míos.

Se puso en pie y le tendió la mano, que él estrechó largamente con la triste simpatía de un hermano en dolor.

VII

LA VERDAD

Si le rêve est tres longue, le rêve dure un heure,
et durant les regrets jusqué au jour d'en mourir.

EDMOND HASAUCOURT

Impresionado aún por la visita de su amiga y por el drama que tronchaba aquella vida, Claudio, reclinado en el fondo del coche que le llevaba á casa de Katty, recapacitaba sobre la decisión que acababa de tomar. Sí, indudablemente era lo mejor. Don Prudencio quedaría encargado de arreglar los negocios tal y como proponía, pagarían las deudas, liquidarían los restos de la fortuna, colocaría lo que quedase libre en una renta vitalicia, y tres meses después, cuando las cosas estuviesen en orden y no hubiera más que firmar, volvería él veinticuatro horas á Madrid, daría su adiós al palacio, al pasado, á su nombre, é iría á perderse en la inmensidad del mundo, que se agrandaba á medida que su fortuna y su juventud

disminuían. Había en primer lugar que romper con Mónica Ferreras. ¡Spsch! La cosa no era difícil; en cuanto se alejaba de ella, el encanto que ejercía sobre su espíritu, un encanto sedante, se extinguía. Escribiríale una carta, daríase por arruinado y vencido, cortando aquellas nacientes relaciones en que aún no se había cambiado una palabra trascendental. Había luego que decir adiós á las Pastor Cordero. Aquello hacíasele más difícil. Sentía la verdad del cariño que las pobres solteronas le profesaban y érale duro arrancar la venda á las dos únicas personas que aún le querían y estimaban. En una carta, carta en que por vez primera después de tantos años dejaría hablar libremente á su corazón, se confesaría á ellas, pediríales perdón y les diría cuán grande y sincero afecto le inspiraban. Y hechas todas estas cosas, partiría para París con Katty.

Con Katty, sí. ¿Cómo emprender solo el éxodo? Ni ella le quería á él, ni él la quería á ella; casi ni aun la deseaba ya; pero ¿qué hacer, aislado y envejecido, por ahí? Recomenzar la vida de aventuras le horrorizaba. ¡Sentíase tan viejo y cansado! Pero, además, con cuarenta ó cincuenta mil francos al año se vive hasta con relativo desahogo, pero no se es el *señor Heliogábalo*. Y sentíase sin valor para afrontar le existencia nómada solo. A lo menos en el primer momento. Se irían juntos aquellos tres primeros meses, y luego...

Las malandanzas de Rosalía Puente no le escarmentaban. El era hombre, no tenía esposa ni hijos,

su verdadera posición social; no estaba á merced, pues, de toda la gentuza que hiciera prisionera en sus redes á su infortunada amiga. Y además ¡escarmentar en cabeza ajena! Si fuéramos á ello y los males de los unos sirviesen realmente de enseñanza á los demás, el mundo sería una inacabable sucesión de imprevistas maravillas, ó perecería bajo el peso de una monotonía abrumadora; Adán y Eva, cien veces que volvieran al Paraíso, cien veces volverían á pecar. Sobre todo, era un fatalista y no un inconsciente; veía y había visto siempre el peligro, y pese á ello, seguía caminando hacia él. Aunque hubiese querido, ya era tarde; sin voluntad, fluctuaba de un lado para otro, al impulso de encontradas sensaciones, empujado unas veces por una emoción sentimental, otras por un deseo, la mayoría por un espejismo de su cerebro.

El coche se detuvo, y el conde, vuelto bruscamente á la realidad, abrió la portezuela, saltó al suelo, pagó al cochero y, mientras el vehículo se alejaba, internóse por la calle del Pez.

Era la una de la tarde, y por la estrecha vía apenas si podía darse un paso: estudiantes y modistas, obreros, albañiles, rezagadas devotas, asistentes y criadas cruzaban presurosos de un lado para otro, desbordaban de las aceras invadiendo el arroyo, con peligro de ser atropellados por los enormes carros de transportes, los desvencijados alquilones, que rodaban con estrépito, ó los automóviles, que pasaban raudos como, si en vez de transitar por tortuoso callejón madrileño, se des-

lizasen por las avenidas del *Bois* ó del *Hidy Parck.* De las tiendas, muy castizas, muy madrileñas—tabernas, *tupis*, casas de préstamos, estancos, estererías,—surgían gentes y más gentes, que engrosaban el humano arroyo.

Claudio dejó la calle del Pez é internóse por la de la Madera, más discreta y recatada. Madera, 64. Recordaba perfectamente las señas. Nunca había estado allí ; Katty, por un á modo de pudor estético, había cerrado para su amante la puerta del miserable chiscón en que vivía, y si bien ella negóse siempre á anclar en mejores puertos, no quiso herirle con la vista de la casa de huéspedes de quinto orden que era el templo de aquella Astarté de *cine.*

Al fin dió con la casa. Un portal pobre y no muy limpio á que media hoja de la puerta entornada por alguna defunción aumentaba aún la lobreguez.

Entróse resueltamente en él y comenzó á subir las escaleras. La portera, una vieja de aquelarre, le gritó desde su cubil :

—¡ Eh !, usted, ¿á *onde* va?

—¿Doña Matilde Sánchez?

—¿La Matilde Sánchez? ¿La cómica?—formuló la del cuchitril con acento desdeñoso—; tercero izquierda, en casa de Doña Sofía.

El conde de Medina la Vieja emprendió nuevamente la subida. Esa extraña mescolanza de olores que constituyen el olor peculiar de la miseria—olor de guisotes, de vivienda cerrada, de ropa su-

cia, de calentura, de aguas, de botica—le dió el alto, pero valientemente continuó el ascenso hasta el tercer piso. La puerta estaba entornada, y como en la obscuridad que reinaba no encontrase el cordón de la campanilla, empujóla suavemente y colóse allí de rondón.

Inmediatamente retrocedió un paso, horrorizado. Estaba en un angosto pasillo que, convirtiéndose en estrecha galería de cristales, corría sobre sombrío patio é iba á concluir en la cocina. El tal pasillo apenas si tendría un metro de ancho, y al otro lado, frente por frente de la entrada, abríanse los dos batientes de una puerta de cristales sobre una alcoba, y en aquella alcoba, sin ventilación, ni luz, sobre un miserable jergón, entre cuatro cirios colocados en disconformes candelabros, había un cadáver. El cuarto era pequeño y cuadrado. En las paredes, enyesadas, ennegrecidas, manchadas de humedad y de letreros y dibujos, había por todo adorno varios cromos de *La Ilustración* y *La Moda,* un número de *La Lidia,* pegado con obleas, sobre la cabecera del lecho, aumentando con los hórridos colorines del lance torero—una estocada de Guerrita—la lúgubre tristeza del cuadro. Gran parte de la habitación ocupábala una cómoda, sobre la que lucían, bajo fanal, un San José de rizada barba y vara florida y dos floreros con rosas de trapo. El resto del cuarto llenábalo el jergón en que reposaba la muerta. Era ésta una vieja larga y escuálida, amortajada con un hábito de los Dolores. Sobre

la dudosa blancura de la almohada destacábase el rostro amarillento á que ni aun la muerte había podido dar majestad. Las mejillas se hundían plegando la piel en infinitas arrugas; la boca, sin dientes, convertíase en rosetón de pliegues huyendo de la nariz de gancho que la muerte había adelgazado hasta convertirla en cortante lámina; la frente, calva, alargábase para encontrar algunos escasos cabellos, grises, cenicientos, y uno de sus ojos, mal cerrados, parecía iniciar un guiño canalla que, en aquel miserable despojo humano, tenía un horror de escalofrío. Las manos huesudas, cruzadas sobre el vientre hinchado, oprimían un crucifijo de madera.

Como en la alcoba no había ni un soplo de aire, los cirios ardían serenos bañándolo todo con su luz funeral y trazando sobre la amarillenta semipenumbra del muro la negra silueta de las cosas. Sólo al entrar Claudio las llamas temblaron un momento, y la sombra del cuerpo deformóse sobre la pared.

Quieto ahora junto á la puerta, el señor Heliogábalo sentía una dolorosa opresión; tenue hedor de podredumbre llegaba hasta él, mareándole, y la llama de los cirios casi le quemaba el rostro. Al fin hizo un esfuerzo para arrancarse de allí y salió al pasillo con intención de llamar. En la cocina, dos viejas escurridas, vestidas de luto—las hermanas de la difunta, pensó—, sucias y desgreñadas, devoraban una ensalada de tomates; de pie, obstruyendo la puerta, una vecina no menos puerca,

pero gorda, formidable, puesta en jarras, le hablaba á gritos. El conde iba á interrumpir la conve sación, cuando llegó á sus oídos el concierto de dos voces que parecían discutir. Escuchó. Poco á poco las interlocutoras—eran dos mujeres—subían el diapasón. Y Claudio, petrificado, oía. Jamás en su vida de aventuras en los bajos fondos d: las ciudades, jamás en riña de apaches, de chulos, marineros ó soldados en las mancebías de las urbes de guerra, jamás en riña carreteril sobre la plaza pública, oyó mayor cúmulo de groserías, de blasfemias y de procacidades. Jamás en reyerta de mujerzuelas, ni en tabernaria polémica de chalanes, llegaron á sus oídos porquerías y crudezas tales.

Una voz era fría, silvante, cortadora, y sus palabras hacían el efecto de latigazos que chasqueasen para caer sobre el rostro de su adversario; era una voz blanca de ira, que escupía las palabras atroces como salivazos, que hacía pensar involuntariamente en una víbora escupiendo veneno. La otra era una voz concentrada, llena de ironía rabiosa, que hablaba burlándose con socarronería exasperada, peor que los mayores insultos.

Y Claudio, yerto, acabó por reconocer en la voz blanca la armoniosa voz de Katty, y en la de su enemiga la de Doña Galatea. Oyó:

—¡Lo veremos!—decía amenazadora la trotaconventos.

—¡Lo veremos! ¡ya lo creo que lo veremos!

¡Haré lo que me dé la gana! ¡lo que me dé la realísima gana! ¿Lo oye usted? ¿Lo oye usted, doña Cuerno de los demonios? ¡Ja! ja!—reía Katty con risa epiléptica de loca—. ¡Lo que me dé la indecente gana! ¿Está usted?—Hacía el efecto de que para vomitar las injurias el rostro se acercaba mucho al de su contraria y las uñas se clavaban en las palmas de las manos para no desgarrar.

—¡Tan, tarantán, tarantán, tarantán!—canturreó en son de mofa la vieja—. ¡Paso! ¡Paso á escape, que viene la princesa del estropajo!... ¡Su alteza hará lo que le dé la realísima gana; no faltaba más!... ¿Lo dijo ella? ¡Pues boca abajo todo el mundo!... ¡Ay, hija, qué humos! ¡Más valía que me pagases los buenos miles que me debes!

—Que yo la deba ó la deje de deber no es una razón para que se meta en camisa de once varas. ¿Está usted? ¡Pues estamos lucidas! Como si sus cochinas pesetas...

—¡Apéate, hija, apéate, que te caes del burro!... ¡Cochinas pesetas! ¡Ay, madre, qué risa! Si no fuese por ellas ¡dónde andarías tú á estas horas!... Lampando de hambre, ó en algún convento de los de tres en celda, si es que te querían aún...—Y aumentando la dosis de ironía, formuló con burlona conmiseración la arpía:—¡Pero, hija, si me das pena; si eres una vieja, una vieja—repitió malévola—comida de vicios!

El tiro dió en el blanco. La voz de miss Ofelia subió de registro:

—¡Oiga usted, so tía ladrona! ¿Quién es usted para insultarme á mí?

Como si no la oyese, doña Galatea repitió:

—Una vieja comida de vicios... ¿Pero es que no te has mirado al espejo?... Gorrina, gorrinota, que andas loca por el sietemesino ese... ¡Anda, anda, que ya vas aviada! ¡Tu dinero te cuesta!

En la cómica debió de haber una explosión de ira, por cuanto sus palabras sonaron roncas, barboteantes:

—¡Y á usted qué indecente cuerno le importa lo que yo hago ó dejo de hacer, vamos á ver!

—¡Hija, los monises benditos! Si no quieres inquisición, pagas, que el que paga descansa... Y cuando se anda como tú, hecha una ansiosa...

—¡Que no se meta en lo que no la importa! Más decente es hacer de su capa un sayo, como yo, que vivir de las porquerías de los demás. ¡Ladrona! ¡Usurera! ¡Chupasangres!

El basilisco no pareció ofenderse:

—¡Echa, echa por esa boca; que si dieras dinero como malas palabras!...—y añadió:—¡Más valía que le hubieses sacado la guita á ese tío lilaina!

Claudio adivinó que hablaban de él. Siguió la fiera:

—Pero sí, sí... ¡buena eres tú! En vez de exprimirle la bolsa al chiflado ese, gastando hasta la respiración con el lameplatos...

La otra saltó furiosa:

—Le he dicho á usted que no se meta donde no

le llaman... ¡Pues lucidas estamos! Si no me sale de los reaños aguantar al carcamal de su maldito conde, ¡pues tal día hará un año!

—¡Ay qué gracia! ¡Ni que fueses tú la primavera, con rosas y todo!

—¡Pues por lo mismo! ¡Para vejeces y porquerías, bastante tengo conmigo misma!...

No tuvo valor de oir más. Lentamente ganó la puerta sin que le viese nadie, y comenzó á bajar las escaleras. Sentíase aún más vencido. Nuevamente acababa de ver la vida sin el piadoso velo de la ilusión.

VIII

EL ENSUEÑO

Era un aire suave de pausados giros,
el Hada armonía ritmaba sus vuelos...

RUBÉN DARÍO

Semíramis, que, muy juvenil y hasta un tanto frufruante en su atavío de muselina rosa y su guirnalda de rosas enanas entre los rizos de oro, subía las escaleras con aquellos saltitos *muy suyos,* que cuarenta años antes calificara el conde de Puentesanto (político de segunda fila, diplomático de salón y poeta chirle que loó en álbums y abanicos todas las bellezas de la corte de doña Isabel II) de *pasos de corza temerosa,* detúvose en el primer descansillo, y encarándose con Claudio, le invitó á admirar:

—¿Has visto qué hermosura de escalera?

Cleopatra, más reposada y majestuosa que su hermana, llevando con matronil severidad el traje de larga cola de terciopelo color café bordado de oro, y erguida la cabeza coronada de estrellas de

brillantes y empenachada de plumas, asintió á las palabras de su hermana:

—Es una maravilla. Una de las pocas escaleras de palacio á la española que quedan en Madrid.

La escalera de los Otumbas, lo mejor indudablemente de la vieja residencia, y lo único que no había sufrido detrimento en la trascendental refoıma con que el mal gusto de sus últimos dueños echó á perder la mansión histórica, tenía una señorial grandeza que imponía. Toda de piedra, de ese churrigueresco estilo español un poco barroco pero lleno de noble encanto, con enorm s columnas de granito que subían hasta la alta bóveda ennoblecida por los escudos en que, cobijados por la corona ducal y el manto de los grandes de España, y sostenido por grifos, águilas, unicornios y leones, lucían las cruces de Calatrava y Alcántara, las picas de Italia y Flandes, las carabelas de América, las lises y los leones, las tizonas y los soles de la heráldica; los peldaños eran anchos y bajos, el barandal, todo de piedra labrada, en pesados soportes, al igual que el de los grandes balconajes que hendían los muros. Cubrían en gran parte las pétreas paredes viejos tapices tejidos en oro, plata y sedas, de la colección de la Conquista del Perú (una de las riquezas de la casa de Otumba), y en los espacios libres retratos ecuestres de guerreros, conquistadores ó de regios validos. Y en el centro Pizarro (no hay que olvidar que el apellido Pizarro era uno de los de la casa), rodeado de algunos hombres de armas, sobre un fondo

de mar convencional en que se mecían fantásticas embarcaciones. En el primer descansillo, dos sillas de manos ilustradas de pastorelas y amatorios emblemas, ponían una nota de galantería siglo XVIII en la castiza severidad del conjunto. Grandes tibores de porcelana de China y del Japón, y dos armaduras completas de caballo y caballero integraban el conjunto, que aquella noche, como de gran gala, recargábase aún con otros tapices (reposteros éstos historiados de heráldicos blasones) tendidos sobre el barandal y los balcones y semicubiertos por floridas guirnaldas.

Claudio asintió:

—Realmente es hermosa.

—¡Hermosísima!—insistió Cleopatra. Y como sin querer ella, ni confesárselo ni aun á sí misma, sentía un odio secular por todas aquellas innovaciones de última hora, que privaban en los salones, arrimó el ascua á su sardina: —¡Cómo se va á comparar con esa porquería de cosas que hacen ahora! Cuatro molduras y cuatro sedillas que se despintan á los tres días. Esto eran palacios.

Siguieron subiendo. Claudio se dejaba llevar. Estaba allí porque no había tenido valor para marchar. Como siempre, le falló la voluntad. Sin el impulso que Katty le hubiese impreso, no supo qué hacer, y ni rompió con Mónica, ni se confesó á sus primas. Las seguridades de Don Prudencio le tranquilizaron respecto á las inquietudes pecuniarias; una promesa de la policía de vigilar á Cerote devolvióle la calma, é incapaz ya de nin-

guna iniciativa, inerte como un trozo de madera que las olas zarandean á su placer, entregóse á la dulce tutela de las Pastor. Orgullosas éstas del triunfo que suponía haberle llevado á casa de tantas campanillas como la de la Otumba, desbordábanse en pueril alegría, admiraban todo y querían hacérselo admirar á Claudio.

Los criados, de empolvada cabellera, vestidos con libreas arcaicas pero bellas, llenas de ese prestigio de pátina que no puede mixtificarse, inclinábanse á su paso respetuosamente.

Semíramis, casi arriba, se detuvo para arreglarse un rizo rebelde (en estos dichosos tiempos hasta los rizos son rebeldes) y formuló con pena:

—¡Qué fastidio! Hemos perdido la entrada de la Corte; están bailando el rigodón de honor.

—Tú tienes la culpa—exclamó la Pastor mayor—. Yo te lo decía: «Date prisa, que con ese calmazo no llegamos nunca.» Contigo es imposible.

Semíramis hizo un pucherito como si fuese á llorar; pero, pensando prudentemente en los estragos que una lágrima inoportuna haría en su rostro, se contuvo.

Nuevas y más interesantes cosas solicitaban su atención. Cuando ellas penetraban en la galería pompeyana con que comunicaba el salón de baile, la orquesta, instalada en alta tribuna, oculta por dorados enrejados enlazados de hiedra y flores, daba al aire las últimas notas del rigodón. Los que no bailaban, por carecer de puesto oficial, aglomerábanse en las puertas, prensándose y estrujándo-

se como si jamás hubiesen contemplado aquel espectáculo, que les era familiar. Claudio, empinado sobre las puntas de los pies, consiguió ver algo. A pesar de la hórrida fealdad del salón, la magnificencia de las monstruosas columnas talladas en mármoles de colores, la inmensidad de las lunas que multiplicaban las imágenes hasta lo infinito, la pesada magnificencia de las arañas y candelabros de bronce, la ostentosa riqueza de los cortinajes de brocado, la enorme abundancia de plantas y flores—las palmeras arborescentes que se erguían en los cuatro ángulos con espesuras de bosque; las rosas y claveles, que desbordándose de las jardineras, caían en guirnaldas ó escalaban las columnas; los macizos de geranios, que formaban fondo á los sillones regios—y sobre todo las galas y preseas de las mujeres, instaladas en derredor del salón, daban teatral belleza al espectáculo. Ocupando el centro del escenario, los protagonistas de aquella comedia de magia iban y venían á los acordes de la música, se inclinaban ceremoniosamente, se daban las manos, giraban, desenlazábanse y tornaban á doblarse en grandes genuflexiones. Alternando con la fealdad de los trajes masculinos, cuya monotonía cortaban solamente las cruces y bandas, las cabezas femeniles, coronadas de suntuosas pedrerías, se inclinaban pausadamente; los cuellos, prisioneros en el nacarado oriente de las perlas, se tronchaban en cortesanas reverencias, y las largas colas, de tonos pálidos, esteladas de diamantes, confundíanse en fantásti-

co iris, enlazábanse, desenlazábanse, y al fin se separaban como flores de un jardín de gigantes.

Acabó el rigodón y hubo un instante de bulla en que las gentes se replegaban para dejar paso á la Corte, que se dirigía á otros salones. Entonces la Otumba encaminóse á la galería para saludar á sus invitados. La corona ligeramente ladeada sobre los pintados cabellos, el escote cubierto por los fulgores de portentoso collar de brillantes y arrastrando tras de sí la cola de su vestido —Worht puro—de raso verde pálido, estampado de grandes ramos de terciopelo, resultaba un poco anticuada, atrasada de estilo, junto á todas aquellas mujeres que se movían como *cocottes* y enseñaban todo lo que Dios les dió y ellas tuvieron á bien añadirse; pero señora, infinitamente señora, no con esa distinción importada de Rusia ó Inglaterra de ciertas grandes damas, sino con distinción á la antigua española, un poco aturdida, inocentona y campechana.

Las Pastor Cordero se precipitaron á su encuentro:

—El primo Claudio Medina la Vieja, que te está tan agradecido.

—Señora...—y Claudio se inclinó besando la mano que la dama le tendía.

—Encantada, encantada... ¡Cuánto tiempo sin verle!...—Y sin escuchar á las dos hermanas, que se deshacían en elogios á propósito de la fiesta, siguió su camino, solicitada por nuevas gentes que iban llegando.

El general Pescozano ofreció el brazo á Semíramis; un viejo diplomático á quien la bondad de tía Gertrudis, siempre consecuente con los vetustos amigos que por escasez de fondos ó traiciones de salud, ó simplemente por olvido de gentes ingratas, yacían en un rincón, había sacado á luz, se llevó á Cleopatra, y Claudio, solo, comenzó á vagar por la casa.

¡Cómo recordaba aquella casa! ¡Cuántos años transcurridos desde el baile famoso en que Gertrudis Otumba, en todo el esplendor de su peregrina belleza, triunfaba bajo el bíblico atavío de Judith! ¡Qué abismo entre aquella fiesta en que él, joven, rico, admirado y querido, paseaba espléndido su disfraz de Cosme de Médicis, y esta otra en que, viejo, pobre, desprestigiado y casi vencido, desfilaba entre la indiferencia de los unos, el desdén de los otros y la ignorancia de los más! Y, sin embargo, durante mucho tiempo miró la vuelta, que se le antojaba imposible, á aquella casa como el perdón y olvido de pasados desvaríos. Y así era, en efecto; un poco de dinero y de voluntad, un poco de trabajo, y...

Recorría la galería de pinturas, donde con un gusto de habitante del Congo ó de las islas Sandwich, el difunto Otumba había mezclado con las joyas heredadas—Velázquez, Van Dyck, Goya, Pantoja de la Cruz—los más horrendos mamarrachos perpetrados con agresivos colorines por los pintamonas de su tiempo. Detúvose ante un retrato de María Luisa pintado por D. Francisco de

Goya; sobre un fondo grisoso y árido de alrededor madrileño, la Reina manola—vestida con negro atavío de medio paso cuyo cuadrado escote repujaba los senos duros y provocativos—reía liviana, semicubierta la boca por el varillaje del abanico, cobijados los ojos por el almagro de la mantilla. ¡Qué diferencia del castizo desgarro de aquella mujer, que hasta para ser perdida fué española, y todas estas afrancesadas mujeres que paseaban su elegancia por la fiesta.

Contempló el desfile. Pilar Rosellón Rodríguez pasó del brazo del embajador de Pensilvania. El vestido de gasa amarilla, demasiado apretado y demasiado corto, desentonaba en la seriedad de la fiesta, y además subrayaba su pequeña estatura y su perfil de moneda antigua. Seguía la dama su lucha por la conquista de la elegancia, y el convite de la Otumba era un paso definitivo. Primero le habían dicho que los diplomáticos se *llevaban mucho,* y convirtióse en un método de Olendorff; luego, que el juego; pero en San Sebastián convencióse de que era caro; aconsejáronle después los automóviles, pero adolecían del mismo defecto; tras ello vinieron los amantes (hay que confesar que es lo que menos trabajo le costó), y al fin las obras de caridad. Decididamente la caridad y los amantes—dos cosas que al fin y al cabo tienen ciertos puntos de contacto—era lo que mejor resultado daba.

Altiva, espléndida de belleza, llegaba ahora la Benialtar. La túnica de uno de esos brocados sutiles y pesados á la vez, de un tono rosa viejo,

estampado de vagas flores de oro, moldeaba su cuerpo de estatua, y sobre él, prendido á la espalda con lazos diamantinos, un largo manto de terciopelo negro, también florecido de oro, caía en interminable cola; por su busto, de blancura de nardo, las perlas despeñábanse en regia catarata, mientras en los cabellos negros, casi azules de puro negros, que cercaban su rostro de impecable hermosura, brillaban los florones de brillantes de la corona ducal de los Grandes. Era tonta. Su frente, como la del busto de la fábula, era hermosa, pero sin seso (así se lo había dicho Lina Monreal). En su cabeza, bella como la de una Venus clásica, no había nada (en lo que no se parecía ciertamente á su marido). No vivía más que para eso, para ser guapa y elegante, para lucir como una muñeca joyas y vestidos, para los trapos y los amantes, dos cosas perfectamente compatibles, pues que el afán de vestirse mucho podía llevarla á desnudarse con frecuencia.

Volvióse sobresaltado al sentir que alguien le sacudía el brazo con entusiasmo; pero, tranquilizado, sonrió al ver el rostro de la recién llegada:

—¡Claudio, *cheri;* qué gusto, *mon Dieu,* verle; qué alegría!

Era madame de Pérez una peruana, amiga suya de París. Guapa, un poco demasiado teatralmente guapa, pero espléndida con su escote de lechosa albura, su boca roja de dientes admirables y labios rojos y carnosos, y sus prodigiosos ojos verdes que fulguraban como esmeraldas entre el oro de

los rizos que caían en cascada sobre la frente, tenía además una gran dosis de simpatía. Siguió el desfile.

Primero la duquesa de Laredo, una verdadera gran señora, á pesar de sus años y de sus cabellos blancos maravillosamente peinados, tenía con su alta corona de brillantes y su collar de esmeraldas, que caía sobre el traje negro, á la vez magnífico y y sencillo, un aire de distinción suprema; luego la loca de la Almenar, ataviada de café concierto; y después Lina Monreal y la Barbanzón, y la San Felíu y otras y otras.

Unas le saludaban fríamente, otras no reparaban en él, la mayoría ni aun le reconocían. Aburrido el conde de Medina la Vieja, dirigióse hacia el salón de baile. Al cruzar ante un espejo miróse en él y se encontró ridículo. Por consejo, discretamente formulado de las Pastor, había dejado por aquella noche los estrafalarios atavíos y el exagerado lucir de joyas de que gustaba tanto, y habíase vestido como todo el mundo. ¿Pero qué importaba? Bajo el británico corte del frac, bajo la pechera lisa, impecable, cerrada por gruesa perla, conservaba aquella su apostura rota, fofa, desarticulada que le daba un inquietante aspecto de muñeco, y sobre el cuello blanco alzábase el rostro lívido, lleno de oquedades, con su macabra sonrisa de calavera y sus pupilas cada vez más turbias, más grises, más borrosas. ¿De qué sirve luchar?—pensó al verse convertido en una caricatura de los demás—. Tarde ó temprano nos ven-

cen siempre. Ellos tienen por auxiliar al tiempo, y ante él nuestros esfuerzos son inútiles.

Mientras los reyes refrescaban en el comedor, algunas parejas deslizábanse á los acordes del *boston*. Formaban la mayoría muchachas insignificantes, vestidas—mal vestidas casi siempre—de blanco ó rosa, y pollitos recién salidos al mundo que, con suficiencia pueril, las galanteaban convencidos de que todo el salón estaba pendiente de sus andanzas. Con ellos mezclábase alguna casada ligera de pies—los solían echar por alto—y algún hombre corrido ya que, desdeñando crisálidas, prefería las damas ya establecidas. Estos bailaban poco, reían y hablaban mucho y hasta coqueteaban con una desvergüenza que sacaba de quicio á las mamás, sentadas con aire de ánimas del Purgatorio—escotadas y con plumas en la cabeza—todo alrededor del salón. Ocupaba uno de los lados una bandada de muchachitas que esperaban inútilmente pareja. Era un conjunto lamentable de espaldas huesudas, de pechos hundidos, de rostros anémicos y dientes mal colocados, todo ello mezclado con sedas baratas, tules ajados y flores marchitas. Y las desdichadas, para engañar á los demás, y sobre todo para engañarse á sí mismas, hacían como que se divertían, reían estrepitosamente las sandeces con pretensiones de chistes ó atrevimientos de los niños góticos, se empujaban con el codo, cuchicheaban y de vez en cuando desahogaban su envidia con un comentario sangriento sobre las casadas. . . . .

¡Y pensar—monologueaba el señor Heliogábalo para sí—que los moralistas nos anuncian los terribles pecados de los bailes! ¡Aquí no pecan más que los que hubiesen pecado igual en una biblioteca ó en un templo! Mentalmente comparó aquella alegría tan mentirosa con la bárbara alegría de las fiestas populares. Allí se divertían de verdad. Y recordaba las parejas sudorosas y jadeantes bailando muy ceñidas, exasperadas en un ansia brutal de posesión, y los otros bebiendo, anhelosos de refrescar las gargantas resecas por el polvo, el sol, el calor, y otros aún comiendo groseramente, hambrientos, con deseo de apagar el ansia de muchas horas. ¡Aquéllos gozaban! Y gozaban porque estaban más cerca de la naturaleza y sabían que el baile era un pretexto para rozarse, y el vino y la carne un placer; porque, además, esperaban semanas, meses, años, la fiesta como un respiro en su vida de trabajo y privaciones, y no comían siempre que tenían hambre, ni bebían siempre que tenían sed, y jamás llegaban á verse hartos. ¡Pero éstos!... Estos se aburrían en un limbo de insulseces.

Veíalo todo gris, monótono, tras una bruma de tedio, que caía como mortuorios paños sobre el salón. Las luces parecíanle extrañamente frías, como si brillasen en una atmósfera de insólita claridad; los acordes de la música le sonaban falsamente, sin armonía, eran á manera de notas perdidas en un vacío inmenso; las galas mostrábanse más marchitas aún, veía en ellas máculas, arru-

gas, desvaimientos y pendían mustias como guiñapos; los rostros de las jovencitas eran más pálidos y tristes, rostros de anémicas, de histéricas, de tísicas, de enfermas medulares, de niñas muertas, en que Claudio leía una amargura inmensa en las sonrisas contorsionadas de las bocas y un desaliento inmenso en las pupilas sin brillo. Y al través de los intensos aromas de las flores y de los perfumes exquisitos de las damas, creyó percibir un tenue hedor de podredumbre y un casi imperceptible olor de humanidad enferma y sucia.

—Soy yo, yo, que estoy muerto—pensaba—. Son mis ojos los que lo ven todo así, mis sentidos enfermos los que descomponen claridades y melodías y crean olores. ¡Ah! Todo está en nosotros mismos. La aventura está en nosotros, lo sobrenatural está en nosotros, la alegría ó la tristeza en nosotros está también. Cuando salimos decididos á encontrar una aventura, la encontramos. Es como lo sobrenatural; cuando estamos seguros de encontrarlo, acabamos por tropezar con ello. La autosugestión lo crea. Así las histéricas se hacen poseer por el demonio y yo siento la muerte en todas partes. El muerto soy yo.

Para arrancarse á la dolorosa obsesión comenzó á recorrer la interminable fila de salones: el imperio, con sus muebles de falsa caoba y sus bronces de pacotilla; el árabe, digno de una casa de baños de segundo orden; el renacimiento, con paredes de imitación de piedra y dorados medallones; el egipcio, que hacia pensar en las *Aidas* y *Africanas* del

Real; el babilónico, en que no podía uno sentarse sin clavarse en las espaldas el puntiagudo gorro de un Nabucodonosor de talla. Y aquí y allí, contrastando con los decorados de bazar, alguna pieza rara, única, que hablaba de la Casa de Otumba: un retrato portentoso de Mengs, un tríptico del siglo XV, un arma oriental exquisitamente cincelada, un busto helénico de sin par belleza, un vaso de pórfido incrustrado de esmeraldas, un brocado antiguo—vestidura de iglesia ó pendón de guerra—, una talla de la escuela sevillana, daban una nota de arte.

En el salón japonés, un cuartito con las paredes revestidas de negra laca, realzada con dorados grifos, tropezóse con María Montaraz.

—Chico—rió la dama con su habitual desparpajo:—¿estás estudiando la historia del mal gusto al través de los tiempos?

Pese á hallarse ya lejos de la juventud, conservaba toda su gracia impúber y desvergonzada. El traje, negro, de tul, muy sencillo, muy corto y muy escotado, y la pluma, de un verde rabioso, que le caía sobre una oreja, acrecentaban su aire vivaz, alegre, burlón.

El conde de Medina la Vieja, complacido del encuentro, asintió:

—Sí que está fea la casa.

Con su volubilidad habitual cambió ella el curso de la conversación:

—Me choca que nos hayamos encontrado aquí—. Y añadió cínica: —Tía Gertrudis no quiere en

su casa más que gentes honradas por los cuatro costados.

—¿Y ha *reusi?*—interrogó él.

—Se ha tenido que contentar con que lo sean por tres.

Reían de buena gana; pero ya Julito Calabrés venía en busca de su gran amiga:

—Vente al comedor y verás qué divertido... ¡La de la Campanada está divina hoy!

Solo otra vez, Claudio siguió su paseo. Al fin, aburrido, sentóse en una butaquita del salón Luis XV, y fatigado pensó: ¡Para qué habré venido! Y comenzó á soñar.

Una voz dulce, musical, afectuosa, le despertó de sus sueños:

—¿Se aburre aquí?

Era Mónica Ferreras, que le sonreía con sus rasgados ojos llenos de infinita melancolía y su boca rosada y fresca. Un traje azul obscuro, sencillísimo, se abría en corazón sobre el pecho blanco y terso, y aureolaban su frente los rizos color de miel. Mientras se sentaba junto á su amigo, tornó á interrogar:

—¿Se aburre aquí?

—Me aburría—corrigió él galantemente—; ya no me aburro.

Rechazó Mónica la galantería:

—¡No, no! ¡La verdad! ¿Se aburre?

—Qué quiere usted, Mónica, ¡me encuentro tan *deplace!* ¡Estoy tan lejos de todas las cosas que apasionan á esta gente! ¡Soy casi un resucitado!

—No, eso no—objetó la muchacha afectuosamente—. Todos, en general, nos aburrimos un poco... á ratos. Y es que divertirse, divertirse de verdad, no se divierten más que, ó los que son bastante tontos para satisfacerse con los triunfos de vanidad, ó los que tienen un amor.

—¿Un amor?...—y sonreía escéptico—. ¿Usted cree que son capaces de un amor? Yo los creo demasiado frívolos.

—No sea usted injusto. Crea que sí; que se quieren á su manera... Puede que sea un poco frívolamente; pero se quieren, y aun en los momentos de tristeza se encuentran... á veces.

—Pues son más felices que yo—murmuró con amargura el señor Heliogábalo—. A mí no me quiso ni me querrá nadie.

Mónica hízose aún más afectuosa. Levemente inclinada hacia su amigo, bañándole en la infinita dulzura de su mirada, reprochó:

—¡Qué injusto es usted consigo mismo! ¿Porqué no han de quererle?

—¡Bah!—y se encogía escépticamente de hombros—. Porque soy viejo, y raro y triste.

—Es usted mucho más inteligente que todos ellos—sostuvo con calor la Ferreras—. Vale usted más, infinitamente más; tiene más espíritu, más corazón; ha sufrido y vivido.

En los labios del conde de Medina la Vieja floreció una sonrisa llena de amargo desaliento:

—Todo eso no sirve para que le quieran á uno. ¡Pobre amor el que necesita buscar razón de ser

en el espíritu! El amor es juventud, energía, fuerza.

Rebelóse Mónica contra la teoría:

—Todo eso son escepticismos y filosofías. El amor, el verdadero amor, el que hace la felicidad de la vida, es el que se basa en la mutua estima, en la comunidad de gustos y de ideas; es la unión de dos personas de corazón que se alían para cruzar la vida. Lo demás podrá ser una llamarada, un capricho momentáneo, pero no el verdadero amor.

—Pues, ya ve usted, yo ni aun eso he encontrado en la vida.

Vió en los dulces ojos clavados en él un reproche tan intenso, y al mismo tiempo tanta dulzura afectuosa, que casi sin darse cuenta, en impulso de vehemente simpatía, la cogió la mano. Ella no opuso resistencia, y así, guardando la mano de Mónica prisionera entre las suyas, comenzó á hablar en tono persuasivo:

—Ya sé, Mónica, que usted es muy buena; que siente simpatía, lástima, por mí; que comprende que he sufrido mucho... Usted, que ha padecido tanto, tiene que comprender el padecer de los demás; los felices no creen más que en la felicidad, con una ceguera egoísta; pero... Si yo fuese joven, si aún tuviese ilusiones y creyese en mí mismo...

—¿Y por qué no creer?—interrumpió ella.

—¡Quién pudiera recobrar la fe! Creer en sí mismo es creer en los demás, es caminar con paso firme por la vida.

—¿Y qué haría usted entonces?

—Entonces—y Claudio dejábase llevar del im-

pulso sentimental—; entonces tal vez me atrevería á quererla; entonces tal vez me atrevería á poner los ojos en usted y le diría: «Mónica, ¿quiere compartir la vida conmigo?» ¡Ah, si se viviese dos veces!

—Y entonces—objetó ella con calor—, entonces tal vez le diría que no. Entonces sería usted tan frívolo como todos éstos, tan egoísta como todos los dichosos. No, Claudio; yo le quiero (por qué negar que le quiero, si es verdad) al través de su dolor, porque el dolor purifica y nos hace buenos, dulces, comprensivos; porque el dolor nos ennoblece, y en lugar de hacer, como la felicidad, que nuestras almas se abroquelen en su concha como un caracol, pone nuestras almas á flor de piel.

Por un momento Claudio, llevado de una intensa corriente de simpatía, estuvo tentado de confesarse á aquella mujer que decía quererle, de contarle su pasado terrible y su presente miserable; pero calló. El último desengaño con Katty (porque desengaño había sido—por muy escépticos que seamos, siempre nos queda, aunque ni á nosotros mismos lo confesemos, una vaga esperanza, y la realidad cruel sobrepasa nuestro escepticismo—) habíale hecho temer otros nuevos. Además, ¿para qué destruir, apenas nacido, aquel sentimiento, que era paz y ensueño? Tiempo había para sustituir con una verdad amarga la bella quimera. Hay mentiras piadosas que tienden su sombra sobre la vida, como la fe, el amor, la abnegación. ¡Malhaya de los que probaron una vez la manzana prohibida de

la ciencia del bien y del mal! ¡Malhaya de los que abrieron la puerta condenada de los cuentos de magia! Hay pocos seres capaces de resistir la crueldad desnuda de la vida—lujuria, egoísmo, podredumbre, muerte—; y una vez que la cortina se descorre ante los ojos, es para morir. ¡Qué importa seguir alentando luego! También los árboles secos se alzan en el bosque. Pudrirse en una tumba ó al través de la feria del mundo, igual da. El que después supiera *vivir* aún, sería igual á Dios.

Guardóse, pues, su triste confesión, é inclinándose hacia la amada, musitó á su oído:

—¿Pero me quieres, Mónica; me quieres de verdad?

Ella sonrió:

—Te quiero desde el primer día.

SEGUNDA PARTE

LA MUERTE DEL SOL

I

EL JARDÍN DEL AMOR

Le calme des jardins profonds s'idealise.
. . . .
ALBERT SAMAIN

—Está bien. De modo que se pagaron todos los créditos que vencían ayer; en casa quedan doscientas mil pesetas para los que vencen el 15—miró el calendario, que señalaba el 6 de Mayo—; en casa de Duarte están depositadas las seiscientas mil para la operación que hay que hacer con *La Universal* para la renta vitalicia...

—¡Justamente!—interrumpió don Prudencio—. Doscientas mil, más seiscientas mil, hacen ochocientas, que con las ciento veinticinco mil pagadas ya, las cincuenta mil que el señor conde ha hecho poner á nombre de Dolores para que á su muerte pasen á Panchito, y las otras veinticinco que han quedado en casa, hacen el millón justo. Además—y la cara del administrador reverberaba satisfacción ante tamaño triunfo—creo que, pagado

todo, aún sobrará un pico de tres ó cuatro mil pesetas.

—¿De forma—tornó á interrogar Claudio—que sin deber nada á nadie me quedan libres seiscientas mil pesetas, que según usted me van á producir?...

—Doce mil duros mondos y lirondos—ufanóse el hombre de negocios.

—¿Y cuándo se hará la operación?

—Duarte me ha dicho que del 15 al 20 todo estará dispuesto.

—Y...—la voz de Claudio temblaba levemente, presa de irresistible emoción—¿cuándo vendrán á posesionarse de la casa, cuadros y tapices?...

El administrador, en vez de responder directamente, limpióse una lágrima imaginaria y gimió, presa al parecer de inmenso desconsuelo:

—¡Qué pena, señor conde; qué pena tan grande! ¡Pensar que había de ser yo, yo que llevó tantos años de comer el pan de esta casa, el que presenciara tamaña desgracia! ¡Nunca, nunca me acostumbraré á ver otros amos aquí!

Medina cortó su jeremiar:

—¡Qué le hemos de hacer! ¡Paciencia!—Y para poner fin á la escena: —Por supuesto, que los retratos de familia han quedado fuera del trato.

—¡No faltaba más!

—¿Y vendrán?

—El 1.° de Junio, si el señor está conforme; pero como es gente considerada, si ponemos empeño en ello, esperarán un mes más.

—Está bien.

Cuando quedó solo, sentado ante su mesa, respiró. No había salido tan mal librado, al fin y al cabo. Quedábale para vivir con decoro y bastante desahogo; su honor y su nombre estaban á salvo; había cumplido como un caballero, y si el amor de Mónica era verdad y resistía la prueba, aún podía ser feliz, no con la rutilante felicidad que soñase antaño, sino con una felicidad humilde y vulgar.

¿Había cumplido con su deber? Parecióle oir una risita irónica (tal vez la risa de sus tiempos de escéptico, refugiada ahora en los labios del fauno de bronce que danzaba en un rincón sobre el purpúreo fondo de un damasco antiguo); pero la rechazó, y para buscar fuerzas en su abandono, recapituló. Allí estaban los cincuenta mil francos de Dolores. Nada más justo; él hubiese querido que fuesen más; pero... Aquella pobre mujer, honrada, buena, abnegada, que no había vivido sino para él, para adorarle, para idolatrarle, bien merecía que ahora que él jugaba una partida definitiva, antes de enfrascarse en ella le asegurase una vejez tranquila; entre todos los borrascosos recuerdos que llenaban su vida, entre todas las imágenes de pesadilla que infernaban sus noches, la única figura en que se detenía con infinita ternura (ternura de que casi se avergonzaba como de una debilidad) era Dolores.

Siguió su inventario. Allí estaba la pulsera de pedida para Mónica—una perla colosal entre dos solitarios—, verdadera joya de sátrapa; allí la

corona y el collar que fueron de su madre, y que él había conservado con inmenso sacrificio para colocarlos en la canastilla de su prometida. Eran dos joyas regias, muy superiores á la posición que disfrutarían en la vida; pero, en fin, para él era casi una obligación cumplida. Sobre el nacarado terciopelo, un poco marchito ya, del estuche los florones ducales, empedrados de colosales esmeraldas y soberbios brillantes, mostrábanse orgullosos, mientras las cristalinas guirnaldas de viejos brillantes de roca dormían con elegancia insuperable entre los pliegues de otro estuche.

Y por fin, allí estaban las cinco mil pesetas para miss Ofelia, que humilde le había escrito implorando un auxilio para un viaje que pensaba emprender á América. ¡La liquidación del pasado!

Y por burla del Destino estaba allí también la carta de Gertrudis Otumba aceptando hacer los honores del banquete con que el prometido de su sobrina Mónica iba á obsequiar á la familia; allí las aceptaciones á su convite de la Solar de las Victorias, de la Benialtar y la Monreal.

Y Claudio se puso en pie.

Estaba rejuvenecido, en cuanto era posible que se rejuveneciera él; tenía los ojos menos cansados y parecía más entero, más fuerte. Las noches tranquilas, las mañanas del Retiro y la Moncloa, y sobre todo el amor á Mónica Ferreras, que le adormecía como un bálsamo, habían hecho el milagro. Sentíase casi feliz, liberado de las inquietudes que en los tres meses transcurridos desde el

baile de la de Otumba, sólo muy de tarde en tarde le asaltaban. Por su gusto, hubiera querido vivir siempre así, no buscar alternativas ni variaciones, permanecer en aquella amable somnolencia. Pero la vida, implacable, no hace caso de los deseos de los hombres, y el tiempo pasa y no en balde, y por fin había sonado el plazo que él mismo se señalara. Arregladas las cosas, era llegado el momento de decir la verdad á la muchacha, y si realmente le quería...

Un eco repitió á su oído: «¿Le quería?»—esta vez en son de pregunta—. ¿Y por qué no? ¿Por qué dudar siempre? Además, ¿cómo engañarle á él, tan escéptico? ¿Pero es que realmente era tan escéptico? Y la voz irónica le murmuraba al oído: «Lo fuiste.» Engañarle... Sí; ¿por qué no? Ahora vivía de los sentimientos, y es más fácil engañar con el sentimiento que con las sensaciones.

Dominóse; rechazó la absurda cavilación, y, tranquilizado, dispúsose á ir en busca de la amada.

....

—¡Oh, Claudio! ¡Por qué has de ser siempre así! ¡Por qué has de buscar un elemento de tortura con que mortificarte y mortificarme, cuando la mañana es tan hermosa y cantan los pájaros y hay tanta alegría!

Bajo la magia del sol primaveral, el viejo jardín de los Felipes florecía con su belleza á la vez serena y elegante. El cielo era azul, sin una nube, y una atmósfera de diafanidad admirable envolvía las cosas como una campana de cristal; de vez en

cuando, ligera brisa pasaba entre los árboles, haciendo temblar con leve escalofrío las esmeraldinas hojas; los pájaros cantaban en las ramas, y mariposas blancas y azules aleteaban livianas, con su gracia efímera de vivientes flores. Nunca fueron los jardines de España—fuera del afrancesado pensil de San Ildefonso—lo que los frívolos jardines del siglo XVIII francés, y si hicieron á veces de boscajes de Paphos y Citerea, fué sin corderos lazados de rosa, ni marquesas pastoras, ni Amarilis de peluca y espadín. Nuestros jardines fueron más severos, y los árboles enormes, y las torres chinescas, y las toscas cascadas, y las pétreas estatuas, y las fuentes un poco amazacotadas, hicieron á maravilla el fondo á los pomposos guardainfantes, á las ropillas de rica seda de Talavera y á los chambergos de larga pluma, y hasta el viento del Guadarrama, al pasar entre los troncos centenarios, rimó mejor con las pavanas y las gavotas que con los minuetos.

Desde allí veíase la elegancia severa de la avenida de las estatuas, con sus reyes de piedra rotos, mancos, desnarigados, pero llenos de esa nobleza un poco melancólica de las cosas que fueron; oteábase entre hileras de árboles desiguales la clara lámina del estanque, en cuyas aguas de cristal mirábanse las atrabiliarias figuras de la fuente egipcia, y á los lados del lago en miniatura, las bellas fontanas—la Alcachofa y las Ranas—, y por fin, á sus pies, el vergel del Retiro, el Parterre, tejía sus tapices de flores.

Mónica, sentada á veinte pasos del aya, en el parapeto que corría sobre la fuente de los Delfines, sonreía á Claudio, instalado junto á ella. Estaba muy guapa; toda la gracia delicada de su persona parecía acrecentada por el encanto primaveral de la mañana. Sus cabellos rubios, un poco cenicientos bajo los rayos de la luz artificial, brillaban en pleno día con imprevistos reflejos de oro; los ojos eran aún más azules, dos jirones de cielo que reflejaban cielo, y los labios de coral rasgaban su sonrisa sobre los dientes blancos. El atavío modesto, el sombrero negro adornado de rosas, el traje sastre azul marino, alegrado por una cascada de encajes blancos que hacían las veces de corbata, realzaban la suprema distinción de su figura.

—¿Por qué, Claudio; por qué has de ser así? No hay tantas horas de verdadera felicidad en la vida, para malgastar las pocas que tenemos con fantásticos quebraderos de cabeza—. Su voz era una caricia que resbalaba sobre los dolores morales cicatrizándolos, como antaño las manos ungidas de santidad de los bienaventurados curaban las heridas en que se posaban un instante.

Claudio se debatió contra el adormecedor encanto:

—¡Fantásticos quebraderos de cabeza! ¡Ojalá, Mónica, que fuese así! Pero no, ahora no se trata de aprensiones mías.

—Veamos—musitó ella risueña—; veamos esas cosas terribles.

El imploró:

—No lo tomes á broma; es la felicidad, nuestra felicidad, nuestra vida, la que vamos á decidir.

Ante el tono de ansiedad profunda con que tales palabras fueron pronunciadas, la muchacha sintió súbita pavura. Huyó la sonrisa de sus labios y en el cielo azul de las pupilas formáronse sombras de dolorosa inquietud.

—Es preciso que sepas la verdad, Mónica, toda la verdad; yo no quiero engañarte, mentirte; no quiero que jamás me puedas reprochar la menor traición. Verdad que yo no te he mentido nunca; pero he dejado que te mintieran, y... es peor. Es pecado de cobardía, de pusilanimidad... ¡Pero estaba tan solo, tan triste, que temí perder el único cariño que me quedaba en el mundo!— Su voz temblaba de emoción. Se rehizo. —Pero no quiero más comedias, ni más falsedades, ni más mentiras; me ahogo; si te pierdo á ti, que eres la luz de mis ojos, la paz de mi alma, la única razón de mi vida, no me quedará sino la tristeza infinita del bien perdido; pero á lo menos habré sido leal.

Con un dogal de angustia oprimiéndole la garganta, imploró ella:

—¡Habla, Claudio; por Dios, habla!

—Pues bien; quiero que lo sepas; que lo sepas todo, que no haya un punto en mi vida que tú ignores; soy pobre, estoy arruinado. Los fantásticos millones de los Hernández de las Torres han vuelto al vacío de donde salieron; de toda esa fabulosa fortuna de *nababs* que me atribuyen, que

durante veintitantos años he tirado á los cuatro vientos, no quedan más que seiscientas mil pesetas y las joyas de mi madre, que he guardado para ti. Lo demás, todo se ha hundido, se ha hecho polvo, ha rodado, ha desaparecido.

—¿Y el palacio?—interrogó ella con tristeza inmensa, en que se adivinaba una piedad sin límites por el amigo desgraciado.

Vaciló él un instante; luego, dominándose en esfuerzo enorme de voluntad, afirmó con firmeza:

—El palacio también. Cuadros, bronces, mármoles, tapices, todo; todo menos los retratos de familia.

Una sonrisa triste se esparció por el rostro de la muchacha:

—¡Has dudado de mí, Claudio!

—No he dudado—gimió él—; pero, piénsalo, tú eras mi bien, mi único bien, y temía perderte, no porque no creyese en ti, sino porque me encontraba miserable, temeroso de todo, como el creyente que no duda de la misericordia de Dios pero que tiembla ante él. ¡Perdóname, Mónica, alma mía; perdóname y ten piedad de mí!

Contempló ella un instante los pobres ojos grises, mortecinos, que espiaban los menores gestos de su rostro, presos en ansiedades de agonía, y habló luego lentamente, con su voz cantarina, timbrada de tristeza ahora:

—¿No había de perdonarte, Claudio? Te quiero, te quiero aún más ahora que han desaparecido esos condenados millones que me hacían dudar,

que eran la única barrera que se alzaba entre nosotros. ¡Ah, qué mal me conoces! Para mí la vida fué otra cosa muy distinta que para ti. Para mí la ilusión ha sido la defensa en los trances más amargos de la lucha. ¡Si vieses qué consuelo y qué energía he encontrado en la memoria de mi padre! El culto al honor y al deber, que aprendí en su vida y más aún en su muerte, me han sostenido siempre. Cuando una duda surgía, he consultado á su memoria: ¿Qué hubiese hecho *él?* Y al principio, muy niña aún, hablaba con mi madre, y sentía ante las cosas que de él me contaba—cosas muy sencillas, nada teatrales, pero llenas de sentimientos altos y de hondos sentimientos—, una ternura y un respeto muy grandes, y aquél fué el mejor libro en que estudié la vida. Luego, cuando vueltas las cosas á su cauce, mi pobre héroe tuvo su monumento en el campo santo y nosotros un algo para vivir con decoro, seguí yendo á su tumba para hablar con él y pedirle consejo; y siempre que se me presentaron esos menudos problemas que surgen en rodar cotidiano, siempre que, mujer, y mujer joven al fin, me sentí vacilar, acudí allí, en busca de nuevas fuerzas...— Detúvose un momento. Claudio la oía embebecido. Ella siguió: —Cuando te encontré y adiviné en ti un corazón lleno de bondad y de amargura, te quise. Tus millones me hicieron vacilar; la idea de que pudiesen creer que yo, la hija de Rafael Ferreras, podía andar á caza de dinero, me exasperaba, y dudé; pero la tumba

querida me dijo que los rectos de corazón no admiten más tribunal que su conciencia.

Calló Mónica, y Claudio, feliz por un momento, pensó, por vez primera en su vida, que había enterrado el pasado y que sobre la tierra, removida aún, brotaban las flores sentimentales de un primer amor.

II

LA CONJURA

—La peur qui met dans les chemins
des personages sur humains
la peur aux invisibles mains
qui revet l'arbre.
D'un carcasse au d'un linceul;
qui fait trembler comme un aieul
et qui vous rend, cand ou est seul
blanc comme un marbre.

MAURICE ROLLINAT

—¡ Ah! ¡ Qué trágica, qué terrible trinidad! ¡ La noche, la lujuria y el miedo! La noche, la noche, cómplice con su obscuridad encubridora; la noche, que nos hace vivir aún en la Edad Media, convierte las ciudades con la magia lunar en viejas fortalezas ó sombrías plazas fuertes; la noche, que puebla las calles, blancas de luna, con trágicos personajes; la noche, en que aún viven Fray Juan de la Miseria, las damas de la cofradía de la escoba y los fantasmas de la *Casa del duende;* la noche, en que creemos cruzarnos con esas inquietantes figuras de la moderna literatura—los judíos

de Baudelaire, los subprefectos y secretarios de los cuentos de Hoffman, los muertos trágicos y burlescos de Poe—; la noche, en que cuando ladra un perrro, pensamos en las almas en pena, y cuando oímos un gemido nos santiguamos, evocando los poseídos del demonio. ¡La noche! ¡Cuántas cosas terribles y grotescas, monstruosas ó escalofriantes viven en la noche con ayuda de un poco de alcohol ó de morfina!

—Y al través de la noche, la lujuria nos arrebata como esos fúnebres caballos de leyenda á quienes de pronto brotan alas. El miedo tira de nosotros, pone en nuestras espaldas el escalofrío de terror, y la lujuria implacable nos arrastra al través de calles y de plazas, de pasadizos y jardines. En el maleficio de la luna, las cosas cambian de aspecto, las paredes se hacen transparentes y todas las monstruosidades aparecen ante nuestros ojos, dilatados de horror. Los hombres, convertidos en bestias, monstruosos en la extraña semejanza que adquieren de pronto con los animales; los hombres, con rara apariencia de monos, de perros, de gansos, de machos cabríos, retuércense en muecas de un épico ridículo, y son sucios, groseros, brutales, crueles; todos los dolores, desposeídos de pronto de sus vestiduras de nobleza, aparecen horrendos; entre lágrimas y gemidos, las mujeres, semejantes á monas en celo, chillan, brincan y ríen. Y hay muertos que sacan la lengua en mueca burlona y otros que se aprietan el vientre como si fuesen á estallar en una carcajada.

Habíanse detenido casi en la esquina de la Puerta del Sol. Delante caminaban Medina la Vieja y Gregorito Alsina; detrás, á veinte pasos, Alvareda el poeta y el baroncito de Roncesvalles. Postrado Claudio todo el día por una de aquellas terribles jaquecas, de las que salía rendido, doloridos los huesos y aturdida con extraña sensación de hueco la cabeza, jaquecas que cada vez se hacían más intensas y frecuentes, habían comido los cuatro en el viejo palacio, y por fin, más aliviado el señor Heliogábalo, salido á dar un paseo en la serena dulzura de la noche de Mayo.

Hablaba Claudio, por hablar, emborrachándose con sus propias palabras, más que por ser escuchado, por escucharse á sí mismo, sintiendo un acre placer en hacer gala de aquella clarividencia suya, que agravaba el peligro, que lo ponía de relieve é iba mostrándolo poco á poco, no sólo en el presente, sino en el futuro, sin ser por eso parte á evitarlo. Tenían así sus caídas algo de pesadilla; eran como si una persona que rodase por un precipicio, en vez de perder toda conciencia, fuese dándose cuenta de cada golpe, de cada choque, de cada desgarradura, y aún viese reflejarse en el fondo, como en un espejo, el sangriento montón de despojos que formaría al llegar abajo.

Gregorito le escuchaba; demasiado inteligente para tomar á broma aquellas inquietudes, contemplaba á su amigo con el asombro curioso con que en un parque zoológico miraría un ejemplar

raro. Al fin, cansado de aquellas divagaciones, le interrogó sobre cosas de más palpitante interés:

—Y de tu famosa fiesta ¿qué hay?

Claudio explicó lo que serían todas aquellas maravillas. Había encargado flores á Valencia, Murcia, Málaga; dulces, frutos exóticos, cosas extraordinarias y más flores aún á París... Primero tendría lugar el banquete ofrecido á su futura y á la familia de su futura. Haría los honores con él Gertrudis Otumba, á quien había descubierto que le unía lejano parentesco, y que como persona de mayor respeto y posición sería la encargada de la petición de mano. Ya habían aceptado sus convites la baronesa del Solar de las Victorias, la Benialtar, Lina Monreal, la condesa de Barbanzón, en fin, la *creme de la creme*. Después, y sólo ante los invitados al banquete (pues que la fiesta, aunque fastuosa sobre toda ponderación, había de tener esa cierta intimidad que conviene á las expansiones con que se celebran acontecimientos familiares), Eridice Valmonte, la trágica famosa (actuaba en Barcelona, pero había prometido venir exclusivamente para tomar parte en el regocijo), haría un paso de comedia y recitaría versos; y por fin, Stanfionari, el gran cantante de la garganta de ruiseñor, se dejaría oir.

—No sabes—concluyó Claudio, con un suspiro de cansancio—lo que la dichosa fiesta me está dando que hacer.

—Quien algo quiere... Y justo es que ya que tanto cuesta dejar de serlo, cueste algo también

ser persona honrada. ¡No seré yo el que se tome el trabajo!... Pero, en fin, sobre gustos...— Y Gregorito río.

—¿De qué te ríes?—interrogó el otro.

—Mira, la verdad; la vida me parece un juego de ascensores: el que está arriba hace todo lo posible para bajar, y el que está abajo no piensa más que en subir.

Claudio se puso serio:

—Tú todo lo tomas en broma; pero es que no se piensa subir por mero capricho; es que cuando uno es viejo, la soledad asusta, y el desdén entristece, y la deshonra da ganas de llorar, y se piensa en subir porque arriba está el calor del cariño, de la amistad, del respeto que los hombres no comprenden sin la estimación. Esa lucha dolorosa por subir es como la de un hombre que agonizara solo en un pantano húmedo y frío y tratase de escalar una montaña en cuya cumbre hubiese sol y jardines, y gentes que riesen y cantasen—. De pronto, al ver que ya no estaban allí ni el bardo ni Roncesvalles, interpeló á su interlocutor: —Pero, ¿y esos?

—Me parece que han visto á Cerote y al *Pachón* y les ha faltado tiempo para *pirárselas*.

—¿Cerote? ¿El *Pachón*? ¿Dónde?—interrogó Medina la Vieja con súbito sobresalto.

—Por ahí, por la Puerta del Sol les he visto pasar.

—¿Pero qué buscan?

—¡Pseh! Probablemente á nosotros. Como el

Pachón ha estado tres meses á la sombra en el *chalet* de la Moncloa por culpa nuestra...

Claudio, involuntariamente, retrocedió un paso; pero ya la voz irónica de Gregorito Alsina zumbaba en su oído:

—¿Tienes miedo?

¿Miedo? No lo sabía. ¡Cuántas veces en su accidentada vida de aventuras un padre ó un hermano surgieron para pedirle cuentas del honor de cualquier chiquilla, conocida en los azares de los encuentros de encrucijada y que después de una noche de amor decíase seducida y abandonada por él! Y otras veces era la misma interesada, que amenazaba con el vitriolo, el puñal y el veneno, ó bien el amante de corazón, que le hacía culpable de las veleidades sentimentales de su querida. Entonces no tenía miedo; la mano en el bolsillo, empuñando el revólver, sonreía fríamente ante las amenazas... Ahora... ahora era otra cosa. Ahora había aquella felicidad frágil, sin cimientos ni raíces, que podía venirse abajo al primer soplo; ahora había su honorabilidad, su pasión, su nombre, todas aquellas cosas, tan convencionales y relativas que no resistían un escándalo, y por cima de todo, el amor á Mónica.

—Si quieres que nos vayamos...—propuso el otro con maligna complacencia ante el temor de Claudio.

Pudo más en el señor Heliogábalo la vanidad de aventurero que todas las sensatas consideraciones, y risueño formuló, lleno de fanfarronería:

—¿Miedo? ¡Ca! ¡Qué disparate!—y reanudó la marcha hacia la Puerta del Sol.

Desierta bajo la claridad de la luna, cerrados y obscuros los balcones y apagados los arcos voltaicos, la gran plaza, centro de la vida madrileña, producía esa extraña impresión que causan siempre en nosotros los lugares que estamos acostumbrados á ver llenos de bullicio, cuando se ofrecen á nuestros ojos envueltos en el silencio y la soledad. Parecía mayor; la luna, semioculta tras el Ministerio de la Gobernación, bañaba en luz media plaza, dejando con rembrandesco contraste el resto en penumbra. En el trozo de acera que queda ante el Hotel de París formaban grupos algunos discípulos de Costillares, propicios siempre para engañar el estómago vacío y los huesos molidos de cansancio, á anunciar proezas, con su natural cortejo de metales preciosos, para la temporada venidera, con unos cuantos guapos chicos que, entretenidos por beldades más ó menos públicas, esperaban que sus coimas acabasen con las nobles labores propias de su oficio, y algunos personajes inclasificables, de oficio y procedencia desconocida, pertenecientes á las hordas de famélicos de carne y ahitos de ilusión que al llegar la primavera abaten sobre la capital, procedentes de todas las provincias, pero sobre todo de las andaluzas. Por la acera de «Levante», dos ó tres trotacalles paseaban lentas, en acecho de algún rezagado transeunte que antes de retirarse al casto lecho desease oficiar en el altar de Venus;

entre las calles de la Montera y Alcalá, unas cuantas viejas vendedoras de diarios se lamentaban de su suerte, mientras unos chicos, inconscientes en sus pocos años, reían y jugaban, y por fin, ante Gobernación, unos cuantos policías paseaban su aburrimiento.

—Míralos, ahora cruzan del Carmen á Preciados.

Claudio, á pesar del velo que cubría sus pobres pupilas, mostrándole todas las cosas envueltas en tenue neblina, vió, favorecido por la absoluta soledad que en aquel trozo reinaba, la innoble silueta de Cerote junto á la bárbara apostura del picador.

—Si á lo menos encontrásemos un coche—pensó en voz alta.

Gregorito, compadecido de las torturas de su amigo, echó un vistazo en derredor.

—Nada. Lo que es por aquí no se ve ni rastro... Sí, creo que por la calle de la Montera baja uno, pero es abierto—. Y luego: —Mira, ahora esos vienen hacia aquí.

Claudio repitió la máxima que le guiara en los lances peligrosos de la vida:

—Más vale esperarles y darles la cara desde luego.

Inmediatamente la voz irónica que como un eco lejano subrayaba de algún tiempo á la parte sus ideas, zumbó en su oído: «Lo que no pasa cien veces pasa una.» ¡Ah! ¡Con cuánto placer hubiera echado á correr para buscar refugio en su casa y

pedir á la sociedad constituída que le defendiese. Antes era valiente, osado, audaz; los lances nocturnos no le asustaban; pero ahora... La endeble felicidad, que al primer soplo podía venirse á tierra, le robaba resolución.

Muy pálido bajo el ala del flexible negro, el gabán abierto sobre la bordada pechera, cerrada por un zafiro de peregrina belleza, y cruzado el chaleco por la cadena de perlas, el señor Heliogábalo se había detenido junto á la farola central, teniendo á Gregorito al lado. El corazón latíale con inusitada violencia, ante sus ojos danzaban miles de luminosas chispas, sus piernas flaqueaban y le temblaban las manos; pero con un esfuerzo supremo de la voluntad esperaba quieto aquel peligro, que se le acercaba con el lento caminar de los dos aventureros.

Al fin (le parecieron siglos los segundos) estuvieron ante él, y mientras Cerote quitábase el sombrero ceremoniosamente, el *Pachón* contentóse con llevarse la mano al suyo con gesto chulesco, un poco desdeñoso.

Medina la Vieja, con voz que quiso hacer firme, pero en la que leyó Gregorito un temblor de miedo, interrrogó:

—¿Qué se les ofrece?

Cerote inclinóse y comenzó con burda diplomacia:

—En primer lugar, el gusto de saludar al señor conde, á quien hacía tanto tiempo que no tenía la honra de ver...

Pero el picador, echando sobre Claudio una bocanada de aliento que hedía á vinazo, cortó por lo sano:

—¡Cuernos! ¡Qué música de *finolerías,* ni qué San Cuerno bendito! Aquí estamos el señor y yo para arreglar unas cuentecitas pasadas, ni más ni menos...

Don Mausoleo, siempre diplomático, interrumpió hipócritamente, como si quisiese atajar la brutalidad del otro:

—¡Hombre! ¡Pepe, no seas bruto!

—Don *Masuleo: ¡amos!,* que me deje á mí de pijoteras pinturerías, que *er señó* y yo *tenemo* que hablar.

Claudio fué cobarde y comenzó á transigir, buscando una fórmula que alejase el peligro. Con brusquedad que encubría el deseo conciliador replicó á las palabras del chulo:

—Pues no creo que sea ni sitio ni hora de tener conversaciones. Todo el mundo sabe dónde vivo y dónde se me encuentra.

—¡Recuerno! ¡Como si *entoavía* no supiese uno que hay un *repodrío* portero para no dejar pasar ni al verbo divino.

Medina la Vieja transigió aún á degradarse más, y tras breve vacilación, y encarándose esta vez con Cerote, protestó con una falsa camaradería llena de benevolencia:

—¡Hombre! Yo no cierro nunca la puerta á mis amigos.

Don Mausoleo, como persona práctica, al ver

que el otro capitulaba, sintióse inclinado á aceptar la tregua.

—Si el señor conde nos da palabra, palabra de honor, de recibirnos...

Pero el *Pachón,* más bruto, ó más excitado, ó ambas cosas á la vez, interrumpió airadamente:

—¡Yo qué cuerno tengo que *dir!* Aquí el señor y yo vamos á arreglar un asunto, porque por culpa del señor he *estdo* tres meses á la sombra, ¡y de mí no se ríe ningún pijotero hijo de púa!

La mano temblorosa de Claudio acarició en las profundidades del bolsillo la culata del revólver. ¡Con cuánto gusto hubiese alejado á tiros aquella mala bestia! Pero una detonación era el escándalo: las gentes rodeándole, la policía obligada á detenerle pese á su título, los periódicos, y luego, la ruptura de su boda, la caída definitiva y el nuevo éxodo, solo y triste, al través del mundo. Dominóse, humillándose aún:

—Vaya, amigo, ¿quién le ha engañado? Dígale que le devuelvan su dinero—. Y con afectada bonachonería: —¡Vaya! ¡vaya! Si quiere algo, vaya por casa, que yo siempre tengo gusto en ayudar á los amigos.

Cerote quiso intervenir, francamente conciliador ahora; pero el bruto, tal vez llevado por los vapores del alcohol más allá de lo que quería ir, estalló en franca bestialidad, dejando á un lado la falsa zumba con que hasta entonces revistiera sus palabras.

—¡Lo que voy á hacer ahora mismo es romper-

le la cochina cara, pisotearle esos huesos de mulo viejo, arrancarle ese marrano corazón de hijo de púa *pa* echárselo á mi perro!

Como por ensalmo habían ido surgiendo gentes, que se constituyeron en espectadores de la tragicomedia y aun algunas veces, con sus dicharachos, exclamaciones y apóstrofes, sustituyeron á los coros de las antiguas tragedias griegas. De todos los rincones de la Puerta del Sol, donde cinco minutos antes no podía contarse arriba de una docena de personas, empezaron á surgir sombras discretas que, según iban entrando en los dominios de la luz, convertíanse en hórridas arpías, locas bacantes, burlescos gnomos ó agresivos faunos. Como si á la consigna de un espíritu maligno alzáranse del Averno en que dormían todas aquellas almas en pena, para insultar, perseguir y escarnecer al señor Heliogábalo, levantóse un clamoreo de procacidades y groserías.

Los chulos y las mozas de partido, más buen número de golfos, no contentos con tomar parte por el suyo, descargaban sus odios contra el señorío en general y su antipatía en particular contra aquel tipo con cara de muerto que á tales horas andaba en busca de aventuras. Formaban pintoresco semicírculo, en que el rostro apergaminado, cortado de arrugas y exornado de feroz bigote de las zurcidoras de gustos, contrastaba con los albayaldes y bermellones de las sacerdotisas de Venus, las incultas barbas de los mendicantes con las bien rasuradas mejillas de los caballe-

ros del amor, y en que los golfos, con sus muecas y visajes, eran como micos burlones. Cada grosería del *Pachón,* por momentos más violento y agresivo, era subrayada, alabada y aplaudida; cada titubeante razón de Claudio, escarnecida y rechazada.

El conde de Medina la Vieja se vió perdido si no conseguía huir, y como en aquel momento pasase un *simón,* empujó dentro á Gregorito y saltó él:

—¡Arrea á escape por Alcalá!

Pero el coche no se movió. El picador habíase agarrado con fuerza á la capota y al mismo tiempo alguien (don Mausoleo, que había dado la vuelta sin que se diesen cuenta) sujetaba el caballo. Peor situado que antes, expuesto á la vergüenza sobre la grotesca plataforma del alquilón, Claudio agonizaba de angustia aguantando el chaparrón de injurias que el *Pachón,* coreado por el populacho, lanzaba sobre él.

—¡Baja de ahí, *roío* hijo de púa!—gritaba el borracho, exasperado—. ¡Baja de ahí, y de hombre á hombre, sin tu cochina policía detrás, veremos si te las tienes tan tiesas como en el *Topacio!*

Con infinita angustia imploró casi Claudio:

—Bueno, ya hablaremos. Ahora déjeme marchar.

—¡Marcharte! *¡Amos,* tú has *arreparao* mal!

Una voz de hombre sonó atiplada, burlona:

—¡Ay, *mare,* qué *mieo!*

Y una de las arpías, volviéndose á una amiga, interrogó con chunga:

—Hija, ¿has *traío* la Colonia?, porque lo que es al *señó* le da un sopiliponcio.

Gregorito, inclinado sobre la capota, contestaba con desvergüenzas á las procacidades del público, ó sacaba la lengua á las prójimas que se metían con él. Claudio hizo acopio de energías, y encarándose con el enemigo ordenó:

—¡Suelte usted!

—¡Ay!—chilló una anónima—; ¡que se enfada su alteza!

—¡Jesús!

—¡Miau!

—¡Fu! ¡Fu!

—¡Zape!

La voz bronca del chulo dominó la algarabía:

—¡Lo que va usted á hacer es bajarse de ahí á escape, y ahora, cara á cara, veremos!

Pero Claudio ya no le oía. Desesperado, viéndolo todo perdido, había sacado el revólver y aplicado el cañón sobre la mano con que el bruto sujetaba el coche.

Sonó una detonación y luego un alarido de dolor; don Mausoleo soltó las riendas, la gente se hizo instintivamente á un lado y el caballo, asustado por el tiro, brincó primero y luego partió en desenfrenada carrera calle de Alcalá abajo.

III

EL FESTÍN DE HELIOGÁBALO

L'espoir? Bérision! L'amour? Insanite!
La gloire? Triste fleur mort en crevant la terre!

MAURICE ROLLINAT

La marquesa de Casa Baldón fulminó una mirada anonadadora, capaz de pulverizar á cualquiera, contra el excelentísimo señor don Pomponio Augusto Pérez, «el Héroe de la Pampa» antaño, hoy *charche de affaires* de la República del Bengali. ¡El muy sátiro del general le estaba *parcheando!* La dama disfrutaba de un léxico brillantísimo. Aquellas pintorescas modalidades de lenguaje (y aun otras más castizas) formaban parte del rico vocabulario adquirido en la paterna casa de *empréstamos,* donde entre pignoraciones al sesenta por ciento anual, escándalos de juerguistas y lágrimas de necesitados, había visto deslizarse los mejores años de su juventud.

La verdad es que los días vividos libres de preocupaciones de posición y elegancia, fueron los

mejores de su vida. Aun ahora, en medio de lo que á ella se le antojaba *sus triunfos mundanos,* sentía en las horas de tedio la nostalgia del obscuro tenducho. Veíalo en su imaginación lleno de mil y mil heterogéneos y absurdos objetos que decían de ruinas y de cataclismos, desde los colchones, que pregonaban una hora de angustiosos apuros, hasta las joyas, que recordaban el capricho de una mujer galante. Veía las pilas de mantones de Manila, que alegraban los ojos con las abigarradas notas de sus fantásticas flores—en aquellos tiempos soñaba ella con ser mujer, y arropada en uno ir camino de la plaza, para allí aplaudir á un guapo chico que luciría su garbo entre los áureos recamados de un capote como los que colgaban dando guardia de honor al escaparate—; los ricos objetos de plata, las bandejas, trabajadas á martillo, de la orfebrería española, las filigranadas mazarinas, los cálices y pebeteros italianos y las chucherías holandesas. Pero, sobre todo, aún chisporroteaba en sus pupilas el iris prodigioso de las piedras preciosas con que ella jugaba en la trastienda mientras su padre, caladas las gafas y el gorro sobre la oreja, las iba clasificando con admirable acierto.

Su padre fué un hombre singular con raras dotes de hacendista. Parecía disponer de un extraño poder de atracción para el dinero, y así, desde un tenderete portátil de baratijas que paseaba por los cafés, fué ascendiendo por la escala social hasta aquella tienda de «préstamos sobre alhajas,

ropas y efectos», que fué la verdadera cuna de su colosal riqueza. Nadie como él para juzgar al primer golpe de vista un objeto y ofrecer por él la cuarta parte de su valor si el pignorador tenía cara de no poder rescatarlo más, y de ofrecer en cambio el cuádruple si en la presentación del necesitado dejaba traslucir tan sólo momentáneo apurillo, del que pronto saldría rescatando las rehenes sin discutir los intereses. Nadie como aquel bueno de don Romualdo para resistir á toda compasión y enternecimiento, sabiendo hacer frente á una madre hambrienta, llena de angustia, y murmurar con lágrimas de cocodrilo en los ojos: «¡ No puedo, señora ; no puedo dar más! ¡ Y créame que lo hago por caridad, porque no tiene uno el corazón de palo!» Ya muy adelantado en la vida, amplió el taimado sus negocios con ciertos préstamos á nobles manirrotos y recién llegados vanidosos que, con tal de salir del apuro, no reparaban en medios.

Aquel perpetuo roce con personas de calidad hizo nacer en el alma del usurero devota y apasionada admiración por sus víctimas. Y mientras se embolsaba los cuartos (lo cortés no quita á lo valiente) admiró el desdeñoso señorío con que aquellas gentes se arruinaban, la elegantísima naturalidad con que señoras y caballeros se metían en fantásticas trapisondas, y sobre todo el arte inimitable para pedir dinero, con tan desdeñoso tono y tan indiferente ademán, que no parecía sino que hacían singular favor al solicitarlo. En el espíritu

del mercader retoñó un deseo. Primero parecióle inconfesable, luego entró en el terreno de las hipótesis admisibles y al cabo de algún tiempo embargó por completo su voluntad. ¿Y por qué no había él de casar á su hija con un título? Otras que valían menos lo conseguían. Cierto que la chica no era ninguna maravilla; pero, en cambio, ¡sus ocho millones de pesetas no se los quitaba nadie! Hay que contar que por aquellos tiempos (los azarosos de la revolución de Septiembre) había el bueno de don Romualdo abandonado su negocio de préstamos al por menor, é instalándose en un suntuoso piso principal, emprendido en gran escala los negocios de contratas para el Ejército. En las revueltas aguas de las luchas revolucionarias mordió por fin el cebo de sus millones el marqués de Casa Baldón, noble tronado, apasionado defensor de la desterrada dinastía. Realizada la boda, algunas de las talegas del suegro vaciáronse en las luchas civiles, y al fin, cuando el Príncipe Alfonso, triunfador ya, sentóse en el trono de sus mayores, el antiguo tendero vió premiados sus sacrificios con una senaduría vitalicia, que á decir verdad sólo le sirvió ya para que los porteros de la Alta Cámara fuesen en su entierro y el presidente pronunciase sentido elogio, ponderando las dotes de honradez, civismo y generosidad del difunto.

Romualda Rodríguez, marquesa viuda de Casa Baldón (su marido había tenido el buen gusto de morirse á los pocos años de casado), embutido su

cuerpo rechoncho, de elegancia de líneas evocadora de los pucheros de Alcorcón, en un traje de tisú de oro recubierto de encajes verdes, lucía sobre los senos, que huyendo de las apreturas del corsé buscaban como cautivos globos la barbilla, un espléndido collar de esmeraldas y brillantes. Su cuello corto, oprimido por varios hilos de enormes perlas, sostenía el rostro, de mascarón viejo, en el que, entre patas de gallo y otras injurias del tiempo, brillaban unos ojillos negros bastante vivos—tormento en lejanas horas de horteras sentimentales—, atrozmente embadurnado de polvos de arroz, y entre los cabellos, infamemente pintarrajeados de negro, ostentaba una corona de prodigiosas pedrerías. Mientras con disimulo mojaba pan en la salsa del salmón (las sopitas en salsa eran su debilidad), sentía arder su corazón en ira.

¡Dónde había ido á meterse! Y tenía la culpa aquel mamarracho de Julito, á quien ella, en mal hora, acudiera en consulta, deseosa de saber si una señora podía aceptar un convite para casa del estrafalario de Claudio Hernández de las Torres. ¡Pues no había tenido el muy botarate la avilantez de escandalizarse de la pregunta! ¡Ay! ¡Como ella le cogiese la iba á oir! ¡Si ya lo decía ella!... ¡Si tenía al tal Claudio sentado en la boca del estómago!... ¡Y el indecente de Julito, después de hacer el desaguisado, se había quedado tan fresco! Mezclarla á ella (¡á ella, Señor, á ella!) con aquellas gentes, que sin vacilar calificaba de balas perdidas... ¡era para indignar á cualquiera!

Ella era una señora, una gran señora... ¡ Pues bonito estaría que después de *apoquinar* su buen *parné* y llenar la tripa á tantísimo hambrón le pusiesen entre gentuza. ¡ Y que no comían nada los angelitos! ¡ Miedo, miedo daba verles comer! Ella, cada vez que daba un baile, se echaba á temblar. Y no servía de nada que estuviese toda la noche vigilante... ¡ Sí, sí ; podían irles con vigilancias! Como ellos tenían poquísima *lacha,* y ya se sabe que el que no tiene vergüenza toda la calle es suya, se quedaban tan frescos, y después de ponderarla las excelencias de su *buffet* seguían engullendo. ¡ Todavía tenía ella sobre el corazón aquella cabeza de jabalí que se comió la condesa de la Campanada en su último baile. ¡ No había dejado más que los colmillos y una oreja!

Al otro lado del ministro americano, la generala Pérez Cazoleta sonreía embobada y se asombraba de todo, creyéndose entre la *elite* de la sociedad, donde su marido (antes aquel cabo Pérez tan dicharachero y guasón) tenía acceso gracias á su elevado cargo de Inspector General de Sementales. Comía la dama con mil primores y fililíes, cuidadosa de que no se le torciese la corona de brillantes, comprada de lance en el Monte con el producto de un premio con que la Lotería le obsequiase meses antes, y aburríase respirando, amén de sudor, satisfacción por todos los poros.

Un poco más allá, Pilar Valdivia, en la dudosa limpieza de sus encajes cremosos, que con su inquieta movilidad metía en todas las salsas, salpi-

caba con todos los vinos y desgarraba en los picos de las estrellas y medias lunas que en exuberante avalancha le adornaban, sostenía á gritos una tesis atea *para fundir el hielo,* generalizando la conversación. Sólo el vizconde de Hurtado, académico de la Lengua y sordo como una tapia, ponía sus cuatro sentidos en lo que la dama peroraba, mientras, distraído como siempre, dejaba caer una cucharada de sopa sobre la cola del vestido.

Julito Calabrés, inclinado muy serio hacia la condesa viuda de Cerrillos del Arzobispo (que, recién llegada de su palacio de Guadalajara, le oía, pasmada de las conversaciones cortesanas), afirmaba doctoral:

—Desengáñese usted, condesa; en una mujer, el corsé es todo.

Y Paca Campanada dejaba boquiabierto al marqués de las Barcas del Pisuerga, finchado caballero que se quedara atrasado en veinte años y que ahora, para sentar plaza de conversador mundano, contábale las malandanzas de cierta señorita de Pamplona á quien el marido gastara el caudal, con una de aquellas salidas de tono habituales en ella:

—¡La dejó sin camisa!

—¡Bah! En un hombre que se casa enamorado es lo más natural.

Lidia Alcocer, casi desnuda en aquel atavío de crespón rojo pompeyano florecido de oro, se aburría á morir entre un pintor desconocido y un poeta no menos anónimo, y recordaba nostálgica

sus amigos del *Club,* á quienes debía tan buenos ratos.

Sin prestar gran atención á sus invitados, lívido á pesar de los afeites, roto, fofo, caído, con cierta lúgubre apariencia de polichinela de *guignol,* Claudio, borracho de éter, sostenido, mejor dicho, galvanizado á fuerza de inyecciones de morfina, paseaba los ojos turbios, grises, inertes, por el salón.

Sobre la gran luna que, orlada de orquídeas en que un leve polvillo de plata parodiaba el rocío, cubría la mesa, nueve Musas de Sevres danzaban, enlazadas por guirnaldas de las mismas flores que adornaban el espejo, pero éstas de suave coloración rosada. En el centro de la mesa un Apolo, también de Sevres, apoyado en unas rocas, tañía la lira, mientras á sus pies volaba el Pegaso.

En los tapices, tejidos con oro, plata y sedas, que, encerrados en las columnas de mármol negro con dorados capiteles de bronce, cubrían los muros, los cóndores de la victoria alzaban sus vuelos; por veredas de ensueño, bajo cielos de zafiro, entre árboles de esmeralda cubiertos de frutos de oro y de rubí, avanzaba el cortejo de la Reina de Saba. Y en la extraña maravilla procesional, entre los elefantes, los dromedarios, los grifos y los unicornios engualdrapados de brocados recamados de oro, de turquesas y brillantes, lucía la frágil gracia femenil, semioculta por el leve misterio de los velos y el pálido oriente de las perlas. Al través de los grandes ventanales —como en animados tapices—divisábase el jar-

dín, bañado como en lunar claridad en la luz de los ocultos arcos voltaicos. Y tal un jardín de magia, por todas partes era el triunfo de las rosas, de las palmeras gigantescas y de los naranjos en flor. Criados, con suntuosas libreas de época, iban y venían silenciosamente, mientras la orquesta húngara dejaba oir sus ecos. De las cosas pasó Claudio á las personas. ¡Qué cruel contraste! ¡Qué abismo entre la realidad y lo que él soñara! Por un momento había creído vencer. Allí, sobre aquel fondo aladinesco, los grandes nombres y los grandes prestigios vendrían á él. Y por crueldades del Destino, lo que él soñase triunfo señalado habíase convertido en cruel parodia. Y contemplaba á las gentes, gentes ambiguas ó francamente desconocidas, reclutadas á última hora en las angustias del ridículo. Fuera de Julito y las Campanadas, que iban á todas partes donde pudiesen divertirse, y fuera de la Almenar y Pilar Valdivia, francamente en decadencia, de sociedad sólo había allí la Alcocer, que un poco alejada del tráfago mundano se había dejado pescar, y la Casa Baldón, usurera y ridícula, de quien se reía todo el mundo y á cuya casa—el famoso palacio chinesco del paseo de las Delicias—iban á zapar y romper los muebles; los demás... Unos, gentes sin posición ni nombre, á quienes un puesto oficial hacía invitar á los bailes grandes de Palacio y á las funciones de gala de los teatros; otros, poetastros, músicos ó periodistas desconocidos aun, en los principios de su carrera; algunos, francamente inclasifica-

bles. De ellos, unos cuantos ni aun tenían frac, y él había tenido que vestirles. Como un director de escena que viese la función entre bastidores, sentía ahora ante el cuadro un poco desigual, pero así y todo bello y suntuoso, el grotesco de tales supercherías.

Y evocó el calvario de aquellas cuarenta y ocho horas. Primero, al volver á su casa después de la escena de la Puerta del Sol, las inquietudes, los temores; la noche atroz en que, después de haber intentado inútilmente vencer sus nervios con éter, con morfina, con cocaína mismo, había comenzado á pensar, presa de calenturienta excitación, á trazar descabellados proyectos. ¡Ah! ¡Si al menos le hubiese matado! La idea del crimen se aferró á su imaginación. ¿Y por qué no había de matar? ¡Era tan fácil!... ¡Un tiro ó una puñalada en el fondo de cualquier obscuro callejón!... Y mejor aún el veneno. ¿No tenía él venenos traídos de Oriente, de que una sola gota en un vaso de vino bastaría para quitar de en medio á un hombre? ¿Quién iba á sospechar del conde de Medina la Vieja? Pronto su pensamiento acalorado dejó las veredas de lo verosímil y lanzóse en descabellados proyectos de crímenes misteriosos y supresiones absurdas. Llegó á perder la noción verdadera de las cosas, que fué sustituída por una serie de sensaciones macabras—el frío del cuchillo, el estremecimiento de la víctima, el grito desgarrado, la última sacudida de la agonía, la tibia y glutinosa sensación de la sangre—, y sintióse cruel, sádico,

experimentó una voluptuosidad rara de herir, de matar, de desgarrar, de bañar sus manos en sangre, de sentir los labios húmedos y de clavar los dientes en la carne estremecida. Luego trazó planes: levantarse, vestirse, correr á la Jefatura de Policía, al Gobierno civil, al Ministerio de la Gobernación, para prevenir enfadosas consecuencias; recorrer las redacciones de los diarios para que no hablasen del lance; ofrecer dinero á Cerote... Según pensaba cada una de las soluciones, veía en su imaginación con plasticidad extraordinaria las escenas, creía oir sus propias palabras, percibía y comentaba las respuestas. Pero, encadenado al lecho como á potro de tortura por invencible abulia, no hacía nada. Por in llegó el día, y con él y con la realidad, nuevas y más atroces inquietudes. ¡Los periódicos! ¡El convite! ¡Mónica! ¿Qué dirían los periódicos? ¿Cómo explicarían el escándalo? Gregorito le había asegurado que entre el público que se aglomerara para asistir á las peripecias de la pelea estaban Ramonales y Ferunda, los dos infatigables cazadores de noticias. Al fin llegó la prensa, y Claudio buscó febrilmente: *El Imparcial* no traía nada; *El Liberal,* tampoco... ¡Al fin! Sí, aquí estaba en los demás periódicos la noticia de lo sucedido. Unos limitábanse á dar cuenta de lo ocurrido: «El conde de Medina la Vieja, perseguido con una tentativa de *chantage* por el *Pachón,* y como éste quisiese detener el coche en que regresaba á su casa, le había descerrajado un tiro en las manos, hiriéndole de grave-

dad.» Otros ponían un comentario á razón de sus ideas ó simpatías.

El día, como todos los días de amargura en la vida, deslizóse con lentitud abrumadora. Inquietísimo, nervioso, incapaz de estarse quieto, iba el señor Heliogábalo de un cuarto á otro, contemplando á los obreros que trabajaban en los preparativos del banquete, que había de celebrarse al día siguiente; ellos seguían impertérritos su labor; pero Claudio creía ver en sus labios una sonrisa burlona y en sus ojos no sé qué ironía cruel. A las once llegó Gregorito con noticias frescas: El *Pachón,* aconsejado indudablemente por Cerote, había presentado una denuncia en regla, por intento de homicidio, contra el conde de Medina la Vieja, no sin antes hacerse curar en la Casa de Socorro una herida de pronóstico reservado. El único medio, según Alsina, si había de impedirse un gran escándalo, era entendérselas con el chantagista. Dióle Claudio á su amigo carta blanca para arreglar aquello como quisiese, y él, cada vez más nervioso, más excitado, siguió en espera. ¿Qué haría la gente? ¿Qué haría, sobre todo, Mónica? ¿Perdonaríale aquel nuevo escándalo, que de modo tan inoportuno venía á resucitar viejas historias que dormían casi olvidadas bajo un manto de perdón? ¿Tendría la otra valor para arrostrar la opinión de las gentes? Según las horas pasaban cobraba esperanzas. Nadie daba señal de vida, nadie se excusaba ni declinaba su convite. Por fin, á las seis, llegó un recado verbal

de la duquesa de Otumba. Estaba mala, mala de gravedad, y le sería imposible hacer los honores con el señor conde. Casi inmediatamente recibió una carta de la del Solar de las Victorias, muy amable, muy afectuosa, pero excusándose con un luto de acudir á su convite. Desde aquel momento fué la desbandada. Sólo Mónica y las Pastor permanecían fieles; los demás, todos, se zafaban del compromiso, unos con una frase amable, otros secamente, con un lacónico recado por teléfono. Claudio sentía inmenso desaliento; pero pensando en Mónica luchó. Invitaba para sustituir á los que se excusaban, nuevas gentes, que á su vez inventaban disculpas inverosímiles; y así, lleno de angustia, desesperado ante el ridículo formidable de aquel banquete sin comensales, cada vez bajaba en el escalafón social, buscando gentes siquiera con la apariencia de personalidades sociales. A las ocho de la noche llegó Gregorito triunfante. Mil pesetas á don Mausoleo, dos mil quinientas al *Pachón,* y todo estaba arreglado; ellos retirarían la denuncia y prometían no volver á molestar.

Los periódicos de la noche fueron menos discretos que los de la mañana, y no contentos con contar el lance, corregido y aumentado, alguno, en su desvergüenza, llegó á narrar, con harto poco veladas alusiones, la historia de Heliogábalo, callando muchas cosas verdaderas, trágicas y dolorosas, y esmaltándola, en cambio, de infinidad de detalles absurdos ó grotescos, que se alejaban por

completo de la realidad, pero que á ellos antojábanseles llenos de color local.

La noche fué atroz. Otra vez la excursión al través de los venenos que matan adormeciendo; otra vez aquel sopor lleno de pesadillas, y al fin la mañana, y con ella el primer desengaño del día, un telegrama de Erídice Valmonte, excusándose, «por cosas imprevistas», de trabajar aquella noche. Gregorito, que se había constituído en auxiliar, propuso que ya que la cómica no acudía y el tenor probablemente tampoco, organizase algo flamenco, puesto que las cosas flamencas eran tan *chic.*

A la hora de comer llegó un recado verbal de las Pastor Cordero: Cleopatra estaba en cama y les era imposible ir. Desde aquel instante Claudio se dió por vencido y delegó en Gregorito. Mónica no iría tampoco, se lo decía el corazón. Pero en el fondo esperaba aún; así que al ver una carta de ella tembló.

Era una misiva fría, correcta, en que se excusaba de ir y le devolvía su palabra. Su madre estaba enferma, vieja, sola... Bien meditado... no tenía valor para separarse de su lado... A él no le faltarían mujeres en el mundo...

Entonces Claudio, en un impulso de ira, recobró su voluntad, y ayudado por su acólito luchó, repartió convites, improvisó comensales y, por fin, á la hora de la cena, como un gran escenógrafo, contempló su obra. ¡Su obra: la tragicomedia en que lo bufo y lo grotesco se fundían; la mascarada burlesca y triste en que las prostitutas se dis-

frazaban de señoras, los aventureros de caballeros, la amargura de ingenio y el dolor de risa!

Con las últimas notas de una tarantela napolitana sonó la voz bronca de Paca Campanada, que contestaba á una meliflua aseveración del marqués del Pisuerga:

—Créame usted, marqués, el amor nos hace muy bestias.

La Casa Baldón, con aquella oportunidad que á la par del léxico era reminiscencia de la exquisita educación recibida en la antigua casa de *empréstamos,* olvidando el sabio adagio que prohibe mentar la soga en casa del ahorcado, habló de Rosalía Puente y de sus escándalos:

—En el caso de la condesa de Puente no se comprende. ¡A una mujer fina, de *nuestra clase,* agradarle esa gentuza!

Paca Campanada afirmó, con un descaro que ruborizó á la Inspectora General de Sementales:

—El deseo no repara en tales niñerías. Cuando nos gusta una persona, todo lo suyo nos parece de perlas... los defectos no se los vemos hasta después. Cuando estamos *enchulaos,* la blasfemia de un carretero nos parece más musical que una sonata de Beethoven.

Claudio, dejándose llevar del amor que sus cuitas le inspiraban, amor en que había mucho de literatura y algo de mosochismo moral, habló lentamente:

—Ya sé que hay gentes que cuando no pueden dormir suprimen el café, y esas gentes no com-

prenderán nunca el dolor de ciertas vidas en que hay de trágico y de grotesco. Los moralistas, no los viejos moralistas del yermo, que sufrían de tentaciones y en el erial de cuyas almas florecía la compasión como una gran rosa embalsamada, sino los otros, los doctrinarios, los tartufos, que son severos con los pecadores porque ellos nunca sintieron la tentación de pecar, no sospechan la cantidad de amargura que hay en ciertas almas poseídas por el demonio del deseo. ¡Como si el mariscal de Reis, el marqués de Sade, la Brinvillers y todos los que atravesaron el infierno dantesco no hubiesen sufrido, y llorado, y gemido, y pasado noches en vela implorando piedad de la deidad inexorable!...— Calló un momento y luego prosiguió: —Yo he adorado la vida, la fuerza...

Hízose un súbito silencio. Los invitados permanecían atentos, esperando las palabras henchidas de amargura del conde de Medina la Vieja; pero Claudio, el rostro crispado en una mueca de horror supremo, se había incorporado súbitamente silencioso; en la espantosa lividez de la cara de cadáver, los ojos fríos, grises, miraban con alucinada fijeza; sus manos, crispadas sobre el mantel, le impedían caer, y sus labios balbuceaban cosas incoherentes.

¡Ciego! Había sentido de pronto, mientras hablaba, que un telón de niebla caía sobre sus ojos; las luces amarillearon primero y palidecieron después, como en medio de intensísimo aguacero, y las figuras fueron borrándose lentamente, mien-

tras el señor Heliogábalo sentíase hundir en un abismo de negruras.

....

Cuatro horas después despertó. Con súbito sobresalto separó el vendaje que cubría sus ojos y miró en derredor. Estaba en su alcoba, tendido sobre un diván y conservaba aún el traje de sociedad. Incorporóse trabajosamente; sentía tan sólo una gran sensación de cansancio, el malestar de la persona que acaba de despertar de una pesadilla, y además los ojos fatigados, como si hubiesen realizado un esfuerzo superior á su potencia ó resistido muchas horas una violenta claridad.

El cuarto, sumido en semipenumbra, estaba igual que cuando horas antes se vistiera; en una butaca dormitaba la vieja Dolores, y sobre un escabel Panchito roncaba. Claudio llamó:

—¡Dolores!

Incorporóse asustada la anciana y acudió solícita á él:

—Claudito, hijo, por Dios, ¿por qué te has quitado la venda?

—Ya estoy bien. Pasó el ataque.

—¡Bendito sea Dios! ¡Y qué susto me has dado!

El pensamiento del conde de Medina la Vieja, sin parar mientes en la inmensa ternura que la infeliz ponía en sus palabras, voló hacia los acontecimientos pasados, é inquieto por los comensales de su banquete, interrogó:

—¿Dieron mi recado á los convidados?

—Sí—aseguró Dolores—; se les dijo que estabas malo, que no se asustasen, porque no era nada, un vahido.

—¿Y se han ido ya?

Dolores titubeó cohibida:

—Sí... creo que sí... no estoy segura...

Claudio la miró extrañado:

—¿Cómo que no estás segura? ¿A las dos de la mañana aún van á estar ahí?

—Alguno... yo creo...—balbuceó la pobre vieja.

El de Medina olvidó sus males, y adivinando algo extraño, anómalo, dirigióse á la puerta:

—¡Pero qué pasa aquí! ¡Qué significan esos misterios!

—¡No, Claudito, por la Virgen Santísima, no vayas!—imploró ella, cruzando las manos en ademán de súplica desesperada.

No hizo él caso y siguió avanzando. Al llegar encontró echada la llave. Impacientísimo la hizo girar, murmurando:

—¡Pues estamos aviados! Yo aquí bajo llave, solo con vosotros dos, como si estuviésemos bloqueados; la gente que no se ha ido... ¿Qué sucede aquí?

Cuando á impulsos de su ira los batientes de la puerta se abrieron con violencia, abatió los párpados instintivamente y cogióse á una cortina para no caer. El choque con la luz le hizo el efecto de una quemadura. En el despacho, iluminado, pero vacío y silencioso, los extraños monstruos vivían su quimérica existencia, pero, como en

las ciudades malditas, una lluvia de fuego les envolvía en fantásticas llamaradas. Claudio, con energía moral extraordinaria, sobrepúsose al dolor físico y lentamente atravesó la pieza penetrando por la gran galería de pinturas y llegó al comedor.

En la puerta tornó á detenerse. Como en una ciudad entregada al pillaje, la canalla de escaleras abajo había caído sobre la mesa del festín. Criadas, cocineros, palafreneros, lacayos, cocheros, mozos de cuadra, abatíanse como horda salvaje sobre los esplendores acumulados por el señor Heliogábalo, y borrachos de vino y de bestialidad, reían, cantaban, gritaban, querellábanse, acariciaban con ruda tosquedad á las hembras, que perdida á su vez, por las libaciones, hasta la última apariencia de pudor, les azuzaban, excitándoles con procaces ademanes ó sabios encontronazos.

Aterrado, Claudio permanecía inmóvil, clavado en el umbral. Sobre la magnificencia del fondo, en los esplendores de los mármoles y los bronces, que reverberaban heridos por las luces de las eléctricas bujías; junto á la serena belleza de las figuras que vivían entre la urdidumbre de los tapices, aquella escena, de una barbarie repulsiva, tomaba proporciones de tragedia. Los lacayos, unos se habían quitado las libreas, y en mangas de camisa, con la cabeza empolvada aún, bebían en los jarros de Bohemia el champagne y hacían beber á las menegildas, que sucias, sudorosas, desgreñadas, se revolcaban sobre sus rodillas; otros se habían

contentado con desabrocharse ó arrancarse los altos cuellos de encajes, y ayudados por los mozos con sus rojos chalecos de cuadra salpicados de salsa, entreteníanse en romper las copas, volcar los vinos y las salsas, con un feroz placer de ensuciarlo todo, de destrozarlo todo, como si ahora se vengasen, tomando la revancha en una hora, de años de humillaciones y trabajos. En un rincón un cocinero, con el blanco traje y el alto gorro, abrazaba á una pincha; en la fuente de mármol un portero de estrados zambullía la cabeza para refrescarse, y en el suelo dos cocheros, ebrios hasta la estupidez, se revolcaban.

Medina la Vieja no pudo contenerse más:

—¡Qué es esto! ¡Qué significa esto! ¡Fuera! ¡fuera de aquí todo el mundo!

Erguido, los ojos blancos fijos en un punto imaginario, tendía una mano rígida, señalando la puerta á los invasores.

Fuera la costumbre de obedecer, fuera miedo ante la aparición del amo, á quien creían ciego y moribundo, el caso es que los más emprendieron la retirada atropellándose. Las primeras en huir fueron las mujeres; siguiéronles los otros, sin rechistar la mayoría. Sólo alguno murmuró una procacidad, una blasfemia ó una grosería, y alguno, al pasar junto á la mesa, acabó de derribar figuras, flores, jarras. Al fin salieron todos, y en la enorme pieza permaneció solo el dueño con los dos cocheros, incapaces de moverse, que roncaban en el suelo.

La mesa quedaba devastada; sobre el mantel, lleno de manchas de vino y salsas, las flores, mustias, tronchadas, yacían mezcladas con trozos de roto cristal y restos de comida, y sobre el espejo, hecho añicos, ocho musas de Sevres habían caído en la hecatombe sin brazos ni cabezas; sólo Melpómene, la musa de la tragedia, erguíase aún.

¿Y los invitados? ¡Qué dirían ante tamaña vergüenza! Y pensó en las hablillas de Madrid al día siguiente, en todas aquellas gentes que entre la fruición del escándalo formidable se considerarían dichosos de aquellos acontecimientos, que venían á darles la razón disculpando su cobardía, su ingratitud y su apostasía, y hasta á tranquilizar sus mismas conciencias, que vagamente les remorderían por la crueldad y ensañamiento que habían mostrado con él. ¿Pero dónde estaban sus invitados?

Salió del comedor, cruzó otra vez la galería é internóse en los salones. Las estancias se abrían ante él desiertas y silenciosas bajo la claridad de las arañas eléctricas, como esas salas de los palacios de encantamiento que se prolongan sin fin ante el osado invasor. Los suelos, incrustados de raras maderas, relucían como lagos; los grandes espejos empotrados en las paredes multiplicaban las imágenes hasta el infinito; las luces brillaban con esa claridad fría con que lucen en los grandes locales vacíos; en sus barrocos marcos de talla, los retratos tenían la misteriosa vida que adquieren á las altas horas de la noche, y en el

fondo del salón de baile un fauno de mármol tañía irónico su agreste siringa. No había nadie.

Al fin, en el saloncito que precedía á la *serre*, vió á Gregorito Alsina dormido en una butaca. Ni aun tomóse el trabajo de despertarle, y siguió avanzando. Pero al penetrar en el invernadero vaciló un instante y al fin quedó quieto, semioculto por un macizo de palmeras. ¡La repetición de la escena del comedor! Y ahora no era la chusma la culpable, eran sus amigos, las pseudo señoras, los poetas, los pintores, los músicos y los artistas.

En la exótica belleza de la decoración, de exuberancia tropical; entre las palmeras gigantes, los helechos arborescentes y los naranjos en flor; junto á la fontana de jaspe, sobre cuyas cristalinas aguas se lanzaba un Apolo de mármol al galopar de los caballos de su cuadriga, los hombres y las mujeres, arrancada la careta de la hipocresía social, daban salida á todas las malas pasiones.

Encima del tablado, que se alzaba en un lado de la estufa, bajo el toldo de los mantones de Manila que tejíales un dosel con caireles de parra y rosas de nieve y arrebol, el *Acordeón* y Pozuelo dormían, borrachos como cubas. Caída sobre un diván, la Casa Baldón, olvidada de sus ínfulas nobiliarias y de su respetabilidad, y vuelta, por obra y gracia del alcohol, á sus buenos tiempos de la casa de *empréstamos,* acariciaba con locos transportes de pasión al *Niño de la Gloria.* Ofrecía la dama un aspecto grotesco con sus pelos en

desorden, sudorosa, jadeante, la pintura derretida por el calor, el traje descompuesto y los senos hinchados, próximos á desbordarse del corpiño. Pero su pareja no reparaba en tales menudencias, y mientras se dejaba hacer, sus dedos hábiles desabrochaban el collar á su amadora. Tras unos rosales en flor yacía semidesnuda la *Dengosa* con Alborques de Silva, el gran poeta, dormido al lado; más allá Víctor Estrada, el pintor de «La Corte de Cosme de Médicis», se retorcía en los horrores de una indigestión, y por fin, al fondo divisábase la silueta de la *Lunarona* junto á un hombre que no podía distinguirse quién era.

Por un momento sintió Claudio deseos de entrar y arrojarles de allí, como hiciese antes con la canalla; pero atroz desaliento le invadió. ¿Para qué? ¿No había buscado la humanidad por bajo la frívola corteza del señorío? Allí estaba la humanidad.

Vencido retrocedió. Cruzó los salones, llegó á su alcoba, cerró con llave la puerta y dejóse caer sobre el lecho.

IV

DESFILE SENTIMENTAL

> Y, sin embargo, los hombres, todos los hombres matan lo que aman, sin saberlo. Unos lo matan con una mirada de odio, otros con palabras acariciadoras; el cobarde con un beso, el valiente con una espada.
>
> OSCAR WILDE

Sus dedos de esqueleto acariciaron un momento la joya, y en los labios secos y amarillos tembló una sonrisa dolorosa.

Sobre el esmalte del siglo XVI, que rodeado de brillantes cerraba una minúscula bombonera, Eurídice, aérea, ligera, danzante, avanzaba por un jardín de prodigio. Acababa de pisar el áspid, semioculto en el tapiz de flores, y alzaba el talón mordido, mientras volvía el rostro, inclinando levemente la cabeza sobre un hombro con un gesto de alada gracia.

¡Allí estaba la liberación, en aquel veneno traí-

do de Oriente! No tenía sino tragar las dos pildoritas, verdes y transparentes como esmeraldas, y Mónica Ferreras, Madrid, el mundo entero, y con ellos vergüenzas, abyecciones y tristezas, caerían para siempre en el olvido.

Su cobardía buscaba aún pretextos con que defenderse. ¿No le quedaban (todo pagado) quinientas mil pesetas? Aquel dinero, que significaba una pobreza discreta cuando de vivir se trataba, ante la muerte podía ser dos ó tres meses de goces y magnificencias, la agonía de un César estoico y epicúreo á un tiempo. Luego... ¡Bah! Siempre sería hora.

Un lacayo anunció:

—Una visita para el señor conde.

—¿Quién?

—No ha dicho nombre. Es una señora.

—Que entre.

La puerta encuadró la obscura silueta de una tapada que con gesto lleno de desaliento, los brazos inertes á lo largo del cuerpo y tronchada la cabeza, esperó que el criado hubiese desaparecido. No bien hubo sucedido así, con rápido y dramático ademán echóse el manto hacia atrás y precipitóse de rodillas á los pies del conde de Medina la Vieja:

—¡Perdón, Claúdio, perdón!

Mónica Ferreras. Desde que entró habíale reconocido, en su estatura mediana y su figura vulgar. Excesivamente teatral. Tal vez ante una cordialidad triste hubiese vacilado aún; pero el señor He-

liogábalo había tratado á demasiadas histrionisas para dejarse engañar por los pasos de tragedia.

—¡Perdón, Claudio, perdón!—tornó á implorar.

Acercóse á ella, y con voz fría, incolora, rogó:

—Levántate, siéntate, tranquilízate...

—¡Quiero que me perdones primero!—gimió ella.

—Pero, perdón, ¿de qué?... Siéntate y hablaremos tranquilamente.

Hablaba con serenidad un poco desdeñosa; en su boca, crispada siempre en rictus doloroso, asomaba una sonrisa amargamente irónica.

—¡No me hables así! ¡Esa frialdad, esa ironía! ¡Yo no he tenido la culpa! Fuí débil, cobarde...

—San Pedro negó á Cristo tres veces ¡y era el *Maestro!*—indicó Medina imperturbable.

—He sido más débil que culpable—justificóse Mónica.

—¡Bah! ¡Quién habla ya de eso! Al fin y al cabo no tiene nada de particular. Si pasa todos los días... una boda que se rompe, una palabra que se devuelve... ¡menudencias y tonterías!—Ponía ahora una ligereza burlona en sus palabras.

—¡No me hables así, por Dios; no me hables así! ¡Esa ironía es peor que todos los reproches y que todas las injurias! ¡Insúltame, ódiame, pero no me desprecies!

Con cruel amargura afirmó él:

—Yo no puedo despreciar á nadie.

—He sido débil—tornó á acusarse Mónica—. ¡Pero si vieses cómo he luchado! Al fin fuí cobar-

de, y ante el dolor de mi madre no pude resistir... ¡Pero no puedo más, Claudio; no puedo más, y he venido á decirte: «Nadie me ha visto entrar; pero si tú quieres, de aquí no podré salir sino para ser tu esposa ante Dios y los hombres»!

¡Otra vez el acento teatral! Medina la contempló un instante con sorda irritación, y al fin formuló sarcástico:

—¿Te olvidas que tienes un apellido que te obliga llevar alta la frente y tranquilo el corazón; que eres la hija del *héroe;* que tu nombre es *tu único balcón sobre el ideal?*

—¡Qué me importa todo, Claudio! Ante tu dolor y tu abandono siento deseos de dejarlo todo para seguirte por tu Calvario.

¡Tu dolor! ¡tu Calvario! Un chispazo de orgullo lució en el alma del señor Heliogábalo y sus ojos se clavaron en ella. Pero parecía sincera, y desarmado ante aquel dolor, sintiendo una compasión infinita por todas las tristezas, un deseo de llorar sobre todas las miserias humanas, se acercó á ella y habló lentamente:

—Vete tranquila, pobre mujer; yo te perdono con toda mi alma. Tu compasión te engaña. Para poder subir al Calvario no basta la compasión, hace falta el amor, porque el amor nos hace fuertes y convierte al pusilánime en héroe y á la mujer perdida en santa.

—¿Me rechazas?

—No te rechazo. Yo sigo mi ruta, tú debes de seguir la tuya. Yo juro que tu recuerdo será

una dulce página en mi vida de amarguras; pero... tú no tienes más que tu nombre honrado, preclaro, y yo... ¡soy el señor Heliogábalo!

Caminaron juntos hasta la puerta; allí Mónica le tendió la frente; pero Claudio, como si no viese el ademán, se inclinó profundamente.

No hacía aún cinco minutos que estaba sentado ante su mesa y entreteníase en romper cartas y ordenar papeles, cuando oyó la voz de Semíramis suspirar detrás de él:

—¡Claudito!

Volvióse rápidamente, poniéndose en pie, y encontróse frente á frente con la solterona.

¡Locas, estúpidas, histéricas! No les bastaba con haber jugado con él y haberle llevado, unas con su candor idiota, otras con su sangre fría calculadora y algunas con su maldad, á la situación en que estaba, sino que ni aun allí le dejaban tranquilo. Pero no, eso no; para escenas patéticas le bastaba con la de Mónica y no quería segunda edición; lo ridículo tras de lo trágico era demasiado.

—¡Perdón, Claudito!—Semíramis hizo ademán de arrodillarse. Las ballenas del corsé chirriaron como correas de grúa que, cargadas de un peso formidable, fuesen á romperse; el sombrero, negro, inmenso, coronado de rosas, se bamboleó sobre los cabellos, violentamente teñidos de rubio, y las pecas del rostro empurpuráronse hasta adquirir un hermoso color de zanahoria.

Pero Claudio, decidido á evitar la escena y pre-

sintiendo el ademán, replicó con frívola ligereza, dando á las palabras de su adoradora muy otro alcance del que ella quería infundirlas:

—¿Perdón?... ¡Qué tontería, mujer! Ya supongo...

Vagamente desconcertada por la tranquila indiferencia de su primo, la Pastor balbuceó:

—Ayer, si hubiese escuchado la voz de mi corazón...

—¡Bah! ¡Qué tontería!—arguyó él, siempre ligero y sonriente—. No me chocó nada. Estando Cleopatra mala.

Completamente turbada, la reina de Babilonia musitó entre dientes:

—Claro que estaba Cleopatra postrada; pero yo, si hubiese seguido el impulso de mi deseo, que tendía las alas hacia aquí...— Se le escapó un gallo. La voz, que había ido elevándose con trémolos románticos, desgarróse en una nota discordante. Claudio aprovechó para cortar el discurso:

—No me extrañó nada que no pudieseis—y subrayaba el plural—venir. Lo que tenéis que perdonar es que no haya ido aún á ver á tu hermana; pero los preparativos de viaje...

—¿De viaje? ¿Te vas?—interrogó ella con angustia.

—Sí; una temporada del extranjero me sentará bien.

La solterona suspiró. ¡Qué rumbo tan distinto al que hubiese querido tomaban las cosas! Ella, que se prometía una escena peripatética, con lágrimas,

reproches, amarguras, sarcamos y al fin el sacrificio supremo, y se encontraba á Claudio tranquilo, sonriente, impasible. Al fin no pudo más, y abordó ella los temas dolorosos:

—¿Te vas, Claudito? Comprendo que la gente es siempre injusta contigo, que no saben apreciar lo que vales; comprendo que la traición de Mónica te haya dolido; pero de ahí á irte... ¿Quién te dice que no hay otras gentes que te quieran?

Como si no hubiese oído la última parte del discurso, el señor Heliogábalo protestó:

—¿La traición de Mónica? ¡Si no ha habido tal traición! Son chismes y tonterías. Se ha roto esa boda como se rompen otras mil todos los días en sociedad... Hemos comprendido que hay mucha diferencia de años, incompatibilidad de caracteres... yo quiero viajar, ella no quiere separarse de su madre... ¡qué sé yo!... infinidad de pequeñeces...

—¡Y yo que creí que eras desgraciado!—la exclamación se le escapó del fondo del alma.

—No, desgraciado no; como siempre.

Ella se puso en pie.

—Entonces me voy; nada tengo ya que hacer aquí.

Claudio siguió haciéndose el desentendido para el oculto sentido que encerraban las palabras de la dama:

—Eso no quita para que os (otra vez el plural) agradezca infinito vuestras simpatías.

Semíramis no pudo contenerse más; su pecho se

hinchó en un suspiro capaz de enternecer á una roca:

—¡Claudito! ¡Claudito! ¡Por qué ese orgullo satánico que te impide confesar tus penas á quien bien te quiere!... ¡Porque yo te quiero, te quiero con toda mi alma! Y hoy, que aunque lo niegues sé que sufres, que te han abandonado, traicionado y escarnecido, vengo á decirte lo que cuando te creí feliz supe callar, lo que ha sido el dolor y la luz de mi vida.

Rompió á llorar la enamorada doncella. Los gemidos hinchaban los senos formidables bajo la chaquetilla de terciopelo verde del traje sastre, y las lágrimas, después de arrastrar la pintura de las pestañas, resbalaban trazando surcos negros en las mejillas, pintadas de colorete.

Claudio se vió en un espejo, alto, escuálido, amarillento, con más de aparición de ultratumba que de figura humana, enlazado por los brazos de aquella infeliz, gorda, fofa, estrafalaria. ¡Un aguafuerte de Torop! El grotesco llevado á los límites de la obsesión. Era demasiado. Rompió el lazo.

—Mujer, no te apures. ¡Qué nerviosa eres! Si no vale la pena, si ya sé que me queréis las dos, como hermanas. Vaya, sosiégate, y luego iré á veros.

Al fin consiguió que se tranquilizase y acompañóla hasta el coche.

De vuelta en el despacho llamó al timbre y dió al criado sus órdenes:

—No estoy en casa absolutamente para nadie más que para el señor de Alsina.

—Gracias por la preferencia—rió la voz burlona de Gregorito, que entraba en aquel momento.

Claudio le tendió la mano:

—¡Qué quieres que haga! Primero Mónica, que venía á pedir...

—¿Dinero?

—No; perdón...

—Es más barato—bromeó cínico el otro.

—...Y á ofrecerme su honor. ¡Su honor! ¿Para qué quiero yo su honor? Luego Semíramis Pastor Cordero, que me brindaba como solución ¡su blanca mano!

Gregorito Alsina burlóse de ellas:

—Chico, divino; sobre todo lo de la loca de la Semíramis. Es un sistema para las solteronas incolocables: averiguar dónde hay un caballero en desgracia, é ir á ofrecerse á las casas como las amas de cría.

—Sí; tú lo tomas á guasa; pero no tiene nada de agradable.

—Lo que es yo—aseguró Gregorito—, deshonro por lo menos á Semíramis. ¡Hubiese tenido que ver luego!

—¡Estoy harto, harto!—clamó Claudio—. Te juro que no puedo más. ¡Qué gentes más estúpidas! Empiezan por intentar arreglarnos la vida á su gusto; luego se mezclan en nuestras cosas, y cuando se convencen de que no hay arreglo posible, que no nos da la gana de hacer lo que á ellos

se les antoja, se tiran de los pelos y lanzan gritos de sorpresa: «¡La culpa nos la tenemos nosotros, que nos mezclamos donde no nos llaman!» ¡Pues claro está que la tienen ellos! ¿Quién les mete en camisa de once varas?

Gregorito hizo lo posible por aplacarle:

—No vale la pena de que lo tomes en serio y te des un sofoco.

—No, si no me importa nada; pero las majaderías me sacan de mis casillas. ¿A ellas qué demonios les importa mi vida, vamos á ver?... Te aseguro—añadió ya más sosegado—que el mejor recuerdo que me llevo del año pasado aquí es el de Katty. Esa, á lo menos, no miente, ni finge, ni viene á mortificar á pretexto de cariños que matan, ni á querer cambiarle á uno como si fuese un muñeco. Esa llama al pan, pan, y al vino, vino. Un poco cruel, un poco amarga; pero ¿qué culpa tiene ella, si el mundo es así?

—Pues justamente — habló Gregorito, encontrando por fin la ocasión de colocar lo que quería—vengo de parte de ella á darte las gracias por tu generosidad y á despedirla de ti, puesto que el jueves embarca en Barcelona con rumbo á América.

—¿Se va Katty?—interrogó con vago sentimiento Claudio, que en aquella hora sentía la pérdida de cualquier amigo como algo irremediable que agrandaba aún más el vacío hecho en torno de él.

—Se va. Con el dinero que tú le has dado, y que

le ha salvado de caer en una miseria negra, ha formado una compañía, mejor dicho, ha reunido las principales figuras de un *elenco* de *music-hall,* y se va con sus tragedias japonesas por esos mundos de Dios.

—Cree que lo siento de verdad — murmuró Claudio.

—Se lo diré. Y ahora, ya cumplida mi misión, me toca á mi vez decirte adiós, porque yo me voy también.

—Pero ¿dónde?

—¡Dónde ha de ser! A América con ellos, á probar fortuna.

Otra vez la angustia de la soledad oprimió á Claudio.

—¡Pero no ves que es un disparate! ¡Echar á rodar tu posición, tu porvenir...!

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡Qué posición, qué porvenir ni qué ocho cuartos!— Alsina se había puesto vivamente en pie y, aproximándose á su amigo, apoyado las manos en sus hombros. —¡Pero es posible que un hombre inteligente como tú tome en serio mi posición! ¡Criatura, si tú mismo me has ayudado en la mascarada para engañar á los demás!

Sentóse, cruzó una pierna sobre otra, y en alto la insolente nariz, los ojos azules llenos de ironía y sobre la frente la onda que se rizaba y desrizaba, habló cínico, frívolo y burlón:

—Mi posición no es más que mi juventud, mi belleza (perdona el autobombo) y mi ductilidad.

Las unas me desean, á los otros les divierto, á los más les soy útil, y he ahí todo. El día que me den unas viruelas ó que un auto me espachurre la nariz, ó que una dispepsia me atormente el estómago y me agríe el humor... ¡se acabó! A morirme de hambre. Si por casualidad un marido me rompe la pata, ¡ni siquiera la pensión por accidente del trabajo!

—Pero los amigos...

—¡Qué amigos! No seas cándido. ¿Cuáles te han quedado á ti, que has tirado el dinero á manos llenas? ¿Ninguno? ¡Pues figúrate á mí los que me quedarán! Nada, no hay que hacerse ilusiones y hay que pensar en el día de mañana.

—Sin embargo, la sociedad...

—¿La sociedad, tu sociedad? ¡La tengo horror! Un conjunto de gentes sin inteligencia ni corazón que se arrodillan ante los que están arriba y pisotean á los caídos... Veremos el caso que hacen á la tonta de la Rosellón Ramírez, ahora que se queda en la miseria.

—¿En la miseria Pilar Rosellón?...

—¿No te has enterado? ¡Si desde ayer no se habla en Madrid de otra cosa! Había puesto todos sus fondos en casa de Duarte, y ayer por la mañana ha desaparecido él, después de declararse en bancarrota.

—¿Duarte en quiebra? ¡Imposible!

—Sí, sí; Duarte se ha fugado.

En el primer impulso de consternación que le produjo aquella noticia, el conde de Medina la

Vieja, olvidando el prudente sistema de no dar cuenta á nadie de sus asuntos, practicado hasta entonces, contó sus apuros pecuniarios y la colocación en casa del banquero de las quinientas mil pesetas que constituían su fortuna.

—¡Estoy arruinado! ¡arruinado del todo! ¡En la miseria!—clamó con desesperación.

—Te queda el palacio—objetóle el otro.

—Tampoco. Ese dinero era el precio del palacio.

—Las obras de arte.

—Están vendidas con él. Sólo tengo alhajas.

—¿Qué valdrán?

—Unos cien mil francos.

—¿Y nada más?

—Nada más. Es decir, sí; las doscientas mil pesetas que teñgo en casa para pagar en esta semana lo que debo aún.

—Pues no le veo más que un remedio—aseguró con frescura el chiquillo—: Cargar con las joyas y el dinero y largarte.

—Eso es un robo—y Claudio frunció el ceño.

—¡Qué manía de buscar calificativos contundentes!—rió el otro sin inmutarse—. Aunque lo fuese, te han robado á ti tanto que aunque tú una vez... Pero, no—modificó al ver que el ceño no se desarrugaba—; eso sería una distracción de fondos.

Y como Claudio permaneciese silencioso, cejijunto siempre:

—¿No te gusta tampoco la frase? Pongamos

entonces suspensión de pagos. Eso es; el conde de Medina la Vieja ha suspendido los pagos.

A su pesar, el señor Heliógabalo sonrió:

Animado por el éxito, el tentador volvió á la carga:

—No seas pueril y por escrúpulos de beata te resignes á la miseria y á la soledad. Porque, no te hagas ilusiones, la miseria es la soledad—con cruel habilidad puso las manos en la herida—; figúrate, si las gentes te han aislado cuando les cubrías de oro, lo que harán cuando te vean pobre; serás un apestado.

El desdichado quiso ser fuerte aún:

—No tienes sentido moral y así...

Rió Gregorito estrepitosamente:

—¡La, ra, la, ra, la ra! ¡Qué cosas tienes! La moral es buena para los millonarios ó para los que la sienten de verdad. Para los millonarios es un adorno más y encima un arma que les sirve para defender la bolsa, pues creando lazos que aten á los otros está más segura. En cuanto á los que creen... Para ellos hay un Dios que premia y castiga, unas leyes superiores á las mezquinas leyes humanas... Pero para ti que no crees ni en Dios, ni en ti ni en los demás, la moral debe de ser una cosa ridícula, un fantasma de ignorantes, un coco de niños. Créeme, quedarse á medio camino es aceptar todos los inconvenientes sin ninguna de las ventajas.

Casi vencido, Medina se sublevó aún en último esfuerzo:

—Pero el robo que me propones...

—Distracción de fondos—corrigió el consejero.

—Pues la distracción de fondos que me aconsejas manchará para siempre mi nombre, arrancará mis raíces de la tierra...

Gregorito comprendió que había llegado el momento supremo de dar el golpe de gracia jugándose el todo por el todo, y dorándolo con el lenguaje florido que de fijo halagaría su literatura con acento afectuoso en que había una leve conmiseración, comenzó á hablar:

—Pero si tú no tienes raíces, Claudio; si tu historia es una improvisación, tu pasado una fantasía. Tú en Madrid eres un recién llegado; no perteneces al mundo donde los tuyos penetraron á la fuerza, rompiendo obstáculos, sobornando á los unos, aprisionando en las redes de vuestro oro á los otros, poniendo el pie encima de los más. Fuisteis los arios que hicieron cautiva á Jerusalén. Os apropiasteis sus blasones, sus joyas, sus palacios, pero cada vez que paseasteis en insultante exhibición de vuestro oro, los vencidos rumiaron sordas maldiciones y feroces amenazas esperando la hora de la revancha. Como en vez de en un mundo primitivo estamos entre civilizados, los vencidos se llamaron comensales, el vencedor anfitrión, las maldiciones y amenazas murmuraciones de salón.

Claudio le escuchaba. Era verdad; su historia, como la de esos aventureros heroicos, conquistadores de urbes legendarias, había sido una

llamarada que brilla un instante con cegadora luz y se apaga luego. Como ellos, tuvo su batalla de las Pirámides y su Waterlóo. Cierto que todos los linajes comienzan en un aventurero; pero otros, apenas echada la base del hecho heroico, comienzan pacientemente á elevar un edificio de respetabilidad, de honor, de intereses creados, mientras que ellos...

Sin quererlo pensó en su madre, en aquella pálida y frágil Clotilde Montignoso, con sus cabellos dorados, sus ojos inmensos y sus manos transparentes, que pretendía poseer por misterios de metempsicosis el alma férrea y pura de Juana de Arco y les confesaba á sus amantes en las propicias sombras de la alcoba que, como á la Doncella de Orleans, Dios le tenía reservada para altas empresas; recordó su padre frívolo y vividor, teniendo por únicos fines de la existencia el sport y las mujeres, y se vió á sí mismo.

Vencido bajó la cabeza, y, apoyando la frente en la palma de la mano, sumióse en honda meditación, mientras Gregorito Alsina sonreía.

V

LA VICTORIA DE LOS MERCENARIOS

> JÉSUS-CHRISTE.—Le plaisir s'arréte á l'unite et les douleurs sont au nombre de sept fois sept.
> LE CHEUR.—Pitié! Pitié!
> JÉSUS-CHRISTE.—Tout est consommé!
> LE PRETRE.—*Ite, missa, est!*
>
> REMY DE GOURMONT

Fritz rió con su risa femenil, sonora y cantarina, y reclinóse sobre Nino, que le rechazó bruscamente. Así, bajo el burgués atavío, la figura del atleta perdía la estatuaria belleza muy Miguel Angel que tenía con las vestiduras de circo, y en cambio se apaisaba adquiriendo la achatada apariencia que toman los hombres de estadio cuando revisten los feos y antiestéticos trajes modernos. La *Niña de los Tangos* interrumpió una canción que tarareaba, para escupir sangre en un pañuelo que se llevó á los labios; miss Ofelia inclinóse sobre el hombro de Claudio, mientras

bajo la mesa su pie buscaba el de Gregorito, y éste, para alejar la nube de tristeza que sentía gravitar sobre ellos, interrogó al conde de Medina la Vieja:

—¿Pedimos champagne?

—¡Lo que quieras!

—¡Bravo! ¡Bravo!

Palmotearon y rieron todos. Claudio siguió envuelto en su melancolía como en un sudario. Sentía toda la atroz tristeza de aquel cuarto de albergue de marinería (había sido imposición de Gregorito—que aseguraba con harta razón que cuando andábase huído no podía uno ir á los grandes hoteles—el refugiarse en la sospechosa posada del puerto barcelonés, nidal de perdidas, refugio de aventureros, contrabandistas y marineros), toda la opresora tristeza del papel grisoso adornado de doradas flores, de la mesa sórdida y sucia y de los incómodos asientos, todo ello más hostil bajo los menguados rayos de la bombilla eléctrica, que esparcía lívida y amarillenta claridad.

De vez en cuando, al través de la puerta, abierta por necesidades del servicio, entraban bocanadas de humo de tabaco y de fritangas, mezcladas con gritos, risas y canciones, y á ratos gran estrépito de querellas. También veíase pasar tal cual prójima en camisa, desmelenada y sudorosa, huyendo de las brutalidades de un rufián ó pescador ebrio.

Sin quererlo, el señor Heliogábalo establecía un paralelo entre aquella vergonzosa fuga y su pri-

mera escapatoria sentimental. Entonces, joven, rico, poderoso, feliz, volaba con la mujer amada en busca de fastuosos escenarios donde pasear su amor, mientras que ahora, pobre, ridículo, desprestigiado, evadíase de las severidades de la ley en compañía de aventureros de baja estofa, saltimbanquis é histriones.

¡ Prisionero de los mercenarios! Evocó las escenas innobles de las últimas horas madrileñas, desde que él, vencido por el destino que le acorralaba, cedió á la idea de la fuga hasta que se vieron en el tren. Como en un cinematógrafo desfiló por su memoria primero el robo, y luego el saqueo del palacio. Veíase á sí mismo destrozando, ayudado por su amigo, cartas y papeles, destruyendo cuanto pudiese comprometer, poniendo á salvo lo que tenía algún valor.

Después el saqueo de las vitrinas: las tabaqueras esteladas de piedras preciosas, los esmaltes, las minúsculas piezas de antigua orfebrería, las miniaturas, los marfiles, pasando desde los artísticos armarios de tallas y bronces al fondo de los sacos de viaje; luego los lienzos de los maestros, que con rara habilidad cortaba Gregorito, dejando vacíos los barrocos marcos, que así, sobre el descolorido fondo de las tapicerías, daban una impresión de mortuoria tristeza.

En más de una ocasión intentó el oponerse al despojo; pero la risa irónica del chiquillo y sus burlas sangrientas—¡ á buena hora! ¡ escrúpulos de beata que no se atrevía á coger cinco céntimos y

se llevaba el cepillo de las ánimas!...—le volvían á su mutismo resignado.

Entre todos aquellos recuerdos que le hacían daño, sólo había uno en que su alma atribulada se reposaba como en un oasis. La despedida de Dolores. ¡Qué grandes son algunas veces las cosas pequeñas de la vida! Ante las lágrimas de la pobre criatura que le amó tanto, con un amor tan humilde, tan fervoroso, tan sincero, tan abnegado y pleno de desinterés, sintió florecer rosas de bondad en el erial de su alma. Por un momento su voluntad flaqueó y, casi vencido, estuvo á punto de llorar.

Rememoró por fin el viaje fatal, en que iba como un antiguo prisionero, rodeado de la tropa de vividores que le consideraban como una presa. Mil veces sintió el deseo de pedir socorro, de huir, de confesarse culpable y aceptar las vindicaciones sociales á trueque de reposar tranquilo, libre de aquellas atroces zozobras, y otras tantas ofrecióse á su vista el cuadro vergonzoso de su caída definitiva. El, el conde de Medina la Vieja, ladrón, prófugo, entre gentes absurdas, huyendo después de saquear su propio palacio.

¡No podía más! Las risas y los gritos de sus comensales excitaban sus nervios y exacerbaban la jaqueca, que desde el último ataque no le abandonaba nunca. Se puso en pie:

—Estoy peor del dolor de cabeza con el cansancio del viaje y me voy á ir á acostar, si no, no sé qué voy á hacer mañana en el barco.

Miss Ofelia interrogó solícita:

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, no; ¿para qué?

Salió, y vacilante encaminóse por el pasillo á su cuarto. Un borracho que se tambaleaba haciendo eses, le impedía el paso; Claudio apartóle de un empellón que le hizo caer al suelo, y ganó la habitación.

Acostóse con la esperanza de conciliar el sueño, pero fué inútil. Los fantasmas de su vida volvían insistentemente ante él: Cecilia, Mónica, miss Ofelia, las Pastor pasaban y repasaban en extraña guirnalda. Al fin, exasperado, alzóse del lecho, empapó un pañuelo en éter y volvió á acostarse.

Las mismas imágenes siguieron acosándole; todas aquellas mujeres danzaban en torno á él como tropel de bacantes borrachas; unas tenían gestos lúbricos, indecorosos, procaces, desafiadores; otras, muecas burlonas, crueles; algunas, ademanes de compunción reprochadora. ¡Bah! Ahora sentíase él abroquelado contra tales ataques. Una indiferencia beatífica enseñoreábase de su espíritu y una gran anestesia física y moral sustituía su exasperada sensibilidad. ¡Locas! ¡necias! ¡idiotas! ¡Qué le importaba sus muecas de monas ni sus ojos de lechuzas! El entraba en la región de la paz y del bienestar, y sus gritos se perdían en el espacio, y sus gestos, tamizados por la neblina que le envolvía, tomaban la vaga serenidad de los gestos de los personajes de ultratumba.

Cerró por fin los párpados y quedó amodorrado.

....

La primera sensación que experimentó al despertar fué de soledad. Llamó quedamente:

—¡Katty! ¡Katty!

Nadie respondió, y Claudio, vencido de fatiga, tornó á cerrar los ojos y quedó adormilado nuevamente.

Media hora después volvió á abrirlos, y más despabilado ahora, alzó la voz:

—¡Katty! ¡Katty!

Nada. Tendió la vista por el cuarto; al través de las maderas mal cerradas penetraba la luz del sol, dejando adivinar la misérrima fealdad de las cosas que le rodeaban.

Debía ser muy tarde, é indudablemente la histrionisa, impaciente ante su sueño y temerosa al mismo tiempo de interrumpirlo, habría salido sola. Tendió la mano para coger el reloj y ver la hora, y sus dedos palparon inútilmente la frialdad del mármol de la mesilla colocada junto al lecho. No estaba allí el reloj. En su cansancio de la noche antes, debió dejarlo sobre la cómoda ó en el bolsillo del chaleco. Saltó de la cama y fué á abrir las maderas del balcón. La intensa luz de la mañana primaveral le hizo cerrar los ojos y permanecer así un instante. Luego, poco á poco, fué acostumbrándose á la violenta claridad y púsose á buscar el antiguo horario de oro y brillantes. No parecía. ¡Bah! ¡Qué tontería! Indudablemente Katty, al

salir, lo había cogido para no retrasarse, contando con estar de vuelta antes de que despertase él. Comenzó á vestirse con el meticuloso cuidado que lo hacía siempre, un poco aturdido aún por el éter tomado la noche anterior y por el dolor de cabeza que no le abandonaba nunca. Arreglado ya, fué á ponerse las sortijas, y no las encontró tampoco. Nervioso, inquieto, comenzó á buscar por todas partes. De pronto, una idea fatal lució ante él como un relámpago. ¡Le habían robado!

Corrió al baúl; las cerraduras estaban saltadas, las ropas revueltas y desordenadas y faltaba de allí la maletita en que guardaba las joyas y el dinero, y las obras de arte que con Gregorito ocultara entre las prendas de vestir. Loco de horror al ver que aquel último recurso se evaporaba por arte de maleficio, comenzó á gritar:

—¡Katty! ¡Katty! ¡Gregorito!

A sus gritos abrióse la puerta con estrépito y en vez de la histrionisa penetraron los demás de la compañía: Fritz, Nino, el hombre-pez, la mujer-cañón, Fred el luchador...

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?—interrogó Nino.

En el primer momento de aturdimiento Claudio dejó escapar la verdad:

—¡Que me han robado!

La mujer-cañón interrogó angustiada:

—¿Pero, todo?

—¡Todo! ¡absolutamente todo! dinero, alhajas, obras de arte!

—¡Han sido ellos, ellos!—aseveró el hombre-pez—; miss Ofelia y Gregorito que estaban liados...

Pese á su consternación, Claudio sintió el golpe:

—¿Liados?

Fritz rió burlón:

—Liados, sí, señor, liados.

—¡Ay, *mare*, qué tío *más* lila!—rió la *Niña de los Tangos* desde la puerta—: ¡Ahora se entera! ¡Hijo, cómprese unas *gafa* de aumento!

Consternada la mujer-cañón, interrogó con su voz frágil de pájaro:

—¿Y ahora qué va á hacer?

Claudio encogióse de hombros con desaliento:

—¡Qué sé yo! ¡No me queda nada!

Fritz encaróse con él, agresivo:

—Pues usted verá lo que hace, porque no se trae á la gente hasta aquí para dejarla colgada en medio del arroyo.

Fred el boxeador plantóse en actitud de acometer:

—Ya nos está soltando la indemnización y el *parné* para el viaje de vuelta.

—¡Justito!—formuló agresiva la *de los Tangos*—: ¡Que sea usted un cabrón *consentío* no es razón para que embarque á la gente y la deje en *arta* mar.

—¡Y á saber si estarán de acuerdo!—insinuó Nino.

El conde de Medina la Vieja, angustiado, protestó:

—¡Si ni aun el reloj han dejado! No me queda nada, nada; ni para pagar la fonda.

—¡Lo que es eso sí que no!—formuló la voz airada del hostelero, á la vez que aparecía en la puerta su innoble geta de rufián—. ¡De aquí no sale nadie, como no sea para la cárcel, sin pagar!

—¡Pero si me han robado! ¡robado todo, todo!—murmuró Claudio perdido todo dominio de sí mismo y, con él, todo sentimiento de dignidad, tornado por aquel nuevo golpe que la adversidad descargaba sobre él en un animal pusilánime y cobarde. Y ya incapaz de luchar ni de hallar fuerzas en sí mismo, imploró casi: —¡Hombre, por Dios, comprenda usted las cosas, póngase en razón! Ayúdeme á buscarles, á...

—¡Chin! ¡chin! ¡chin! ¡A buscarles!—ironizó lleno de sangrienta grosería el fondista—. ¡Y á saber si será una *combina!*

—¡Ja! ¡Ja!—rió brutal la *Niña de los Tangos*—. ¡Tanta bambolla, tanto «yo convido», tanto venga *champañe* y *tantisma* música, para *aluego* salir con que es un *boqueras,* un fresco que quiere llenar la andorga de guagua.

Nuevas gentes se aglomeraban en la puerta. Junto á los rostros soñolientos, llenos aún de chafarrinones de la noche antes, encuadradas en teñidas greñas, de las sacerdotisas de Venus, ponían las maritornes del chiscón la animal estupidez de sus caras de pánfilas pueblunas; en contraste con las faces marchitas y amarillentas, surcadas por cicatrices y arrugas de los guardianes

de aquellas virtudes, reían los ojos y las bocas de las gentes de mar su fresca risa de chiquillos salvajes, y entre todos, una dueña arrancada de goyesco capricho ponía el prestigio de sus ojos sin pestañas y su boca sin dientes. Como turba de diabólica pesadilla aquellos energúmenos reían y gritaban lapidando al señor Heliogábalo con procacidades é injurias, escogiendo de sus selectos repertorios las palabras más groseras, las burlas más sangrientas, los insultos más innobles. Los histriones y payasos del séquito unían sus dicharachos á los de la turba anónima, mientras que Claudio, aturdido, anonadado, permanecía en pie, incapaz de tomar una determinación en la ausencia del dueño del fonducho, que había desaparecido.

Al fin, en supremo esfuerzo, encaróse con Fred por parecerle el más civilizado y como tal el más fácil de convencer con razones, y murmuró en sordina:

—¿Pero no comprendéis que así no vamos á ninguna parte? Si escandalizáis, no saldremos del atolladero nunca; en cambio, si me ayudáis á escapar de ésta, os pagaré á todos. ¿No veis que tengo crédito, mucho crédito... aún?

La exactitud del razonamiento pesó sobre el ánimo del aventurero, y, tras un momento de vacilación, pareció decidirse y encaróse con sus compañeros:

—Vosotros...—comenzó.

Gran estrépito de risas, gritos y protestas en

el pasillo; luego un súbito silencio, y los curiosos se replegaron en dos alas, dando paso al amo del fonducho, seguido de cuatro guardias.

—¡A ver, á la delegación todo el mundo!

Claudio protestó airado:

—¡Yo no voy!

Los guardias se encogieron de hombros. El dueño rió sarcástico.

—¿Conque no? ¡Ja! ¡Ja! ¡A escape!

El otro, más dueño de sí, afirmó:

—No voy.

Encaróse su acreedor con él:

—¿Puede usted pagar, sí ó no?

—Ahora no.

—¡Pues al Juzgado y allí veremos!

Los comparsas de aquella tragedia bufa intervinieron:

—Más vale que vayamos á la delegación y allí se aclare todo.

El señor Heliogábalo encaróse con ellos.

—Soy el conde de Medina la Vieja.

Una voz burlona gritó:

—¡El conde que paga es el verdadero conde!

Un coro de risas, de gritos, de burlescos apóstrofes subrayó la injuria. Claudio sintióse flaquear otra vez. ¿Para qué resistir? ¿De qué le serviría luchar? Roto el magnetismo con que contenía á aquella canalla, era su presa y cualquier intento de resistencia no serviría sino para empeorar su situación haciendo que gozasen más con las palpitaciones de su dolor. Más valía salir de allí, fue-

se como fuese, aun entre sayones. Una vez en el mundo civilizado, volverían á ser fuerzas el nombre, el título, la alcurnia, y la sociedad, aunque no fuese más que por instinto de conservación, tendría que velar por uno de los suyos.

Pero habría algo más; en aquel extraño mosochismo moral que le llevaba á paladear el dolor, encontraba una sensación acre, indefinible, casi de placer, ante tales abyecciones y envilecimientos. Creíase casi un viejo César prisionero de sublevados legionarios, un apóstol perseguido por los infieles, un redentor camino de su Gólgota.

—Vamos—. Y encaminóse á la puerta.

El dueño del mesón conminó á los representantes de la Justicia:

—Todos.

Los demás quisieron protestar; pero el conde se encaró con ellos:

—¡Qué más da! Ya os soltarán—. Y dió un paso más hacia la puerta.

—¡Quiá!—insinuó el amo, escamado ante aquella súbita resignación—. Así no... *¡Pa* que se larguen!... Atados—. Y como los guardias vacilasen: —¡Bajo mi responsabilidad!

Atáronles. Claudio quedó entre Fred el boxeador y el hombre-pez. En otro grupo, Nino y Fritz; detrás, la mujer-cañón.

Salieron á la calle y comenzaron á recorrer los laberínticos, lóbregos y sucios callejones que forman las encrucijadas del puerto. Desde el umbral de las misérrimas mancebías, que allí se dan con

abundancia, algunas mozas del partido, en bata y zapatillas, sin el piadoso auxilio de los afeites aún, insultaban al lastimoso cortejo; en las puertas de los cafetines y de los humildes tenduchos, sus dueñas ponían un comentario lleno de saña á los acontecimientos, y un enjambre de harapientos chiquillos, sin hacer caso de las amenazas de los guardias, les rodeaban, precedían y seguían, entre brincos, gritos y cabriolas.

Al fin llegaron á las Ramblas. La mañana, en la tibia caricia del sol, era de una diafanidad de maravilla. Al fondo, sobre el cielo azul, Cristóbal Colón señalaba la ruta de un mundo imaginario, y entre la mole de los edificios divisábase el bosque de mástiles de los barcos anclados en el puerto. Comenzaron á caminar hacia la plaza de Cataluña; las gentes que transitaban por allí deteníanse extrañadas á contemplar la trágica mascarada; los grupos de curiosos que seguían á los presos aumentábanse con nuevos vagos, que aceptaban gustosos aquella distracción con que matar sus ocios, y la procesión, irrisoria y doliente, desfilaba entre los puestos de flores, que eran á manera de los altares alzados al paso de los césares, en honor de las deidades propicias, en las vías triunfales de las urbes legendarias.

Entre la rubicunda faz de payaso de Fred y la untuosidad viscosa de invertebrado del hombre-pez, destacábase la alta y angulosa silueta del señor Heliogábalo. Su cara lívida, manchada aún de afeites, tenía una verdosa transparencia de

ultratumba; sus labios secos y blanquecinos abríanse sobre los dientes amarillos y enormes, y los ojos fríos, grises, inanimados, eran como dos globos de plomo. Sobre la frente, muy alta, caían los mechones de pelo con apariencias de mortuoria peluca sobre un muñeco de cera.

Sentía Claudio una amargura tan exacerbada, tan afinada, que casi daba en los linderos del placer. Era el acre placer, placer hecho de dolor, de rebajamiento y de humillación, de algunos santos y de algunos criminales; era ese ansia de abyección y de tortura que hacía reverberar en el suplicio el rostro de los bienaventurados, y en la hoguera inquisitorial el de algunos delincuentes, diabólicos, nigromantes, sádicos y necrófilos. Era aquella sensación, algo en que no podía saberse si el espíritu hallaba excelsos deliquios en las torturas del cuerpo, ó si una sensualidad perversa confundía en una sola gama los límites extremos del placer y del dolor.

Los insultos sonaban en sus oídos unas veces como aclamaciones triunfales, otras como los místicos *hosannas* que saludan la entrada de los bienaventurados en la gloria. De pronto, una gran claridad descendió de los cielos; todas las cosas reverberaban en un incendio sobrenatural; los árboles fueron columnas de oro con capiteles de esmeraldas; las flores, montones de topacios, zafiros y rubíes; los vidrios, mágicos brillantes tallados en polícromas facetas. Luego, un velo de lluvia cayó sobre las cosas; del suelo desprendióse es-

peso vapor que esfumó siluetas y contornos; y al fin, todo quedó sumido en la negrura.

Claudio lanzó un grito que hizo detenerse á todos:

—¡No veo nada! ¡Estoy ciego!

Repuestos del primer impulso de asombro, y creyéndolo un pretexto para escapar, los guardias le empujaron brutalmente:

—¡Hala para allá!

El triste cortejo reanudó su marcha, y arrastrado por sus compañeros, el conde de Medina la Vieja siguió andando camino de la cárcel, entre Fred el luchador y el hombre-pez, fijos los ojos turbios en aquel sol que no vería más.

FIN DE LA NOVELA

OBRAS DEL AUTOR

Cuestión de ambiente (novela, con un prólogo de la condesa de Pardo Bazán y una portada de José Garnelo).

Mors in vita (novela, con una portada de José Rodríguez Acosta).

Frivolidad (novela).

A flor de piel (novela).

Los emigrantes (novela).

Del huerto del pecado (cuentos, con portada é ilustraciones de Julio-Antonio).

Bohemia triste (novela. Edición de *Los Contemporáneos).*

Mandrágora (ídem íd.).

La torería (ídem íd.).

La reconquista (novela. Edición de *El Cuento Semanal).*

Mi alma era cautiva (traducción de Colette Villy. Edición de *El Cuento Semanal).*

La estocada de la tarde (novela. Edición de *El Cuento Semanal,* con una portada de Mariano Benlliure).

Memorias de un neurasténico (novela. Edición de *Los Cuentistas).*

La turbadora (novela. Edición de *Cuentos Galantes).*

Bestezuela de amor (novela. Edición de *Los Contemporáneos).*

La pantera vieja (novela. Edición de *El Cuento Semanal).*

Las Cortes de la Muerte (novela. Edición de *Los Contemporáneos,* con una portada de José Moreno Carbonero).

San Sebastián-Citerea (novela. Edición de *El Cuento Semanal,* con una portada de Juan Antonio Benlliure).

Los héroes de la Puerta del Sol (novela. Edición de *Los Contemporáneos).*

